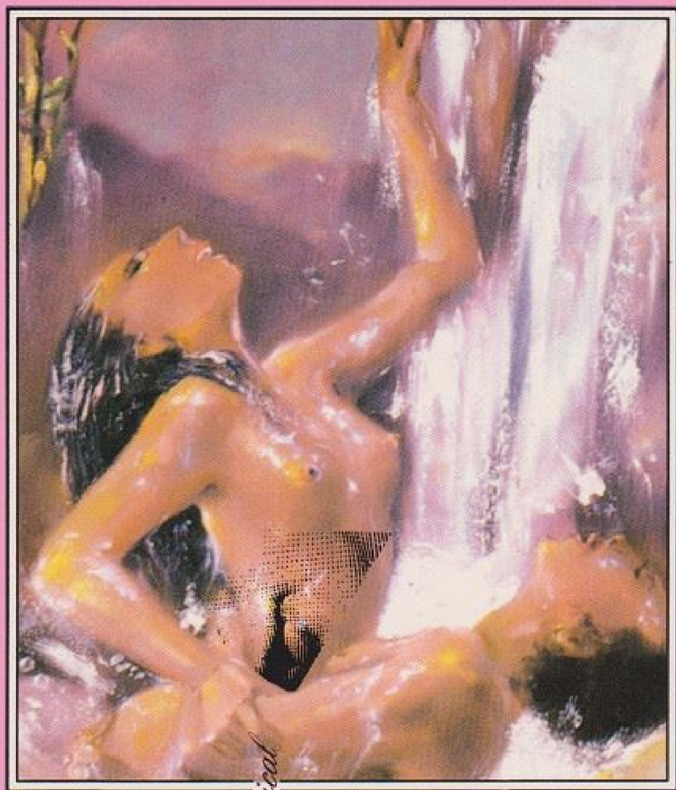
Marco Vassi

La solución salina



La sonrisa vertical



Vassi sondea en las ruinas de un mundo en extinción en el que sus personajes —y en particular el protagonista— aparecen como hermosos salvajes liberados de la locura que ensombrece una sociedad para él en descomposición. Se mueven en un mundo donde impera la sensualidad en estado puro y dejan que su cuerpo y sus instintos les conduzcan a donde quieran llevarles, mucho más allá de lo imaginable.



Marco Vassi

La solución salina

La sonrisa vertical - 95

ePub r1.0
Titivillus 27.04.15

Título original: *The saline solution*
Marco Vassi, 1971
Traducción: José Luis Fernández-Villanueva

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





www.epublibre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Este libro está dedicado al Sol

Debes saber que no destruyo nada: registro, tomo nota de lo inminente, en ansia de un mundo que se anula a sí mismo y que, sobre las ruinas de su apariencia, se precipita a lo desconocido e inconmensurable, hacia un estilo espasmódico.

E. M. Cioran, *La tentación de existir*

Es lo que ves ante ti,
empiezas a razonar acerca de ello
y enseguida caes en el error.

Huang Po, *Zen Teaching*

1

No sabíamos si queríamos que naciera el niño. Por eso, hasta pasado el tercer mes del embarazo de Lucinda, estuvimos sin saber qué hacer. Luego se convirtió en un caso de asesinato.

Tenía que haber sido una relación fortuita, sin implicaciones personales. Ni siquiera practicamos los juegos astutos y elegantes que Nueva York ofrece a sus corroídos habitantes para que consigan la última erección enfermiza en el lecho mortuorio de la civilización occidental. Empezamos con miradas aburridas y oblicuas al cuerpo del otro, apreciando ella el tamaño de mi polla y yo la textura de sus pechos, mientras llevábamos la punta de la lengua a los dientes y tarareábamos reflexivamente. Ambos teníamos por delante un verano sin nada que hacer y nos sedujo la idea de disponer de un compañero de cama, una persona sofisticada, alguien que, cuando el otoño cambiara el color de las hojas, se ocupara de sus asuntos y se esfumara fácilmente. Con delicadeza decadente, montamos un escenario parecido al de la vida real, en un planeta real perteneciente a un universo con suficiente aguante para existir y manifestarse de forma claramente arbitraria. Y decidimos pasar el verano en Fire Island.

Pero Lucinda se sentía vacía y seguía buscando que la llenara. Yo, en cambio, quería que me dejara en paz y soñaba con el descanso. Así que, a la segunda vez que follamos, se la metí desde atrás, con tanta fuerza que le desprendí el diafragma y le disparé directamente mi esperma en su útero. Nuestros cuerpos se estremecieron, levantó el culo y se ladeó, me estrujó la polla en el coño, sin que nada dentro de nosotros se inmutara, salvo la conciencia de aquel único emisario que se abría paso por las trompas de Falopio y los

desfiladeros insondables para liberar otra entidad humana de su proteica meditación. Y se concibió el niño.

Y entonces empezamos a aborrecemos, porque Lucinda y yo, medio enamorados de la muerte, nos habíamos involucrado en una nueva vida, porque ambos oímos el canto de sirena de la especie. El suicidio es nuestro destino colectivo y quienes honran la vida pasan por lunáticos erráticos, asombrados por su elección, mientras el resto de la humanidad avanza estúpidamente hacia su destrucción. A medida que se acercaba el otoño, nuestra decisión se fue haciendo más clara. El aborto acababa de ser declarado legal y nos preguntamos si también había sido declarado admirable.

Lucinda abrió la puerta del apartamento. Pasábamos el fin de semana en la ciudad, lejos de la imponente presencia del océano, con su enorme y constante indiferencia por la arrogante criatura que había empezado en la espumosa película de su superficie y ahora ensuciaba sus orillas con todo tipo de basuras. Yo estaba echado de espaldas en la cama, con el sabor del esperma todavía punzándome la lengua. En el emocionante medio escondrijo de un grupo de arbustos de Central Park, me había arrodillado, con mis mejillas aplastadas en la áspera pana de unos pantalones, sintiendo la fría cremallera blanca en mis labios y la dura e íntima polla, como un delfín juguetón, dentro de mi boca. El hombre que tenía ante mí, de pie, era un desconocido, alguien cuya mirada se había cruzado con la mía, tan característica cuando dos hombres se miran deseando el cuerpo del otro. No hubo pasión ni interés personal en mi conducta, simplemente un impulso mudo que hacía tiempo había dejado de cuestionarme y que me llevaba una y otra vez a la postura del chupapollas. Sus piernas temblaron cuando empezó a correrse y yo le agarré el culo con las manos, empujándolo hacia mí, más adentro de mi boca. Aspiró el aire entre los dientes, me agarró de los hombros y se corrió sin tacañería ni reservas, como un jeringazo, en mi garganta.

Mientras deambulaba entre los bancos y los arbustos del parque, Lucinda fue a ver a su madre. No le hablé de mis aventuras porque habíamos acordado no poner a prueba nuestros respectivos límites de aceptación o celos. Pero cuando volví al apartamento estaba cachondo; necesitaba que me hicieran lo que acababa de hacer a otro.

Lucinda se quitó el chubasquero y dejó caer el bolso al suelo. Era de cuero amarillo, ricamente adornado de lana violeta y trocitos de cristal, fabricado en Portugal. Lo suficientemente caro para que su vulgaridad pareciera de buen gusto. Me miró desde el otro lado de la habitación y, sin decir palabra, nos entendimos. Los dos queríamos follar; los dos necesitábamos intimidad. Entró en el cuarto de baño para desnudarse y dejó la puerta entreabierta. Mientras se quitaba las bragas, sus oscuros pechos colgaron con la gracia siempre seductora de un péndulo. Ya no me excitaba con sólo ver su cuerpo, como suele ocurrirme las primeras veces con una mujer. La grosera curiosidad visual se satisface rápidamente. Ahora tenía que unir el tacto a la vista para que se me levantara.

—Me he encontrado hoy con Albert —dijo, dándome la espalda—. Se ha dejado crecer el cabello y se pinta las uñas con esmalte claro. Creo que, por fin, ha decidido mostrarse en público como lo que es, como un marica.

—Ya era hora —dije—. Debe de andar por los cincuenta.

—Me dijo que Tiny Tim es realmente William F. Buckley de travestido.

Me eché a reír, pero sentí que la energía se me escapaba buscando la sima silenciosa que constituía el núcleo de Lucinda. Mi polla se excitaba. Su capacidad de sufrimiento eterno, de desesperanza sin límites, era el aspecto esencial de su atractivo erótico. Follármela era la última manera de vengarme de la maldad del mundo. Mi deseo me hacía daño. Una parte de mi ser quería rendirse, ahogarse en la oscura parálisis de su centro. Y otra parte luchaba desesperadamente contra mi impulso, intentando retener el delgado hilo de sensibilidad moral que aún quedaba en mis pensamientos.

«Esto es jugar con ideas personalistas», pensé. «Fóllatela

tan sólo, úsala tal como necesita que la usen. La decencia en abstracto no existe, sólo existe el pulso de la supervivencia, que no conoce otro dictado que la crueldad. Sólo hay lo que somos, no lo que pensamos que deberíamos ser».

Me sentí dividido internamente en dos campos ideológicos enfrentados, con las muchas identidades luchando por la supremacía. Todos los condicionamientos conflictivos de mi vida alzaron sus voces contradictorias. «¿Acaso significa algo pertenecer a la especie humana?».

Dos noches antes estuve acostado junto a ella, con mi mano apoyada en su vientre, sintiendo en su respiración la subida y bajada de la fuerza de la vida. «No somos más que transformadores», pensé, «bombas de oxígeno, eslabones enmohecidos en la cadena de los seres sensibles. Todas nuestras ideas, visiones y especulaciones sobre el tema no son más que ilusiones».

Me sentí totalmente solo, preso de lo ineluctable de mi propia muerte. «No seré gran cosa», pensé. «Ninguna significación añadida. Mi corazón se detendrá. Y dejaré de ser».

Mi ego se sintió horrorizado ante semejante perspectiva. Pero la contemplación de la no existencia como realidad objetiva que se burla constantemente de todo cuanto es, me permitió encerrarme en un estado de cálida ironía.

Lucinda salió del cuarto de baño. Iba desnuda. Durante unos segundos su cuerpo pareció crecer, deslumbrante e irresistible, con sus pezones divergentes y su coño abierto como boca de pez sacado del agua. La lucha entre el simple impulso animal de hundir mi polla en su coño y el torbellino de pensamientos en mi cabeza me dejó paralizado y no le hice seña alguna para que se reuniera conmigo en la cama.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

Hizo una de aquellas comidas sencillas y engañosas que desmienten los años de experiencia en la cocina que casi todas las mujeres acumulan desde su niñez. Había arroz y verduras, acompañados de pan casero y té, todo suficientemente bien presentado para que produjera una

buena impresión, un efecto que a mí se me niega cuando cocino. Cotilleamos mientras comimos, encontrando en esa particular forma de suave malicia la mejor forma de digerir la comida. Lucinda tenía treinta y cinco años. Yo era dos años más joven.

Follábamos bien, comíamos bien, sin interferencias de tipo intelectual. Pero nuestras emociones murieron por falta de aire. Los mismos lazos que favorecen la relación pueden petrificarse e impedir cualquier desarrollo futuro. Entonces, la pareja se disuelve o continúa en una danza ensimismada y vacua, con todas las cuestiones esenciales enterradas para siempre. He visto tantas veces parejas pagadas de sí mismas, parejas que hacen todos sus acuerdos secretos y luego usan sus compromisos como escudo para protegerse. Consiguen una hábil y falsa solución a sus problemas construyendo y conservando sus balsas salvavidas, ignorando por entero el holocausto en que zozobran.

Guardamos silencio después del té. Encendimos unos cigarrillos. Sabía que Lucinda estaba encerrada en sus pensamientos, como yo en los míos. Recordé el precepto Zen según el cual el Espíritu únicamente se transmite de mente a mente. En la secreta película de mis pensamientos, vi a mi Yo, ataviado como el último pistolero de la ciudad, buscando a quien retar para reafirmar su existencia. «¿Hay alguien ahí?», gritaba. Sólo unos fantasmas mostraron sus rostros tras las ventanas entreabiertas alineadas en las desiertas calles de la ciudad antigua. No fue más que una batahola de recuerdos. Pensar en la realidad de las relaciones humanas es como soñar despierto.

Lucinda se llevó los platos a la cocina y yo me tumbé de espaldas en la cama. Luego volvió al dormitorio y se echó junto a mí, boca abajo. Su cabellera le cubría la cara y sólo me hablaba la desnuda carne impersonal que era entonces su cuerpo. Mi mano recorrió su espalda, desde los hombros a las nalgas, apenas rozándola, sintiendo el leve hormigueo eléctrico de la piel excitada por la piel. Separó las piernas menos de un palmo, lo suficiente para invitarme. No hubo la menor señal de afecto en su gesto.

Me puse sobre ella. Todas las protuberancias de la parte inferior de mi cuerpo fueron encontrando huecos donde anidar sobre ella. Mis rodillas en sus corvas, sus nalgas en mis ingles, mi vientre en su cintura, mi pecho entre sus omoplatos. Llevé mis manos debajo de ella y cogí sus pechos, sintiendo el placer sólido de la presión suave y glandular de sus tetas. Descansé todo mi peso sobre ella y nos abandonamos tácitamente a la exclusividad de nuestro placer recíproco. Como si follar fuera una tregua, un lapso de tiempo durante el cual pudiéramos aliviar la alienación y encontrar una comodidad pasajera en la unión de nuestra comunicación física. Cuando se folla, el lenguaje es elemental y las dualidades están claras: sí, no; brutalidad, ternura; dentro, fuera; agresividad, pasividad, y así sucesivamente a lo largo de toda la ontología de la experiencia. Al follar, la disposición de ánimo adopta la forma, cuando no la esencia, de una expresión distendida que subsume la música, incorpora la danza y alcanza la poesía.

Dejé caer mi polla fláccida debajo de sus nalgas. Mi glande acarició el borde de los labios de su vagina. Su pelo cosquilleó mi piel. Fui bajando mis manos hasta el hueco de su tórax y su estómago vulnerable, puse mis palmas sobre su vientre y empecé a jugar con mis dedos en su coño, arañando y presionando en sus pliegues sensibles. Luego deslicé un dedo dentro, donde la humedad empieza, y ella exhaló un grito sofocado que estremeció todo su cuerpo. Mi polla se endureció.

Puse mis dedos debajo de mi verga y la empujé contra toda la raja del coño. Mi pelvis empezó a balancearse, forzando la entrada de mi polla a medida que crecía entre mis manos y la cálida abertura de su entrepierna. Cuántas veces, siendo más joven, este momento me ponía nervioso, porque no conseguía una erección inmediata y esa sensación me impedía seguir adelante. Pero luego, con el tiempo, aprendí que hay pocas cosas más eróticas para una mujer que sentir el proceso mediante el cual al hombre se le pone la polla dura, con una mano que le abre amablemente el coño mientras la otra guía a la polla para que vaya entrando.

Cuando empezó a gimotear, me sentí completamente tieso. Ahora mi polla se apoyaba en su clítoris, excitándola, incitándola. Empezó a menearse, tratando de atrapar mi capullo en su coño, pero yo me escapaba y seguimos el juego.

—Por favor —me dijo—, por favor, fóllame.

La pobreza del diálogo encuentra su compensación en la riqueza de las sensaciones que se experimentan. Además, ella sabía que yo la eludía únicamente para que alcanzara su máximo nivel de energía. Levantó y aplastó su culo contra mí en una súplica desvergonzada y las oleadas cálidas que me recorrieron por dentro aceleraron mis movimientos, confundiendo todas mis posturas e imágenes. Y cuando ya no pude resistir más la tensión, su coño me atrapó y me hundí en ella con un fuerte grito de placer-dolor, y empecé a nadar en la deliciosa, cálida y espesa hondonada de su cuerpo.

Se puso de rodillas y extendió el torso, con los brazos apoyados delante de su cabeza, ofreciéndome su expuesto centro, para que follara a mi propio ritmo y velocidad. Estaba contenta permaneciendo quieta, dejando que las sensaciones la inundaran. La cabalgué casi una hora, pasando por docenas de cambios, algunas veces aplastándome brutalmente dentro de ella para después acariciarle suavemente los labios internos en los bordes con la punta de la polla; o balanceándome de un lado a otro, de forma errática, para luego serenarme, sintiendo la palpitación de mi órgano en lo más profundo, como un submarino en una gruta a la escucha de sus ecos. Se la metí con golpes iguales, como un carpintero aserrando madera, y estallé dentro de ella como un epiléptico en pleno ataque. Me erguí y la penetré hacia abajo en pronunciado ángulo y luego me dejé caer para meterle la polla desde abajo e irrumpir en el techo de su coño. Follé el olor de ella, la visión de ella, las posibilidades de ella. La empujé para que quedara echada con las piernas juntas y estiradas, me senté en sus muslos, con su culo apretado entre mis rodillas, y me balanceé dentro de su coño apretado, separando sus nalgas, poniendo mis dedos en su culo, entre sus muslos y alrededor de mi polla, de modo que mi polla, mis manos y todo mi frenesí la follaron al mismo

tiempo. La puse sobre su costado derecho y le levanté una pierna, contemplando cómo mi polla se hundía en la gran abertura, toda vello mojado y calor tembloroso. Tuvo cuatro orgasmos.

Y cuando me sentí físicamente cansado y aburrido de los ciclos de excitación y distanciamiento, la puse de rodillas, como si rezara en la iglesia; dobló la cintura, postrándose hacia delante, la espalda curvada y el vientre colgante, con el coño dispuesto para la penetración más profunda, y me entregué a un movimiento sin obstáculos, agitando con rapidez mi pelvis, dejando fluir libremente la energía de todo mi cuerpo, gozando del placer violento de su coño cogiendo y sosteniendo mi polla mientras me deslizaba dentro y fuera de ella, gozando con su pose de sumisión abyecta, y dejé que el esperma borbotara y se derramara dentro. Mientras, como un solipsista espeluznante en la agonía de un orgasmo sin amor, di un grito de alivio.

Poco a poco fue hundiéndose en la cama, extendiendo el cuerpo, yo sobre ella, ambos exactamente en la misma postura de antes de empezar a follar, como si lo hecho entretanto hubiera sido en vano. Pero lo mismo podría decir de la vida. De todas las veces que hicimos el amor, nunca me entregué a su abrazo. Sin pretender, como un adolescente, que me considerara su mejor polvo, sino con la insidiosa idea de no entregarle nunca mi propia intimidad. Tanto en la cama como fuera de ella, me mantuve distanciado, y nunca compartimos experiencias existenciales. Secretamente, ambos hacíamos el juego de fingir creemos capaces de salvar al otro de la muerte.

Súbitamente, fui muy consciente del cuerpo que tenía debajo, de este ser humano entregado ahora a sus pensamientos, como yo a los míos, quizá con la misma conciencia del vacío que nos separaba, y me pregunté si había algo semejante al amor que pudiera salvar el desconocimiento que había entre nosotros. Podía imaginarme, al cabo de cuarenta años, mirando a Lucinda a los ojos y diciendo: «Lo cierto es que nunca supe realmente quién eras». Pero está claro que sería lo mismo que podría

decirme a mí mismo. Freud se equivocó. El opuesto de Eros no es Tanathos: es el Absurdo.

Nos levantamos, deambulando por el apartamento sin saber qué hacer. Terminé en la cocina y me puse a hacer té, encontrando una calma terapéutica en su ritual ordenado.

—La próxima vez que vengamos a la ciudad nos traeremos la radio —dijo Lucinda.

Habíamos llevado todos los aparatos de sonido a Fire Island y, cuando veníamos a la ciudad a pasar unos días, nos sentíamos como drogatas sin fuente de suministro. La minuciosidad con que el ruido de los medios de comunicación había calado en nuestra idea del entorno era escalofriante. En una ocasión, Lucinda empezó a rezongar por no disponer del estéreo; yo le largué una larga perorata sobre la conveniencia de volver a los recursos internos, y me interrumpió diciendo: «¿*Qué* recursos internos?».

Me bebí el té y miré por la ventana el edificio de apartamentos que había al otro lado de la calle. La mujer que estaba echada en la cama, en cualquier momento que miráramos, seguía allí, siempre en combinación.

—Allí sigue —dije—. Me da envidia.

—Lo único que necesita es dormir —dijo Lucinda.

—¿Por qué no llamas a Francis y Bertha?, —dije—. Podrías preguntarles a qué hora quieren que los recojamos el domingo.

—¿Qué hay de lo de Irlanda? —preguntó ella.

—Es sólo una fantasía.

—Me pareció que lo decía en serio.

—Hace nueve años que conozco a Francis —repliqué—. Hace miles de proyectos. Ideas brillantes. Se deja llevar por ellas. Luego, a los pocos días, las abandona, y cualquiera que por su culpa haya cambiado sus planes se queda en la estacada.

Íbamos a llevarlos con nosotros a Fire Island para el resto del verano. Bertha era su nueva novia desde hacía seis meses, y los cuatro habíamos pasado una noche fumando hierba y charlando sobre viajes y política.

—Irlanda es un lugar precioso —había dicho Francis—.

Sin nada de imperialismo en su historia. Están tan jodidos como cualquier otro pueblo, pero tienen un sentimiento nacional bastante decente.

Lucinda se entusiasmó.

—Sí —aprobó enseguida—. Vayámonos de este país.

Supe que en aquel momento pensaba en el niño.

Me alejé de la ventana y encendí un cigarrillo.

—No veo qué interés puede tener Irlanda —dije—. Allí tampoco hay paz. La enfermedad humana es la adicción al miedo, y eso lo transmitimos genéticamente. Los irlandeses buscan refugio en la esclavitud al igual que los demás pueblos. Son *católicos*, por Cristo bendito.

—¿Por Cristo bendito? —dijo ella.

—No, y ése es el problema. Se toman la religión como los alemanes se tomaron el nacionalsocialismo. Pero la organización es sólo la parte externa del caparazón del fascismo. Y, en cualquier caso, ¿qué vamos a hacer allí los cuatro? ¿Andar alicaídos como personajes de Lawrence? Apenas puedo arreglármelas para vivir conmigo mismo y me es casi imposible vivir contigo. Soy un pervertido en casi todos los sentidos. Y tú estás embarazada, Bertha cree en la fidelidad y Francis pretende ser heterosexual. No es eso.

—¿Por qué complicas tanto las cosas? —preguntó Lucinda —. ¿Por qué no nos limitamos a ir a Europa como la gente normal?

Solté un bufido.

—¿Gente *normal*? No conozco a nadie que sea normal.

Lucinda volvió al cuarto de baño. Esta vez cerró la puerta. Puse más té en mi taza. Faltaban muchas horas para que me viniera el sueño. Empecé a preguntarme cómo iba a matar el tiempo.

2

Cuando, por alguna razón, un hombre y una mujer empiezan a vivir juntos, a compartir la intimidad del sexo, su primer contrato versa sobre la exclusividad del contacto genital. Al principio, parece que creen en la idea, y luego se aferran a ella, de que este ser humano que ahora está en constante proximidad geográfica se ha transformado cualitativamente en la propiedad de uno. El coño de la mujer será de ella, pero el marido no dirá lo mismo. El prístino vínculo articulado, arbitrario aunque consciente, pronto sucumbe al poder corrosivo de la costumbre, y en ambos queda una posesividad latente que a menudo desemboca en una activa hostilidad sonriente. Los años que siguen, sin que importen sus varios contenidos, estarán plagados de la tensión inherente al juego psíquico y emocional conocido como matrimonio.

El mito más odioso de nuestra civilización es pensar que una forma de contrato social puede suplir la inexorable conciencia individual de cada momento. Lucinda y yo intentábamos reímos de lo inevitable, asumiendo una relación en la que todo el apego emocional se diluía en una ácida sofisticación. Pero la vida tiene su forma de esquivar nuestros paradigmas.

Volvimos a la isla e inmediatamente se produjo una fricción entre Francis y Donna, la mujer que había alquilado la casa y luego la había subarrendado a nosotros y a otra media docena de grupos de veraneantes. Dejamos el equipaje y nos fuimos a Ocean Beach, pensando que la peor solución sería enfrentarnos con el problema. Caminamos por los estrechos senderos en silencio, agradecidos por estar en un sitio vedado a los automóviles.

Entramos en la heladería. Las vibraciones eran desiguales

e intensas. Vi a una chica de trece años, de cabellos como espaguetis rubios, caderas carnosas y redondeadas, suave y fornido culo y una expresión en sus ojos de inocencia hambrienta. Me senté a una mesa, con Lucinda a mi lado y frente a Francis y Bertha. Alrededor de nosotros la América adolescente ejecutaba su insípido baile. De la gramola salía un lamento por los estudiantes tiroteados en Kent State: «Cuatro muertos en O-O-hio…». Las palabras se deslizaban sobre una brillante sección rítmica. Tres máquinas del millón dejaban oír sus estridentes sacudidas metálicas. Un quinceañero, alto y ancho de hombros, atravesó la sala. Llevaba una chaqueta con mobile environment engineer escrito en la espalda, encima de un puño dibujado en rojo brillante, símbolo del *Poder-para-el-Pueblo*.

—Es asombroso cómo en Estados Unidos todos los fenómenos de la izquierda se remodelan enseguida según le conviene a la derecha —dijo Francis, con los ojos clavados en el militante del movimiento ecologista.

La chica que yo contemplaba levantó los ojos y nuestras miradas se entendieron. Qué delicioso coñito tenía, abultando en sus vaqueros ajustados. Y cómo lo sabía ella y cómo me invitaba con su ardiente inocencia. Sentí un estremecimiento en el estómago que fue bajándome hasta los dedos de los pies. Lucinda se dio cuenta de lo que pasaba y fingió una expresión amable y divertida. Le dirigí una sonrisa insípida y, de pronto, odié su presencia.

—Es un auténtico teatro —decía Francis—. Quiero decir que *capta* mi atención —alzó la mano y cerró el puño.

Era pintor, pero yo sospechaba que hubiera sido mejor que buscara su arte en la poesía o la danza.

—No puede pintarse —continuó—. Ha de grabarse en vídeo. —Tras una pausa, añadió—: ¿Os habéis dado cuenta de que la pintura es la última forma artística en perder su atemporalidad?

Lo saludé con el puño y me fui a buscar nuestras sodas. Cuando volví no vi ya a la nínfula que tan deliciosamente habría gritado la primera vez que le hubiera hecho ver la plena realidad de una polla frotando las duras paredes de su

apretado y espléndido coño. La busqué entre la multitud y la vi prendida de la mirada de un hipnotizador de preadolescentes, que la había sentado a su lado y le comía el coco con su charla. La cara de la niña tenía una expresión casi de pasmo y se retorcía en la silla.

«Qué desgraciado soy», pensé. «Si hace un minuto me la hubiera llevado a la playa y hubiéramos hecho el amor, no habría caído ahora en manos de los cienciólogos».

La temporada de verano tocaba a su fin. El aire de irrealidad, el rasgo sociológico más importante de la isla, dominaba mi mente. Ya estaba listo para largarme, pero me sentía atrapado por Lucinda. Por extraño que parezca, no echaba en falta ninguna libertad especial en mi comportamiento, pero mi libertad estaba limitada por mi estado mental. Como es habitual en estos casos, cada vez eran más frecuentes las experiencias de lo *déjà vu,* una de las cuales me rodeaba en aquel momento.

—Me vuelvo a casa —dije.

Regresamos para encontramos a los otros grupos desperdigados. Una familia estaba en la pequeña alcoba que daba a la sala de estar. El marido era profesor de física en un instituto. Toda su comprensión del universo parecía reducirse a las respuestas de un libro de texto. Su esposa era una mujer cuya cara no me importaba olvidar después de verla más de cien veces. El hijo tenía toda la malicia y los caprichos propios de sus diez años. Y el perro, llamado *Perrito Caliente,* era un paranoico total, capaz de estarse durante horas ladrando a una persona después de que ésta se hubiera retirado a su habitación. Estaban todos sentados en aburrido silencio.

«Sí, en eso consiste el matrimonio», pensé, y sentí otra punzada en la entrepierna recordando a la niña de la heladería.

—¿Tenéis televisión aquí? —preguntó Francis.

Lucinda y yo nos miramos y luego contemplamos la escena que se nos ofrecía al otro lado de la puerta. Sonreímos.

—Ahí está —dijo Lucinda a Francis.

Nos sentamos los cuatro. Bebimos té y fumamos hierba, bajo una pantalla de unos tres metros de diámetro que Donna había instalado. Toda la casa tenía el aire de una película de Hitchcock, aunque casi todos los diálogos parecían sacados de Beckett. Una vez más, todo era teatro, con una realidad fingida, hecha de comedias dentro de otras comedias. Lucinda, Francis y yo coincidíamos en una percepción momentánea; luego, Lucinda y yo; luego, Bertha y Francis; luego, Francis y yo. Sólo en raras ocasiones coincidíamos los cuatro.

Y, en mi interior, una infinidad de disfraces que reclamaban su uso, un ejército de identidades desfilando hacia el olvido. Mientras estábamos sentados, en silencio, empecé a *viajar*, en aquella doméstica concha de madera, escuchando el murmullo de las olas. Durante unos prolongados instantes fui preso de la esclavitud fenomenológica.

Tenía a la niña de trece años atada a la cama: un coño puro, tal como lo parió su madre, la quintaesencia de unos pezones a punto de ser acariciados, un culo definitivo suplicando que lo follen. Estoy tan colocado que ahora soy Sade. Mi polla nunca se pone blanda, ni una sola vez. Voy y la poseo, la poseo y la poseo, hasta que está tan deshecha como penca podrida de alcachofa. Tiene los ojos llorosos. Sus piernas apuntan al cielo. Finalmente, rompe el último hilo y echa a volar hacia el sol, gritando «sí» por los corredores del infinito, mientras yo me reconforto al calor de su sacrificio y canto: «¡yo!, ¡yo!, ¡yo!».

—Ser divisible es ser ontológico —está diciendo Francis.

Lo miro. Ah, sí, he vuelto a la realidad de la sala.

«De algún modo», pienso, «todo debería ser diferente». Pero no hay lugar donde plantar mi disgusto.

—La pistola es el último argumento metafísico —me oigo decir.

Presumo que mi afirmación nada tiene que ver con el tema en que estamos enfrascados. Y pienso que por qué no estamos follando, en lugar de andar soltando palabras estúpidas en un espacio indiferente.

Francis y yo nos considerábamos expertos drogadictos, viajeros irreales del LSD, conocedores de todas las escenas, sexualmente tan legales e hipócritas como cualquier metodista del sur de Illinois. Cuando vivía solo, era un perfecto perverso polimorfo. Pero tan pronto como me liaba, volvía a los convencionalismos y hacía mis contactos a escondidas.

Esta vez había un factor añadido. A las pocas semanas de vivir con Lucinda, fui a ver al médico y me diagnosticó una disentería amebiana.

—¿Tienes mucha actividad homosexual? —me preguntó.

No es que estuviera haciéndome una proposición. Quería explicarme que había una epidemia entre los gays, que se transmitía del culo a la polla y luego a la boca, o directamente del culo a la boca, según las circunstancias e inclinaciones de cada cual. Luego siguió con el ritual de las prescripciones y las prohibiciones sombrías.

—Si quieres protegerte —me dijo—, a partir de ahora deja de chuparle el culo a los desconocidos y abstente de chupar una polla que no esté limpia. Antes de hacerlo, lávala con jabón y agua caliente.

La noticia me desequilibró. La promiscuidad me estaba prohibida por prescripción facultativa en un momento en que empezaba con Lucinda lo que parecía una relación razonable. Todo apuntaba al inicio de una nueva experiencia y pensé que había llegado el momento de probar lo que para mí era la mayor perversión: la monogamia.

—He decidido serte fiel —le dije a Lucinda cuando volví del médico.

—No necesito que me hagas favores —dijo ella.

—Pensé que te gustaría —le dije.

—Limítate a follarme lo suficiente —dijo ella—. Lo demás es asunto tuyo.

Su respuesta arruinó mi plan, pero agradecí su buen sentido. Hacía seis años que nos conocíamos, pero superficialmente, de frecuentar los talleres experimentales de teatro que, a principios de los sesenta, eran la parte más intensa de mi vida subterránea. Varias veces a la semana

probaba con la serie de neostanislavskianos que pululaban por la parte alta del West Side y, en alguna ocasión, coincidí con Lucinda en alguna escena o ejercicio. Una vez, durante uno de los experimentos de grupos estructurados del Theatre of Encounter, tuve que chupar el dedo gordo de un pie que luego supe que pertenecía a Lucinda. Y cuando decidimos pasar juntos el verano, los dos estábamos sorprendidos.

Ahora me miraba sonriente. Tenía una boca melancólicamente voluptuosa, un culo auténtico e ingresos privados.

—Creo que sería muy bonito que me fueras fiel —dijo.

Y me embarqué en el Yoga de la Fidelidad. Al principio, la experiencia resultó estimulante. Sentí mi decisión como un arnés que me oprimiera el pecho. Pretendí ignorar la observación de Cristo de que el hombre que codicia a una mujer en su corazón ya ha cometido adulterio, y continué violando mentalmente a casi todas las mujeres que veía. Pero no moví ni un dedo para llevarlo a cabo. Después de un tiempo, aquella limitación empezó a resultarme cómoda, incluso placentera. Por primera vez en mi vida había algo que me apartaba de algunos aspectos de mi vida sexual.

Como un ciego que se vuelve más sensible al oído, empecé a sintonizar con las vibraciones más sutiles del sexo. Liberado de mi fijación de penetrar todos los orificios, empecé a descubrir posturas y texturas, poses y pensamientos. Gradualmente, las mujeres fueron presentándoseme como criaturas cuyo goce deleitoso excedía en mucho a la brutal penetración. Empecé a entender los cambios de humor y supe valorar las expresiones fugaces de alegría o de dolor emotivo que pueden cruzar el rostro de una mujer. En las tiendas, o en la calle, me di cuenta de que había cientos de miles de mujeres disponibles al mismo tiempo. Una vez dejado de lado el acto de la jodienda, uno podía festejar todo lo demás, revelado simplemente en el gesto de una mujer, más o menos brusco, más o menos suave, al doblar los dedos para acariciarse los labios.

Pero al mismo tiempo que ganaba en sutilidad fui ganando en atractivo para las mujeres. A veces me miraban

enigmáticamente, o se insinuaban, o empezaban una conversación con la frase: «¿No te importa si te hablo con franqueza?». Sin quererlo, segregaba seducción. Era como si me hubiera vuelto mujer. Con mi polla retirada de toda actividad, salvo con una persona, y con mi impulso sexual sublimado en una pantomima, no tenía inconveniente en ser una chica más. Muchas noches me sentaba en el colchón de nuestro dormitorio en la isla, con tres o cuatro mujeres alrededor, todas más o menos desvestidas, mientras Lucinda servía el té y escuchábamos música de los Stones, con vibraciones más espesas que en un vestuario. Mientras más suave me mostraba, menos follaba y menos pensaba acerca de nada, más irresistible me volvía. Estaba en una situación exquisita y mientras más me atenía a mi principio de fidelidad, mayores eran mis opciones y más altas las apuestas. La pregunta era: ¿cuándo iba a sacar partido de las astillas de mi voto destruido?

Cuando Lucinda anunció su embarazo, mi fantasía excedió casi toda la realidad posible. No sólo había transmutado de golpe mi naturaleza al convertirme en monógamo, sino que también iba a entrar en el reino de la paternidad. Los héroes arquetípicos salieron a la luz. Hice todos los viajes predecibles sobre los misterios de la herencia y medité sobre la influencia que uno tiene sobre un recién nacido. Hice un repaso, desde lo práctico hasta lo sentimental, y alimenté la idea de tener un hijo como símbolo último y definitivo.

Sin embargo, en mi interior, sólo sentí una curiosidad aguda y desacostumbrada.

Francis colocaba *collages* en su diario, escribiendo alrededor de ellos con rotuladores multicolores. En la página que tenía delante se leía: «Suigenocidio. La entropía es la solución final». Bertha leía. Lucinda estaba ensimismada.

Las fantasías de la paternidad responsable duraron bastante tiempo, hasta que se disiparon bajo las terribles presiones de la realidad humana. Sexualmente, el hambre de ser poseído por un hombre fue creciendo en mi boca y en mis entrañas. Lucinda no podía adaptarse a ese papel. A veces intentaba que se sentara en mi cara, cogiéndome las muñecas

y frotándome el coño contra los labios y los dientes. Pero Lucinda no tenía energía para eso ni tenía polla. Hubo ocasiones en que casi llegué a gritar que me follaran, pero alguna fuerza impidió que las palabras salieran de mi garganta. Necesitaba energía masculina.

Una tarde, mientras estaba sentado tranquilamente en la playa, fui presa del pánico. Me sentí atrapado. No más hombres. No más mujeres. Encerrado en la angustia de una familia freudiana, ahora como padre, no como hijo. Me estremecí horrorizado. Y, sin embargo, estaba tan locamente dominado por mi propia imagen de cómo pensaba que me gustaría ser, que no pude librarme de la prisión que me había construido.

El cuerpo de Lucinda empezó a parecerme una serpentina de papel matamoscas. Su piel se hizo porosa, frágil. En ese periodo, durante diez días, follamos por lo menos tres o cuatro veces al día. Largos dramas de baile intenso y profundas contiendas. Yo era el Sísifo de angustia concentrada tratando de equilibrar de una vez para siempre la roca en lo alto de la montaña. Y llegué justo a menos de un milímetro de la cima exacta, cargado con la pesada maquinaria de nuestras personalidades.

Una noche quedé agotado, seco de esperma, de energía y de deseo. Lucinda me exprimió, tratando de chuparme la última gota. Me salí de su coño y gateé hacia arriba, deslizando mi polla en su boca entreabierta. Se quedó quieta un instante, luego se incorporó sobre su cintura y sorbió toda la longitud de mi polla de un solo trago. Me hundí en su garganta y empecé a balancearme, atrás y adelante, haciéndome una paja en su lengua. La follé un buen rato, en su boca, su garganta y su cabeza, tan profundamente y con tanta dureza que el esperma explotó en su tráquea y ella se puso a toser y carraspear, y cuando pudo reponerse, lo escupió.

Aquella noche dejé de ser fiel. Y empecé a cuestionarme si era prudente que naciera el niño.

Se excusó sinceramente y, después de eso, se tragó cada gota que descargué en su boca, pero ya no era lo mismo que

cuando éramos inocentes de nuestra mutua destrucción. Una vez apartados de la lucha por llegar a ser, el sexo perdió su ímpetu.

Francis y Bertha se miraban con ojos cachondos por encima de la mesa. Lucinda anunció que se iba a la cama. La gente de la habitación vecina había desaparecido. Bajé hasta la playa, me tumbé en la arena y me perdí mirando las estrellas. Me saqué la polla despaciosamente hasta que empezó a agitarse y esperé a que algún cachondo bajara a la playa. Me pregunté qué relación podía haber entre la erección en mi mano y el asombroso universo que en la acribillada oscuridad se extendía ante mis ojos. Nunca son tan perfectas la realidad y la fantasía como cuando están tan móvilmente hermanadas, con todo lo externo de una dentro de la otra, engañando y simulando una y otra vez el sonido intenso y profundo del éxtasis.

3

—Krishnamurti es un hipnotizador conmovedor.

La voz de Bosley se zambulló en su dulce cadencia al otro lado de la línea.

—Por favor, querido —le dije—, necesito que me folies.

—Uf, cuánta franqueza.

Me desconcertaba y me atraía con aquel tono suyo tan amable y que tanto me excitaba. Lucinda tenía que volver por la tarde, pero yo estaba dispuesto a irme a la ciudad y pasar el día con Bosley. Me había vuelto el humor masculino. Quería entregarme, sin más análisis. Después de todos los años de batallar con etiquetas, sabía que cualquier intento de enjuiciar la conducta sexual resultaba estúpido. Además, no tenía ni un respiro. Mi deseo por los hombres, ¿era para huir de mi incapacidad de hacerlo con una mujer, de mi miedo a tener un hijo? ¿O acaso mi repetido esfuerzo por el matrimonio era para no enfrentarme con el hecho de mi homosexualidad básica? Instintivamente, creía que la bisexualidad y el celibato eran evasiones. No había más que continuar el proceso diario de observación y lucha para descubrir adonde me llevaban mis impulsos.

—¿Por qué no me dejas que vaya a verte?, —le dije.

—Te comportas como una puta vieja y triste.

—Es todo lo que hay, pequeño. Lo demás es pura charla.

—Bueno, entonces hablemos de negocios. ¿Qué deseas exactamente?

—Lo quiero despacio y potente, como un polvo de Quinn el *Poderoso*. ¿Sabes montar de esa manera?

—Cariño, olvidas que estás hablando *conmigo*. Pero continúa, te escucho.

—Un buen rato para las bocas, una media hora. Sólo para los besos, los labios, los dientes, tus dientes sobre mí, lenguas

y más lenguas. Y el aliento. Y sentir el calor en mi pecho que arde, mareándome, sintiéndome débil en tus brazos. Froto mi cuerpo con el tuyo, me retuerzo a tu lado. Oh, querido, por favor, déjame apretarme contra ti.

—No tengas tanta prisa.

—Luego me muerdes los pezones. Y gruñes en mis oídos. Me lames la carne suave del interior de los muslos, para que me tiemblen las rodillas. Me siento pequeño como un niño, indefenso en tus brazos. Y me metes el dedo, moviéndolo bien dentro de mí, despacio, para que yo te sienta y tú sientas cómo te siento, y me tienes así, suspendido, en cuclillas, colgado, atravesado sobre tu mano, negro placer, y tu boca sobre mi… sobre mi…

—¿Qué vas a decir, niño? ¿Sobre tu coño?

—Oh, sí, mi coño.

—Lo que tienes ahí, tesoro, es una polla. No eres una mujer. Y a mí no me gustan los coños.

—No me rechaces.

—Chúpamela.

—Sí, ponme debajo de ti. Todo el tiempo que quieras con tu polla. Deslizando mi lengua sobre el hueco de tu garganta, lamiendo tu duro pecho, saboreando el sudor salado de tu vientre, lamiendo toda tu piel, oliendo el almizcle de tu vello y, finalmente, con tu polla, fuerte y hermosa, dentro de mi boca. Todo el tiempo que quieras. Una cosa cálida y resbaladiza. Pezón de madre. Lugar prohibido del padre. La suavidad del borde encrestado. El bulto en mi garganta, atragantándome, chupándola, oh, mi Polla, oh, mi Eterna Polla. Gimoteando. Agitándose. Y tu fuerza sobre mis labios. Déjame… que te… la… chupe… Fóllame en la boca, lléname de polla la boca, pon el culo sobre mi boca, hiéreme en la boca…

—Niño, algo anda mal dentro de tu cabeza.

—Quítamelo, vuélveme a la realidad. Contrólame, úsame, tenme. Deslízate hacia abajo para que nuestros cuerpos sientan la longitud del otro. Pon tu dureza entre mis muslos. Date cuenta de que estoy abierto. Fíjate en cómo separo las piernas y me levanto para ti. Ponía en la abertura. Fóllame.

Fóllame por el culo. Hazlo ahora.

—Ooooh, Jeeesssuuuússs.

—Es todo tuyo. Lo levanto para que puedas hundir más bellamente tu polla. Tus ojos arden en los míos. No puedo aguantar más tiempo. Voy a correrme. Oh, perdóname, deja que pase esta ola de éxtasis.

—Será la primera vez. Vas a correrte cien veces esta noche antes de que yo haya terminado.

—Picha estúpida, no eres tú quien lo hace, soy yo. Yo dejo que te corras.

—Ponte boca abajo, puto.

—Sí, ahora estoy indefenso, no puedo retroceder. Tus rodillas se apoyan en mis corvas. Cómo me fuerzas, cómo me excita tu polla. Me la clavas hacia arriba, luego la agitas a un lado y a otro y, por último, me la clavas de arriba abajo. Llenas todo el interior de mi agujero. Me follas por completo. Calambres de fuego eléctrico sacuden todo mi cuerpo. Crispo mis dedos y muerdo la almohada. Me están follando. Están follándome. No hay otra cosa en el mundo sino que me folian. Ahora dices mi nombre. Quieres que te mire a los ojos. Miro por encima de mi hombro, con el cuello torcido como el de un pájaro, y tu boca húmeda y cálida cubre la mía. Separo más las piernas y puedo sentirte entre ellas; empujas tu pelvis entre mis nalgas, siento tus caderas contra mi culo, tu polla dentro, dentro de mí. Me desnudo para ti. Abierto y doblado, mi coño completamente abierto a tu empuje. Mi coño. Mis pechos están para follar tus manos, mi boca es un receptáculo para tu saliva, mis ojos para mostrar mis pensamientos. Lo sabes todo. Soy tú. Te he hecho mío. Me obligas a ponerme de rodillas. Empujas duramente en el lugar tierno y profundo. Siento dolor. Me haces daño. Te pido que sigas. Empujo hacia ti para que me penetres. Oh, animal negro y gruñón pegado a mi cuello. Oh, fóllame ahora. Me entrego a ti ahora. Fóllame ahora. Me poseo ahora. Y poseo todos los sonidos que hago en la noche mientras giras y estallas dentro de mí.

Hubo un largo silencio.

Luego una breve risa.

—Niño, eres *demasiado*. —Hizo una pausa—. Pero es que

hoy no puedo. ¿Cuándo vuelves a la ciudad?

—Puede que dentro de diez días.

—Llámame entonces —dijo.

Y colgamos.

El problema es la confusión. ¿Qué puede hacer uno con un pie tullido? Todos mis intentos para hacer frente a la vida como problema terminaban enredándome con la tecnología, sea metálica o mental. Y no podía ver la relación entre la seriedad y la estulticia. Los líderes ríen, pero no tienen sentido del humor.

Hay veces que quiero y hay veces que no quiero. Cuando quiero, me adapto al proceso consumista, conocido románticamente como participación. Busco a aquellos que tienen una necesidad complementaria y servimos nuestros respectivos vacíos. Es un simple comercio. Todo lo demás son telenovelas sentimentales para esclavos. La verdad obvia, retorcida por los amos, termina por parecer despreciable al lado de las mentiras oficiales de los mojigatos.

¿Qué iba a hacer yo de mi aventura desvergonzada con Bosley? ¿Qué tenía que ver con mi relación con Lucinda? Con ella, al principio, el modelo de conducta respondió a lo establecido: dar-y-dar, dar-y-tomar, tomar-y-dar, tomar-y-tomar, y soledad mutua. Cada intercambio que hacíamos, desde follar a pelearnos, encajaba en el paradigma. El tiempo de luna de miel dejó en nosotros la suficiente energía para que yo pudiera ver con claridad las estructuras. Pero ella se puso sensiblera, yo me volví perezoso y los días se llenaron de aburrimiento.

Cada vez estaba más claro que me encontraba interesado en la dinámica de la interacción con las personas y en los cambios que se producían al mismo tiempo en mi interior, sin que me importara apenas quién fuera la otra persona, siempre y cuando él o ella mantuviera cierto nivel de energía mientras estábamos juntos. En resumidas cuentas, la persona no era lo importante, lo importante eran los efectos producidos por la persona.

Cuando Lucinda y yo empezamos a follar, siempre había fuegos artificiales. La primera penetración dejó atrás la

excitación, el placer del descubrimiento, la zambullida en la virginidad virgen. Luego hubo el recorrido por el *Kama Sutra*, con todas las acrobacias posibles. «Oye, ponte del todo en la postura de la Osa Mayor, yo me apoyaré en el alféizar de la ventana y te la meteré desde atrás y por arriba, y ¿oh?, ¡oh!, ¡oh!», etcétera. Y cuando acabamos con todo eso, nos llegó el aburrimiento, que es lo que queda pegado al palito una vez se ha derretido el helado. Después, sin que importaran las razones, fue simplemente cuestión de cualquier otra cosa, energía fresca, variaciones nuevas. Hice un largo recorrido, alejado de los valores sencillos.

Mi conciencia parecía haberse convertido en un producto de la historia. Para mí, la vida era un libro, una película. Vivía en los centros físicos y en la mente. La única emoción que no encontraba vulgar era la tristeza cósmica, el último patetismo. Y disponía de toda una serie de consejeros, amigos íntimos, terapeutas, hasta gurús, que decían cosas como «eres esquizoide», o «has perdido el contacto con el Otro», o «tienes miedo de tus sentimientos». Bueno, ¿y qué? ¿Es que puedo ser distinto a como soy? No todas las taras de nacimiento son físicas. Estar tullido emocionalmente es tan real como estar tullido de las piernas. A un paralítico de las piernas no se le dice: «¿Por qué no corres?». Entonces, por qué se le pregunta a un hombre con el corazón endurecido, con la sensibilidad rota en añicos: «¿Por qué no lloras?».

Francis bajó a la sala.

—Y tú eres todavía más frío que yo —le dije.

—Bertha dormirá hasta tarde —dijo—. ¿Qué podemos hacer?

Fuimos andando hasta Cherry Grove, a casi cinco kilómetros de la larga playa de arena blanca, bajo un cielo asombrosamente azul, con nubes, oyendo el constante silbido del viento y el rumor de las olas. El Grove era el centro cultural de la isla donde los homosexuales habían creado un pueblo a su medida.

—¿Puedes imaginarte —dije— cómo sería si a todos los homosexuales se les diera un estado, algo así como Wyoming, y pudieran establecer en él el tipo de sociedad que quisieran?

Francis se rió para sus adentros, poniendo el proyector en su propia mente.

—La primera e irresistible reacción sería sin duda de júbilo…

—Exactamente, la aparente libertad sin limitaciones sexuales, nuevos propósitos, la emoción de descubrir una identidad aceptada.

Francis asintió con un gesto de la cabeza.

—Seguramente la cosa vendría propiciada por un líder carismático, un Lenin gay. Un MetaMaricón. Un Moisés marica.

Llegamos a la primera casa que marcaba el comienzo del Grove, tras la larga lengua de terreno de la reserva del gobierno conocida como Sunken Forest. Las vibraciones cambiaron drásticamente y al instante. En ese lugar, la gente echada en las toallas no pretendía, como los ocupantes de las secciones heterosexuales de la playa, que nada sucedía salvo lo que pudiera ocurrir en un programa familiar de la tele. Aquí, la presencia se palpaba. Cada uno era consciente de estar allí, de cómo estaba, de cómo veía a los otros, de cómo era recibido. Había un constante aleteo de comunicaciones sumamente sutiles en un lenguaje corporal de lo más sofisticado. El aire estaba cargado de atención. Se me puso la carne de gallina. Miré la expresión de Francis.

Su cara era una máscara insensible, como si estuviera simplemente en un lugar para mirar, no para relacionarse. Me pregunté si era verdaderamente heterosexual. Sus dibujos lo negaban, así como, ocasionalmente, algunos de sus comentarios sesgados. Lo valoré físicamente y, para mi sorpresa, no le encontré ningún distintivo sexual. No podía penetrar en mi propia condición con la suficiente profundidad para saber hasta qué punto yo suprimía el deseo. Dada nuestra proximidad, lo más natural habría sido que termináramos jodiendo, pero apenas nos habíamos tocado. Quizás era la mutua comprensión tácita de que la ausencia absoluta de implicaciones sexuales era la condición indispensable para que continuara nuestra amistad.

—Toda la sociología se plantearía de forma diferente —

siguió diciendo Francis—. Apenas habría necesidad de ocuparse de los hijos, y la naturaleza de la educación cambiaría radicalmente. El tiempo tendería a desaparecer.

—Me pregunto si los sexos estarían integrados.

—No habría una discriminación clara o legal, pero se insinuaría un sutil *apartheid* sexual y aparecerían guetos masculinos y femeninos.

Empecé a apasionarme.

—Imagina las escenas en la nación nueva. Poder ir a todas partes, a capricho y sin esconderse, relacionarse sexualmente en público. La euforia total.

Francis tomó aliento, como si mordiera el aire. Por primera vez, contempló lo que nos rodeaba.

—Así que esto es Cherry Grove —comentó.

—Lo dices como si no te gustara.

Me miró atentamente. De pronto, lo obvio se hizo seductor. Nada nos impedía introducirnos ahora. Luego no habría barreras. Y quizá se acabarían los problemas con las mujeres. Sin embargo, cuando íbamos a decidimos, un sentido cegador de lo imposible paralizó nuestras voluntades y dijimos no a lo nuevo, para que no se transformara en lo viejo.

—Lo mejor es que ni siquiera nos molestemos —dijo Francis—. Necesito como mínimo a una persona de quien no espere una pasión sexual. —Luego de una pausa añadió—: En cualquier caso, tú no eres mi tipo.

Dejamos la playa y caminamos en silencio por el entablado durante unos minutos.

—Pero luego —empezó otra vez Francis— descubren que aún necesitan gente que se encargue de retirar la basura; tienen que inventarse alguna clase de sistema monetario; han de ocuparse del problema de los suministros, la demanda de alimentos y, además, tienen vecinos hostiles.

»El resto es historia —continuó Francis después de una pausa—. Los listos aprenden pronto para que los estúpidos hagan todos los trabajos asquerosos. Acumulan poder e hipnotizan a los demás con los rituales del gobierno y la religión. Y se dan cuenta de que son adictos al odio, la

violencia, la codicia, la envidia y todos los pecados que forman parte de la herencia humana. Hay descontento. Los grupos radicales desafían a la autoridad establecida. Surge la herejía. Y se oye una voz nueva que reclama que se respeten los derechos de los bisexuales. Pero el MetaMaricón muere y el marica Stalin llega al poder. Hay ejecuciones. La feliz Homolandia se convierte en otra tiranía.

Me eché a reír. Y dije:

—Imagina cómo habrían sido las cosas si gente como Trotsky hubiera sido gay…

Francis se volvió y me dirigió una de sus miradas aceradas.

—¡Oh!, Trotsky era gay —dijo.

Quedé sorprendido. Me pareció estúpido preguntarme si estaba probándome. Me lo llevé a dar una vuelta por los bares y lugares pintorescos y dimos un paseo por la exposición de la carne. Pero se puso muy nervioso y enseguida emprendimos la penosa caminata de los cinco kilómetros de regreso hasta Seaview.

Cuando llegamos a casa, Lucinda ya había regresado y estaba asustada. Pero eso era lo acostumbrado y no había forma de que ella supiera lo que le pasaba. Yo también estaba abstraído por lo ocurrido durante el día para darme cuenta de su estado. Se adhirió a mí de mil maneras desagradables. Se comportó como una niña que sólo quiere que la cojan en brazos y la mimen. Pero entonces no me daba cuenta. Y en eso consistía todo el problema: no sabía lo que necesitaba. Y Lucinda era incapaz de decirlo.

Empezamos a reñir y luego a discutir. Entré en el dormitorio, ella me siguió y a los pocos segundos estábamos gritándonos. Quise irme, pero Lucinda me sujetó del brazo.

—Déjame marchar —le grité—. ¿No ves en qué estado me encuentro? Si no me voy terminaré por pegarte.

Una revelación cruzó su rostro.

—Quieres que te pegue, ¿no es eso? Pues no —dije en un grito—. No voy a jugar a eso, no voy a pegarte.

Me giré para salir y ella volvió a sujetarme del brazo. Me puse ciego de rabia. De un empujón la aparté de mi lado y

ella se abrazó a mis piernas. La cogí del pelo, la levanté hasta mi altura y la tiré contra la cama. Cayó de espaldas y allí permaneció un momento, completamente confusa. Sentí una descarga de energía sexual. Salté encima de ella y le abofeteé la cara, una, dos y tres veces. Luego, retrocedí y salí corriendo del dormitorio.

Estuve fuera durante más de una hora y, cuando volví, estaba cachonda e insinuante, deseosa de abrazarme. Yo, a mi vez, me mostré con la debida brusquedad y ternura.

Es asombrosa la manera con que llegamos a representar los papeles más indignos. Y no hay modo de escapar de ellos. Sabiendo lo que hacemos, parece inútil que sigamos haciéndolo. ¿Qué pasaría si un día la mataba, igual que la había abofeteado? Esas cosas ocurren. Lo único que aparece con claridad en el revoltijo de nuestra interacción es el hecho de que la apuesta sube continuamente. Hay formas más convincentes de viajar por el vacío que un columpio.

Quizá follando. Lucinda se esforzaría por hincar en su interior cualquier parte concebible de mi ser. Yo lucharía entre el deseo de inmolarla y el miedo de que me arrastrara a su propia sima…

Empujo su cara, hundiéndola en la almohada, aprieto su boca hasta deformarla, mientras lame la palma de mi mano y chupa mis dedos. Cierro la mano en un puño y aprieto con más fuerza. Empiezo a hacerle daño. Hunde sus uñas en mi espalda, devolviéndome el dolor que le causo, invitándome a su mayor ruina. Castigo su coño con mi polla. No muevo mi pelvis. Establezco una presión constante e insistente, para que sufra atravesada más profundamente por mi espada. Los ríos de oscuras llamas se precipitan en una cascada de olas gigantescas desde la fusión sexual y destruyen el escenario y el teatro donde nuestras imágenes representan su drama, y la violencia rompe los límites de la fantasía. Me echo hacia atrás y aplasto mis nudillos en su boca. Le rompo un diente, un labio se desgarra.

En los meses que siguen la maltrato regularmente y cada día me meo en su boca y la obligo a comer en el suelo, a cuatro patas. Traigo hombres a casa y la obligo a realizar

actos de mediocre pornografía. Su adicción por lo depravado aumenta. Y un día, casi por aburrimiento, la mato.

Lucinda hizo la cena y los cuatro nos sentamos a la mesa. Francis empezó a contar algunas de las aventuras de la excursión del día, entre ellas nuestro descubrimiento de un pájaro durmiendo en medio de uno de los senderos.

—Estaba posado allí, con el pico bajo el ala, durmiendo, de verdad, justo en medio del camino. Me acerco, me inclino y le digo: «¿puedo ayudarte?», y, entonces, saca el pico del ala, agita la cabeza y echa a volar. Me parece extraordinario. Absolutamente extraordinario.

Paladeó la última palabra. Bertha se quedó mirándole.

—¿Qué clase de pájaro era?

Francis la miró perplejo, con expresión vidriosa.

—No creo que eso sea un aspecto relevante de la historia —dije.

—Oh —exclamó Bertha—, pero quiero imaginarme cómo era el pájaro. Y Francis sabe describir muy bien las cosas. —E insistió—: Francis, ¿qué aspecto tenía el pájaro?

Francis negó con la cabeza.

—No sé, era una especie de pájaro pequeño, de color pardo.

Me miró en busca de ayuda. Pero no me sentí con ganas de ayudarle frente al malhumor de Bertha. Sobre todo cuando expresaba su dolor con hostilidad. Lucinda y yo nos fuimos a follar al dormitorio.

Nos desnudamos rápidamente y me eché de espaldas. Ella se puso encima y bajó el coño sobre mi erección. Estaba húmeda y caliente. Los continuos cambios de humor durante el día la habían excitado. Se metió toda la polla y empezó a balancearse adelante y atrás, usando mi hueso pélvico como punto de apoyo. Se movió atrás y arriba y luego adelante y abajo, como si estuviera chupándome la polla con su coño. Le di unas palmadas en el culo, al principio suavemente, luego con más fuerza, entre las nalgas, en el ojo del culo y en el coño. Una de las veces me di un golpe en las pelotas con la punta de los dedos y me sentí atravesado por un dolor agudo. Rabioso, contra nadie en concreto, grité repetidamente

mientras seguía follándome. Tenía la cara serena, impasible. Sus tetas flotaban y rebotaban sobre su pecho como balones de agua, y sólo las contracciones de su vientre mostraban que se corría una vez tras otra, antes de que yo volviera la cara a un lado y me corriera dentro de ella.

Inmediatamente después, me sentí como solía de niño, cuando acababa de masturbarme y pensaba que había cometido un pecado mortal. Hasta el follar se había vuelto corrupto. Los tiempos habían cambiado. Me di cuenta de que estaba endureciéndome, e incluso cuando pensaba en el cambio social, lo primero que me venía a la cabeza era la dinamita. Pero me asustaba mi propia violencia y la violencia que desencadenaría en la sociedad si actuaba de esa manera. El tiempo, el tiempo cronológico, pasa por mí sin que importe lo que haga. Soy algo que dura. Dentro de mi espacio concedido, las opciones están abiertas. ¿Quiero cometer un asesinato? ¿Quiero unirme a las barricadas? La oportunidad para cualquier forma o intensidad de teatro que yo quiera está a mi alcance. Y sólo mediante un milagro se llega a la supervivencia.

Nos vestimos y bajamos a la sala de estar. No nos miramos a los ojos. Donna estaba allí, vestida de cuero, con pantalones negros y chaqueta de ante, un cinturón rojo, también de cuero, y una larga capa violeta. Medía casi dos metros de altura.

—¿Alguien quiere venir conmigo a pasear en bicicleta? —preguntó.

Francis le dirigió una mirada subrepticia y luego contempló a Bertha, cuya helada sonrisa no lograba esconder el brillo de astucia animal de sus ojos, mientras estudiaba a la mujer escandalosamente eléctrica que permanecía de pie en medio de la habitación, y a quien sólo le faltaba un látigo para completar su papel. Su fracaso era pequeño, pero exquisito. Francis bajó la mirada e hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—Yo iré —dijo Lucinda.

Necesitaba que el aire libre absorbiera algo de la energía que la inundaba. La jodienda había satisfecho a una

hambrienta, pero había abierto el apetito de otra. Deseé que Lucinda se llevara a Donna a la cama y que me dejaran participar o, por lo menos, mirarlas. Otro cuerpo en la cama no iba a resolver ninguno de los problemas, pero ciertamente los contendría durante periodos agradables de tiempo. Yo estaba listo para la huida, incluso la obvia, la vulgar.

Se fueron las dos mujeres y Francis cerró los ojos y se echó hacia atrás en su silla. Bertha miró a su alrededor en busca de alguien a quien dirigir su odio.

—Somos autómatas —dije—. Aprietan los botones y reaccionamos. Desde el nacimiento, todos hemos sido programados para la opacidad.

Salí al porche, me senté y fumé un cigarrillo tras otro. A pesar de tanta literatura y tanta propaganda, a pesar de mi propia formación contraria a todo ello, el sexo no era para mí una cuestión de personalidad. Cuando bajo la mirada y contemplo el ansioso culo que se agita, cuando disfruto cada instante del excelso contacto con el ser humano poseedor de ese culo y cuando siento mi polla exultar de felicidad por la belleza de nuestra danza, no me importa en absoluto saber el nombre de la otra persona. Ni siquiera me importa el mío. El éxtasis no tiene nombre.

Tú, mujer, quienquiera que seas, cuando reposamos nuestras cabezas en la almohada, comparto gustoso contigo la índole y características de tu vida. Mientras yo comparta el espacio geográfico contigo, respetaré tu singularidad y procuraré no hacer más difícil de lo necesario tu vida y la mía. Pero cuando follamos, para mí eres la mujer en su totalidad: negra, amarilla, cobriza y blanca, alta y baja, delgada y gruesa, vieja y joven, miedosa y temible, madre e hija, éxtasis y terror. Todo eso eres, mujer. Y si en medio de nuestro éxtasis uno de tus cuerpos se aparta para dejar sitio a otro, ¿crees que voy a notar la diferencia, excepto en el modo en que debo cambiar para relacionarme más plenamente con tu nuevo cuerpo?

Y tú, hombre, cuando estoy abajo, quiero decir abajo del todo, encima de tu polla, ¿crees que me importa algo a quién está unida esa polla, excepto por el grado de sensibilidad que

muestras con respecto a nuestra comunión y comunicación íntimas?

Una lengua es una lengua es una lengua es una lengua. El idioma que transmite cuando no actúa como criada de la palabra es la traducción de mi alma. El problema de la relación deja de ser un problema cuando la personalidad se convierte en crisol donde se purifica su conocimiento. El sexo alcanza su máxima expresión cuando golpea como un rayo para cubrir el espacio de silencio.

Me levanté y me hice una taza de café, que bebí despacio, mientras me fumaba tres Gauloises más. «Ya va siendo hora de dejar el tabaco», me dije.

Francis y Bertha pasaron junto a mí, conscientes de que yo sabía que habían hecho las paces y subían al cuarto para follar. «Qué tediosos somos todos», pensé.

—No sé si me siento bien ahora —dije en voz alta.

La verdad es que me sentía como un trapo sucio tirado al fondo grasiento de la fregadera. «Me he sentido mejor», pensé, «y también me he sentido peor». Y así podía imaginarme que las cosas iban bastante bien o, al menos, no demasiado mal. No había forma de saberlo con seguridad.

4

Quizás hemos entrado en el tiempo de la política de la aniquilación. El único revolucionario auténtico es aquel que adopta un estilo de vida que toma como premisa básica la destrucción inminente de todas las especies. Quienes hemos despertado de la niebla de anómala oscuridad que hipnotiza a las masas de hombres y mujeres, somos el verdadero peligro para aquellos que exigen el mantenimiento de los sistemas sociales que sustentan su poder. Pero los gobernantes están a salvo porque el pueblo está condicionado para seguirlos, y sólo lo brutal se atreve a gobernar.

Según todos mis principios, el feto que ahora se desarrollaba en el útero de Lucinda tenía todo el derecho a la vida. No le tenía ningún rencor y, de un modo general, le deseaba lo mejor. Pero si su nacimiento iba a servir para que la dependencia emocional de Lucinda con respecto a mí cristalizara, entonces no podía permitir que se reuniera con nosotros. Además, ella no quería atarse al proceso de criar a un niño sin mi apoyo y ayuda.

—¡Noche tras noche en aquel apartamento con un niño!, —decía ella—. Estoy ya tan sola que estoy volviéndome loca. Eso acabaría conmigo.

Por mi parte, no quería un matrimonio con ella a largo plazo. No había sido ésa mi intención cuando nos fuimos a vivir juntos. El niño era una burla a nuestro propósito. Pero su existencia planteaba una cuestión seria. Si fuera mi vida contra la suya, no habría dudado un solo segundo en matarlo. Pero era mi *estilo de vida* contra su *vida*. ¿Era *cómo* vivía yo más importante que el hecho de que *eso* viviera? ¿Significaba algún defecto esencial de mi personalidad el hecho de que yo no permitiera que este niño viniera al mundo, al tiempo que yo me mantenía?

Todo mi condicionamiento de católico surgió para unirse a la febril imaginación de ver al feto en su desarrollo humano. No podía pensar en él sin imaginármelo en sus detalles anatómicos y en su contexto espiritual.

Nunca hubo estos problemas en los prostíbulos japoneses. Se entra en una sala con veinte o treinta mujeres, jóvenes y delicadas, de dulces ojos almendrados. Música y batas con lentejuelas, olores de perfumes e incienso y, por todas partes, carne encendida, carne dorada rozando muslo con muslo, teta con teta, nalga con nalga. Bocas que miran y manos que hablan.

La simple disponibilidad de las mujeres deja sin aliento. Una presentación, quince o veinte minutos de agradable charla y un breve intercambio de dinero, forman el preludio de una prolongada noche de baños, té y pastelillos, y de muchas horas de la deliciosa, exquisita e íntima jodienda oriental. Los tiernos pliegues de sus pezones y los estremecimientos de sus coños te transportan durante horas a la más delicada bienaventuranza.

La opción de la noche podía consistir en una especialista de la felación, dispuesta a chupar y mordisquear tu polla durante un tiempo que parecía una eternidad. Parecía gozar del instinto de la proximidad de la eyaculación y podía hacerte saltar las lágrimas cuando te lamía el capullo hasta que estabas seguro de correrte, tenías que correrte… y entonces ella se apartaba. El semen se demoraba todavía borboteante en el centro de tu polla, y sentías el absoluto placer estremecido durante cinco o diez minutos. Y luego, más, otra vez, de forma diferente. Y cuando te corrías, subsumías todos los orgasmos anteriores. Era realmente como un río de lava líquida fluyendo de tu polla. Y ella, loca y placenteramente, bebía en el río. Era lo que había preparado durante todo el rato, como un maestro de cocina que prueba delicadamente la fragilidad de la corteza de un pastel mientras se cuece. Y eres consciente de que a ella le gusta hacerlo, goza con su trabajo. Y te preguntas si podrás entrar alguna vez en otra mujer que sea menos entusiasta.

O podías llevarte a casa la versión amarilla de la chica de

al lado, y cuando te metías con ella en la cama descubrías que era una loca que quería lamer la mierda de tu culo, que te mordía tan fuerte el pecho que te hacía sangre y la golpeabas cuatro o cinco veces hasta que jadeaba hundida en su propio éxtasis y te dejaba que hicieras lo que quisieras con su cuerpo. Y entonces hacías todo tipo de depravaciones que hubieras imaginado.

O podías enamorarte.

—¿Yoshie?

La muchacha menuda se daba la vuelta perezosamente, aún medio dormida, los ojos todavía cerrados, su piel, a la luz difusa, semejante al nácar, serenos los rasgos de su rostro, como los de un Buda.

—*Hai. ¿Nani?* —dijo ella.

—Te deseo.

—Oh.

Hablaba como en un quejido susurrado. La tocabas. Transcurría un largo rato en silencio y, de pronto, estaba encima de ti, con un movimiento tan rápido como el de una serpiente furiosa. Siempre era así con ella. Siempre dispuesta, siempre atenta. Cuidaba de ti igual que un árbol para producir su fruto, sin pensarlo, sin considerarlo.

Y entonces te casabas con ella, y cuando volvías a Estados Unidos, de pronto, todo volvía a ser feo. Tú eras feo, ella era fea, la vida era una constante intimidación y, en una frustración confusa, una tarde te ibas y ella se pasaba nueve años recuperándose antes de poner a otro hombre en su corazón, y tú aún te preguntas si algún día podrás conocer a otra mujer como aquélla. ¿Fue ella la fabulosa y única mujer a la cual se supone que cada uno de nosotros está predestinado?

Cautivado por las evoluciones de la prueba, olvidé fijarme en la naturaleza de la palestra. Con una regularidad tediosa confundí el drama con el *dharma*. Como decía Francis: «Todo el mundo empezó a confundir el subjetivo colectivo con el objetivo».

La tarde siguiente se hizo eterna. El sol habló geométricamente desde el cielo y la tierra se sintió

acogedora. No había indicios de la negrura infinita del espacio o de la inmensidad a través de la cual nuestro planeta se precipita en caóticos giros. Me senté solo en la sala de estar, contemplando la luz que perfilaba el espacio en segmentos. Las casas de cuarenta años de Seaview semejaban rocas gibosas. Y desde una larga pared de ventanas podía ver las dunas que conducían al agua.

Lucinda había ido a ver otra vez a sus hijas, recién llegadas del campamento. Su matrimonio había sido prototípico. Era la hija menor de un rico abogado y una mujer aficionada a las exposiciones caninas. Se casó con el muy próspero y muy aburrido doctor judío de Long Island. Encamó su personaje durante catorce años, con el vestuario adecuado, el lenguaje adecuado y el número de amantes adecuado. Hasta que una mañana se despertó y se dio cuenta de que se asfixiaba, que llevaba demasiado tiempo muriendo de sed.

Después de una consideración reflexiva de lo que pensaba que era su deber, se dio cuenta de que no sentía absolutamente nada por su marido y sólo un interés desapasionado por el futuro de sus hijas. «Sabía que si permanecían con él, tendrían al menos lo mejor en comida, vestidos y alojamiento, irían a buenos colegios y toda esa mierda». Este fue su razonamiento.

Se fue aquel mismo día. Y cuando superó todo el trauma y se separaron legalmente, optó por una pensión mensual y a él le dejó la casa, los coches, las hijas, su buen nombre social y una nueva novia con la que no tardó en casarse. Se pasó un año sin hacer nada y llevó una vida promiscua con hombres que la telefoneaban a las tres de la mañana porque tenían ganas de follar y sabían que ella estaba disponible. Luego se vino conmigo. Y quedó otra vez embarazada. («Ha debido de desplazarse el diafragma». Risas).

Durante las primeras semanas, cuando nos contábamos lo suficiente de nuestras vidas para disponer por lo menos de una referencia, conocí a sus padres. Hacía tiempo que habían alcanzado ese estado tan corriente en que el matrimonio se convierte en una tregua aburrida aunque necesaria. El padre

había reducido todo su poder a la *suite* agradablemente barroca de West Side donde vivían, a la casa de campo en el Berkshire y a asuntos tales como la elección de los países que visitarían este año en su viaje a Europa. Estaba entregado al estudio de las complejidades del derecho mercantil y a las extravagancias de la bolsa, y daba gracias al cielo los días que no tenía dolor de lumbago.

Me invitaron un fin de semana a la casa de campo y me pasé una noche dadaísta con Lucinda, su madre, un psiquiatra gay y su perro neurótico. Lo más interesante es que no me di cuenta de que el doctor fuera marica. Era el homosexual mejor disfrazado que nunca he visto y su camuflaje me produjo admiración. En un momento en que fuimos a la leñera a coger astillas, tropezamos en la oscuridad y ambos nos estremecimos. Lo sentí y sabía que él también. Alargó la mano y me la puso en el culo. Pero había bebido demasiado y no me gustó.

Delante de la chimenea, contó historias de psiquiatras, bastante divertidas. Tenía el ingenio del hombre que ha encontrado su sitio, sin que le importara que fuera incómodo.

—Ha estado conmigo durante diez años —dijo, refiriéndose a una paciente.

—¿Y aún no está curada? —preguntó Lucinda.

—No —contestó el doctor echándose a reír—. Aún conserva la ilusión de que puedo ayudarla.

—¿Tiene usted pacientes homosexuales? —pregunté.

La madre de Lucinda me fulminó con una mirada llena de odio y amargura. Pero el psiquiatra entendió mi pregunta.

—No considero que la homosexualidad sea una neurosis.

—Entonces, ¿una mera inconveniencia?

La vida secreta es la vida sustancial: las cosas que hacemos y los sentimientos que nos embargan y que no compartimos con nadie. Se siente con mayor claridad momentos después de despertarnos por la mañana, cuando apretamos la punta de los dedos sobre los labios y somos conscientes de nuestra fragilidad. La conocemos mejor cuando nuestra mente se ve asaltada por el terror poco antes de dormimos. Es más agónica y gloriosa cuando estamos con

los demás, sentados con toda seguridad, sintiendo el peso de nuestro cuerpo en la silla, sabedores de los muchos niveles de percepción y escalones del ser, contemplando a los otros con sus respiraciones y divagaciones inconscientes alrededor de sus respectivos pies sonámbulos. Por nuestra vida secreta nos detiene el policía, nos castiga el cura y nos persigue el amante. Nos hemos habituado a lo externo y a lo duro; lo interior y lo blando son modos raros y preciosos. Y alcanzan un alto precio entre los rabiosos, cansados y sufridos drogadictos de nuestro tiempo.

Cuando voy a los baños, entro a menudo en el universo de lo íntimo. Mi centro de gravedad desciende hasta mi vientre, mis pasos se hacen lentos, mi mirada es mínimamente seductora. Me encuentro con perfectos desconocidos y participo en profundos intercambios sexuales con ellos. Me convierto en un vórtice de energía; nada puede verse por fuera, salvo las suaves ondas de su flujo, mientras que en el centro, en el interior, tiene lugar una rica existencia. Y la única manera de que otro pueda alcanzar esa vida es ser absorbido y cambiado en el proceso. Sin estas excursiones que recordar, me sentiría aplastado por los mundos públicos, el mundo de la política, el mundo de la sociedad, el mundo del poder, el mundo de la identidad.

El placer de follar sólo reside secundariamente en el orgasmo de la eyaculación. Está más bien en la belleza del rostro de la mujer cuando se funde y se hace desconocida, cuando deja de tener rasgos y se convierte en la encarnación del misterio, en la antesala del conocimiento. En ese intervalo, la mujer muestra su más puro y único gesto, la curva real de su alma, y puede vérsela en su brillante y compleja identidad, radiante en su aceptación de todo cuanto ella es.

Lo esencial de la inteligencia humana reside para mí en la chispa de conocimiento que surge en los ojos de quien está a punto de rendirse a un arrebato pasional. No tiene nada que ver con la insania patriarcal de la conquista. Es la más ligera de las presiones, la más delicada de las texturas.

Durante todo el día, una paz singular invadió la casa.

Francis y Bertha descansaban en la arena; Donna estaba ausente, en uno de sus cruceros barrocos, buscando las rarezas más llamativas de la vida social de la isla. Los pensamientos entraban y salían de mi mente como las olas cuya voz nunca cesa, ni siquiera durante un segundo. Relevado de la necesidad de usar mi pensamiento para cualquier actividad tecnológica, vi la sustancia del pensamiento, tan luminosa y aérea. Grandes castillos relucientes de mi fantasía proliferaron ante mi ojo interno. Era, entonces, dueño de todas las formas del pensamiento. La arquitectura fluía libremente. Captaba, entendía y transmitía universos enteros de discurso en microsegundos de tiempo cronológico. El ordenador cantaba.

Me adentré en el país del ideal, sin perder en ningún momento la realidad del mundo físico, del cual yo y todos mis quiméricos pensamientos no éramos sino una breve manifestación. El rostro elusivo de la última realidad me sonrió tras los celajes de las últimas y escasas palabras que aún aserraban madera en mi cerebro. Y luego, de golpe, quedé liberado, más allá de los límites conceptuales, de los modos y las modas, abrazado a la pureza del ser.

Francis y Bertha regresaron.

—Eh, muchacho, parece que estás colocado —dijo Francis.

—¿Sabes? Siempre que lo parezco es que no lo estoy.

—Hay un largo camino hasta Tipperary.

Bajé a la playa. Se me ocurrió que lo que hacía de Francis un amigo tan valioso era que sabía que cualquier estado dado *es* ese estado, y sólo a un necio se le ocurre buscarle una etiqueta. ¿Iluminado o colocado? Lo sabes por el grado de entendimiento de la persona.

Mientras me adentraba en la arena, la paranoia se cerró sobre mí como las valvas de una almeja gigante. La gente que había en la playa era completamente extraña. Había algo equivocado en ella, indeciblemente equivocado. No podía racionalizarlo. Para mi horror, alguien me sonrió. Devolví la sonrisa. Y luego me puse a reír sin poder controlarme. La hilaridad que me producía aquello era irresistible. Pensé:

«creerán que me he vuelto loco».

Volví a casa. Había llegado alguna gente y cuando entré empezaron a hablarme, hacían ruido con sus bocas, me golpeaban con sus palabras. Con un enorme esfuerzo, cambié de nivel y entré en el mundo de las preguntas y respuestas. Me encontré con un nudo en mi mente y deseé una y otra vez que Lucinda regresara pronto.

5

Vino en el transbordador de las ocho. Nos abrazamos durante un buen rato. Esta vez, nuestras necesidades estaban en absoluta sincronía.

La casa era un pandemónium. Todos los veraneantes habían traído invitados para pasar el fin de semana, serían unas trece personas, más los perros, y no paraban entre la sala de estar y la cocina. Todo el mundo se mostraba sonriente y educado, pero el nivel de irritación era alto. Donna estaba al teléfono, en un rincón de la sala, contemplando a la multitud con ojos calculadores.

—Ese bastardo da una fiesta esta noche —nos gritó a Lucinda y a mí cuando entramos.

—¿Quién?, —dije yo, exagerando la pronunciación en mis labios para que pudiera ver lo que yo decía en medio del alboroto.

—Ese millonario, ese hijo de puta de la esquina. Y el cabrón no me ha invitado. —Habló por teléfono y luego colgó —. He estado allí esta tarde —dijo acercándose. Bajó la voz hasta un susurro—. En esa piscina suya, cubierta de verdín. Estaba subiendo por la escalera cuando pasó nadando a mi lado y me agarró del culo. Me volví y me dijo: «Seguro que te comería». Así que le contesté que abriera la boca, que para cagar cualquier sitio es bueno.

—Bueno, si es así, tampoco te habría invitado yo.

—Todavía no se ha acabado el verano. Ya le ajustaré las cuentas.

Donna era una de las pocas paranoicas perfectamente conscientes que he conocido. Su única manera de relacionarse con la gente se basaba en un patrón que poseía en algún lugar de su plexo solar. En él había tres indicadores: amigo, neutral y enemigo. «Tienes que fiarte de tu instinto»,

decía un mínimo de cinco veces al día. «Tú sabes cuándo no puedes confiar en alguien. Lo sabes sólo con verlo. Siempre me atengo a eso. Atízale un golpe antes de que te lo dé a ti».

—¿Quieres comer? —me preguntó Lucinda.

—¿Por qué no os añadís a nosotros? —dijo Donna, que no tenía inconveniente en cambiar de tema—. La cena estará lista en cosa de una hora. Tenemos gambas.

—Entonces vámonos primero a follar —le dije a Lucinda.

Me sonrió. Su mirada era limpia y cálida. El moratón de la cara, donde la había abofeteado, había palidecido y parecía la cubierta de un disco de Billie Holiday.

—¿Lo has pasado bien con las crías? —pregunté.

—Ha ido bien. Dicen que si me echo novio no le dirigirán la palabra.

—Tremendo.

—Fui a ver a una antigua amiga y le hablé de nosotros. Tiene cuarenta y cinco años y sabe mucho de la vida. Dice que vas a matarme. Que o me salgo de tu vida o me matas.

—Vete con el Movimiento Femenino de Liberación —dije—. No con las que piden aumento de salario, sino con las que intentan averiguar qué es la dependencia psicológica. Libérate.

Pero, como casi siempre, mis palabras fueron el preludio de la seducción. Y enseguida estuvimos en la cama, besándonos y abrazándonos. Se nos arrugó la ropa y nos la quitamos a tirones. Y durante un rato follamos con gran ternura, pensando el uno en el otro y tratándonos amablemente. Luego fue como si hubiera apretado el gatillo. Disparó las piernas hacia arriba y yo me hundí en su coño y empezamos a gruñir y a gemir como luchadores borrachos. Me envolvió los muslos con las pantorrillas y se meneó con vigor y rapidez hasta que se corrió. Su orgasmo tuvo la misma brusquedad que la de un hombre cuando tira una colilla a la calle. Esperé a que cesaran sus vibraciones y luego continué mi movimiento dentro de ella hasta que alcancé el clímax.

—Nunca nos corremos al mismo tiempo —dijo.

—Claro, vivimos en un país fascista. ¿O qué esperabas?

Estuvimos echados sin movernos durante un rato, gozando del silencio que nos rodeaba.

—Me han detenido esta tarde —dije—. Por ir en bicicleta en Ocean Beach. Retirar la bici me ha costado quince dólares, y mañana tengo que acudir ante el juez. Ha sido el viejo poli. El sargento. Vino corriendo por el sendero en su triciclo y me echó el guante justo cuando entraba en Seaview. Fue ridículo. Tenías que haberle visto, tan viejo que puede ser mi abuelo, vestido con ese absurdo uniforme azul, persiguiendo a la gente que va en bicicleta.

—¿Adónde ibas?

—Venía de comprar hierba. Me escoltó todo el camino de vuelta hasta la comisaría y me tuvo esperando durante una hora al lado de la jodida celda, mientras una máquina automática rellenaba un documento, y yo, todo el tiempo, con cincuenta gramos de hierba en el bolsillo.

Encendí un cigarrillo. Sentí entonces toda la rabia de la que me había reído antes.

—La verdad es que quería partirle la boca —dije.

—Pero él tenía una pistola —dijo Lucinda.

—Cierto. Tenía una pistola. —Recordé toda la escena—. Y cuando salí de aquella caja de galletas que usan como comisaría, se me acercó una señora y empezó a acariciarme la cabeza, repitiendo una y otra vez: «¿No es una vergüenza?». Y luego llegó otro tipo y antes de que me diera cuenta aquello se convirtió en una manifestación política contra la policía y los tribunales, todos con el puño en alto. Un grupo de esclavos asalariados, de la atemorizada clase media, y una loca de Fire Island gritando contra la ley y la autoridad. Fue increíblemente trivial, pero glorioso al mismo tiempo. Y la gente cree que reconocerá el fascismo cuando los polis empiecen a hablar alemán. Ya está aquí. América es un reformatorio.

—¿Qué vas a hacer en el juicio?

—Haré un discurso poniendo en cuestión los fundamentos de la ley americana y las premisas de la civilización occidental.

Lucinda bostezó.

—Vamos a ver si Donna tiene la cena lista —dijo.

Se fue al armario en busca de un vestido.

—Ya lo verás —dije—. Un día te despertarás para descubrir que durante mucho tiempo no has tenido un pensamiento original, una emoción no condicionada o una acción espontánea. Te habrás convertido en un robot, en una cinta de máquina de escribir andante para que el gobierno, la industria y los militares la usen de la jodida manera que quieran. Y sonreirán mientras cavan nuestras tumbas. Y lo peor es que no serán más inteligentes que los miles de millones de personas a las que controlan; simplemente más poderosos.

—¿Crees que llegará ese horrible momento sólo porque somos individuos mal adaptados?, —seguí—. Toda la cultura está enferma en su esencia. Tan distorsionada que no hay siquiera manera de recordar cómo era un ser humano sano. No hay que asombrarse de que hasta la jodienda esté mecanizada. La escena sexual definitiva de América vendrá cuando los carceleros den ácido a las chavalas en campos de concentración, y las vean cómo se bajan en un estallido final de autodegradación masoquista para chuparles la polla, al tiempo que les ponen el cañón de una pistola en sus sienes y miran las lágrimas de alivio que brotan de sus ojos.

Lucinda se volvió y había lágrimas en sus ojos.

—¿Y qué hay del bebé? —dijo.

Me sentí sacudido violentamente por la emoción que nos separaba. Hundí la cabeza.

—Eso es lo que realmente importa, ¿verdad? No que no nos corramos juntos.

Iba a ser un niño. Una noche, los dos, simultáneamente, tuvimos el mismo presentimiento. Íbamos a llamarlo Dante G. La inicial podría usarla para diferentes nombres en las distintas épocas de su vida, una nomenclatura móvil. Deseaba que naciera, pero no quería responsabilizarme de su crianza. Necesitaría alimentó, cobijo y cariño; necesitaría cierta estabilidad para que no fuera barrido por los vientos del pensamiento y la circunstancia. Pero yo apenas podía conseguir esas cosas tan esenciales para mí mismo, y Lucinda

no quería aceptar la imposición de un niño desvalido. Con toda seguridad no quería soportar la carga de criarlo si yo no estaba a su lado. No teníamos medios en nuestra cultura para que un niño pudiera crecer sin que fuera un estorbo casi todo el tiempo, y lo mejor sería ahorrar a cada persona implicada el problema de enfrentarse con una situación odiosa.

Salvo que semejante razonamiento se venía abajo ante la realidad de un feto que para entonces tenía forma definida y uñas en los dedos.

He aquí la escena clásica del matrimonio afectuoso leyendo en la cama. De pronto, la mujer se vuelve al marido y le dice: «Está dándome patadas, aquí, fíjate», y le pone la mano en su vientre. Pero si yo hubiera sentido moverse a aquel niño en el estómago de Lucinda me habría vuelto loco.

Me preguntaba si alguna vez podría atravesar las paredes de mi ego sin perder mi individualidad y por qué razón tenía en tanta estima esta individualidad. Pero eran preguntas académicas cuando me daba cuenta de que no disponía de poder para dar una forma significativa a mi vida. Sólo podía permanecer en guardia y tratar de estar fuera de mi desdoblamiento natural. Y si daba la casualidad de que eso sucedía en la dirección de las expectativas previsibles, ¿qué tenía que hacer yo? Me veía refugiándome en el hábito. O en la decadencia. El mismo acto sexual estaba convirtiéndose en una tarea rutinaria de la que no podía liberarme. Había empezado a perder mi pasión y a guardar las cenizas del odio en mi interior para poder sentir algo suficientemente fuerte que me hiciera consciente de estar vivo. Pero el odio conduce al miedo y termina en la autocompasión. Y como expiación, volvía a usar una vez más mi polla como una cachiporra para castigar el coño de Lucinda, por haberse atrevido a introducir una nueva vida en el mundo, y se dejaba hundir profundamente en su culpabilidad.

La única ventaja que la homosexualidad parece tener sobre todo esto es que ocurre entre personas con un entendimiento más preciso de la mutua desesperación. He castigado a mujeres, e intencionadamente; he castigado a hombres, pero nunca he olvidado que hacía teatro. Para mí,

el hombre que me da una bofetada me ayuda a estar en escena con él; la mujer que araña mi espalda lo que quiere es destruirme, literalmente.

El deseo troca el aprecio en explotación, y ésta destruye la capacidad de percepción. El deseo habita en una cueva y raramente ve las estrellas.

Cuando Lucinda y yo empezamos a vivir juntos, cerró todos los demás caminos de su vida. Dejó de hacer fotografía («Me chiflas tanto que ya no quiero mirar más por una cámara») y renunció a sus amantes («Eres todo lo que necesito, niño») y, en general, se condujo como si todos los problemas de su vida los hubiera resuelto con mi llegada. Me di cuenta de que era, como lo somos todos, víctima del condicionamiento histórico, pero eso no hizo más fácil la convivencia con ella. Para que yo tuviera mi propia libertad era preciso que ella tuviera la suya, llegando incluso al extremo de follar con otros hombres. Estaba dispuesto a aceptar el dolor de los celos para huir de la asfixia gris del exclusivismo.

Pero no fui tan fuerte como creí. Porque cada vez que me lamía la polla con su boca entreabierta o me invitaba sutilmente a darle por el culo, me traicionaba para poder dar una vuelta más en el carrusel de los sentidos. Cuando la jodía, le daba todo lo que podía demostrarle en aquel momento, y en mi cabeza sólo había una vibración posesiva: *Esto es mío*. La acompañaba en todos sus cambios, le tomaba todo, la inhalaba a través de mis poros. Tomé posesión de ella con mi polla, mis dedos y mi lengua. Provoqué alucinaciones en su mente y destruí su cuerpo, y quedó tan absorbida en el proceso que olvidó quién era.

Yo sabía lo que estaba ocurriendo, pero seguí el juego. ¿Por qué a un hombre no le gusta que una mujer desaparezca dentro de él después del orgasmo y le diga: «Nunca ha habido un hombre como tú»? Yo aceptaba su adulación cada vez que le soltaba un buen polvo, y luego me quejaba porque mi intensidad le robaba el centro.

Para mí, tras el periodo inicial del enamoramiento, un buen polvo con la mujer que vive conmigo se convierte en

sólo eso. En este sentido no es diferente a una buena comida o al milagro de una puesta de sol. Pero con ella, quienquiera que sea ella, el polvo se enreda con las emociones. Y, por supuesto, con el resultado práctico del polvo: los hijos.

—No sé —le dije a Lucinda—. Es tan hijo tuyo como mío. ¿Por qué pretendes que diga yo la última palabra? ¿Qué es lo que quieres hacer?

—No lo sabré hasta el último minuto.

—¡El último minuto!, —grité—. Ya han pasado tres meses. Dentro de nada no querrán hacerte el aborto. Tendrás el niño por descuido.

Pareció muy triste.

—Hay una forma —murmuró—. Es algo que hacen con un fluido. Pueden hacerte abortar incluso en el quinto mes.

Me miró, esperando unas palabras que redimieran al niño, pero me estremecí por dentro.

—Haré la reserva en el hospital —dijo.

Se vistió y salió de la habitación. Encendí otro cigarrillo y me senté en el alféizar de la ventana. Los pensamientos acudieron sucintamente, como un *collage* de lo ocurrido durante el día.

¿Soy un criminal si rechazo asumir el papel que Lucinda me pide para tener al niño? No hablo en sentido jurídico, sino en sentido existencial. Si yo, conscientemente, soy responsable por acción u omisión de que le extraigan el niño del útero, he acabado con la vida de otro ser humano.

Y si sigo ese camino, ¿no he abierto la puerta a los pasillos de la acción? Porque si mato a mi propio hijo, ¿por qué debo dudar en quitar de en medio a cualquiera de los monstruos que estrangulan la libertad en nombre de la autoridad?

Pensé en el arresto y en la vista del día siguiente, en la condición de las especies, en el dolor de Lucinda y en las escasas posibilidades de supervivencia de Dante, y el asesinato anidó en mi corazón.

«He sobrepasado tranquilamente casi todos los límites», pensé. Había alcanzado un punto donde no encontraba ningún valor de referencia y me dejaba arrastrar por el río de

mi propio futuro innominado. De vez en cuando, como un salmón, saltaría al aire turbulento y vislumbraría la delineación de mi condición, y vería que me había metamorfoseado en un revolucionario, un homosexual, un drogadicto, un hereje o cualquiera de las mil cosas que mi civilización me prohíbe ser.

Pensé en las reacciones de la gente que se había enterado del embarazo. «Oh, ¡un niño! Qué maravilla».

Tuvo que haber una época, quizá sólo en la fantasía, en la que el nacimiento de un niño estaba en el orden natural de las cosas y era motivo de alegría, como el primer brote en la pradera invernal que anuncia la primavera. Pero las praderas estaban ahora contaminadas por un rocío venenoso, y el nacimiento inminente de un niño sólo servía para ocultar el horror esencial de lo que hemos hecho con este mundo.

6

Habíamos llegado a aborrecer la excesiva pesadez del océano. Tantos días escuchando sus despiadados e incansables cambios habían tenido su efecto en nuestras sensibilidades frívolas y fragmentadas. Además, estaba desintoxicándome con demasiada rapidez. Había fumado mucho, como si mi cuerpo se hubiera adaptado a cierto nivel de maldad atmosférica. Meterme demasiado pronto en una zona de aire fresco me producía una sacudida en el sistema. Decidí regresar otra vez a la ciudad y dejar que los demás se las arreglaran por su cuenta.

Volví por la autopista, y me dirigí hacia la distante nube gris pizarra tras entrever la fealdad superpoblada de Long Island. Durante más de cincuenta kilómetros, la gran miasma sobre Nueva York dominó el horizonte como una virulenta evocación de la decadencia. A medida que me acercaba y aumentaba la densidad del cemento y el acero, se multiplicaba el número de edificios por unidad de superficie. El tráfico era un gruñido confuso donde el Bruckner Boulevard se cruza con la autopista del Bronx. En la carretera de West Side vi cómo la curva de la orilla del Hudson se borraba bruscamente bajo el aire oscuro que cubría las infectadas aguas de lo que una vez había sido un hermoso río.

La ciudad estaba en plena decadencia. Sólo necesitaba un Hogarth[1] que captara su manera idiosincrática de pudrirse. Uno se preguntaba cada día cómo podía sobrevivir otras veinticuatro horas con la inmundicia de sus calles, el constante chirrido de los coches, autobuses y camiones y la demencial prisa de su gente de piel grisácea para ir a ninguna parte. El lugar estaba manejado por una amalgama hostil de grupos raciales de poder, compañías constructoras,

monopolios financieros y de transportes y por un ayuntamiento ridículo. Era como la pesadilla de unos locos frenéticos, sin que nadie mostrara la más mínima capacidad de saber frenar la mortal proliferación de nuevos edificios, de más coches, de más población y de más negocios que acababan con los últimos vestigios de humanidad. E impregnándolo todo, en todas partes, el espeso aire sulfuroso, el agua nauseabunda, la dieta constante de alimentos envenenados en latas, cajas y contenedores. ¿Qué iba a venir a continuación? ¿Una plaga? ¿Una guerra entre las muchas y furiosas facciones? ¿La destrucción del metro o de los puentes? ¿O simplemente la continuación de la negación de la vida como estilo de vida?

Ardía de excitación. Podía moverme libremente en mi jungla, la ciudad más rica, más poderosa y más decadente del país. Vibraba emocionado por pura perversión, con el sentido del pecado abrasador que la metrópoli engendra como cultura en un tubo de ensayo. Me fui al agujero de Lucinda, uno de esos prostíbulos arquitectónicos que se asoman a la parte oeste de Central Park y rendí mi tributo emocional cuando pasé por delante del portero. Parecía como si me odiara instintivamente, quizás a causa de mi pelo y mi forma de vestir. Era un hombre decrépito, de más de sesenta años, tan aburrido de estar delante de una puerta giratoria durante cuarenta años que había olvidado por completo que había nacido libre.

Empecé a sentirme enfermo de mi psique y recordé las palabras de Francis cuando iba a embarcar en el transbordador: «Será mejor que te traigas un juego completo de filtros para tu mente». Después de media hora en Nueva York, todas las antenas de uno se atascan con la confusión y el odio y en poco tiempo formas parte de los otros siete millones de zombis que van dando tumbos por las calles.

Desde la actitud hostil del hombre que me vende el periódico hasta la guerra del Vietnam, todo es una simple cuestión de cantidad. El conflicto está tanto en el interior de cada individuo como en el exterior, en el mundo. La guerra que lleva a cabo mi miríada de identidades se mezcla con el

síndrome de poder inherente a la estructura autoritaria del gobierno, y la ansiedad neurótica se traduce en el conflicto global mediante el poder de la tecnología.

Llegué a la comprensión más profunda de mí mismo cuando vi que yo era un mono inteligente y asesino, una de las especies cuya ferocidad está destruyendo todo el planeta. Y mientras el liberal que hay en mi interior se horrorizaba de las enormes atrocidades cometidas por los militares, el observador que llevo dentro me señalaba que no pasaba un solo día sin que yo matara con el pensamiento o con el gesto. Vi con claridad la realidad del odio y de la violencia en la más simple de las relaciones humanas.

Por ser enteramente un mono condicionado y civilizado, rechacé durante mucho tiempo la evidencia de mi percepción. Por un lado estaban los monos policías, con armas y prisiones para garantizar mi buen comportamiento; por otro lado estaba la huella de la llamada conciencia cristiana que me habían inculcado en la infancia.

Pero no podía ignorar por más tiempo el hecho de que los monos realmente astutos, los que manejan la maquinaria del mundo social, los banqueros, políticos, generales, líderes religiosos, barones de las finanzas, están donde están por la fuerza bruta, por sus ejércitos y sus sistemas legales, sus religiones institucionalizadas y el poder de sus hipnotizadores, los publicistas y publicitarios, que actúan sobre la naturaleza sumisa de la gran mayoría de monos humanos encargados de ejecutar las incontables rutinas mortales de cada día para que todo funcione. Como en un relámpago, vi toda nuestra historia como un desfile de campos de concentración que regulan la vida de sus ocupantes y una guerra periódica de unos contra otros.

Me duché y me fumé un porro. Gocé de la soledad y el silencio del apartamento. Recordé que llevaba meses sin estar solo y decidí pasar la noche por mi cuenta, enderezando mi cabeza. Saqué una caja de zapatos llena de fotos que se remontaban hasta mis dos años de edad. Había fotos mías y de mi familia, de amigos de la vecindad, escenas, mujeres. Como de costumbre, empecé a retroceder a los niveles de la

conciencia histórica que tenía de mí mismo, evocando en qué momentos de mi vida aparecieron ciertas influencias y cómo me fueron formando. Estaba reuniendo una buena serie de recuerdos cuando apareció la foto de Miriam desnuda. Fue la primera de esas instantáneas que hice cuando descubrí la Polaroid. ¡Urna griega instantánea! Porque ella sigue allí echada, con los labios entreabiertos, los ojos sin maquillar, su coño húmedo y rebosante del polvo que acabábamos de echar.

Tenía yo veinticinco años cuando la conocí. Hacía un trabajo de esclavo como aprendiz de editor en un periódico literario de dos personas. Miriam tenía mejillas de manzana, unos pezones sensibles, como una joven brillante de Sarah Lawrence. Yo estaba mal pagado y trabajaba muchas horas, pero aún estaba empezando la carrera y me lo tomaba como un paso obligado en el buen camino. Miriam vino a trabajar a tiempo parcial y empezamos una telenovela bastante agradable en la que encarnábamos a la estudiante de ojos asombrados y al hombre de negocios esotérico.

Miriam no medía más de metro setenta, con una boca donde apenas cabía una polla de tamaño medio y un culo globular enorme. Irradiaba un aura de inocencia que era eléctricamente erótica cuando la tumbaba en la cama, con la falda levantada por encima de sus medias de colegiala y sus puños apretados por el deseo. Cuando follábamos, sus ojos dejaban de ser infantiles y se convertían en círculos concéntricos de puro poder de Aries. Estaba dispuesta a cualquier tipo de acto sexual con tal de que estuviera revestido de cierto sabor literario.

Los primeros meses fueron perfectos. Sólo podíamos vernos los fines de semana. Mentía a sus padres sobre adonde iba y venía a mi agujero en Brooklyn Heights, donde nos embarcábamos en maratones de cuarenta y ocho horas de jodienda. Algunas veces iba a verla a su colegio y dormía ilegalmente en su habitación, robando momentos deliciosos, burlando las rondas y patrullas de los guardias del campus, mareado por el dulce aroma de tantos coños reunidos en un mismo sitio.

Pero cuando llegó el momento que siempre se da en toda relación, cuando uno tiene que decidir si sigue o lo deja, me dejé cegar por la lujuria y empecé a pensar en una unión permanente. Como ninguno de nosotros queríamos eso realmente, pero no sabíamos cómo hacerlo, empezamos a odiarnos en secreto. Y a sentir la presión de sus padres. El padre era doctor en Historia, profesor ayudante en un instituto de jóvenes; la madre era bibliotecaria. Ambos, a primera vista, eran personas amables e inteligentes, judíos de segunda generación, residentes en uno de los guetos con piscina y estilo protestante de Nueva Jersey. Como Miriam y yo nos volvíamos «serios», era evidente que tenía que conocerlos.

No les caí bien en absoluto. Yo era un gentil, no tenía un futuro económico sólido y olía a aventurero. Pero era gente civilizada.

Como era habitual entonces, me puse el traje y la máscara que pensé que les asustaría menos. Hice todos los gestos apaciguadores necesarios y salí de la casa de los padres convencido de que no tendría que repetir la visita. Pero no sabíamos qué inocentes éramos.

En aquella época, *Extraño en país extraño* hacía su primer gran impacto en la conciencia americana, y Miriam y yo estábamos imbuidos por la idea del amor en grupo, aunque ninguno de los dos tenía conciencia de lo peligroso que podía ser para quienes, como nosotros, habíamos sido mutilados sexualmente por nuestra civilización. Estábamos en la etapa en que canalizábamos todas nuestras frustraciones y falsedades en el sexo, con el resultado de que el sexo alcanzaba niveles frenéticos. Y lo tomamos equivocadamente por éxtasis.

Una noche, estando yo sentado en la taza del retrete, con Miriam inclinada sobre mí, chupándome la polla, miré en el espejo que había detrás de ella y vi cómo, entre sus nalgas separadas, se contraía espasmódicamente su coño. Cada vez que se metía el capullo en la garganta y se atragantaba, su coño se cerraba. Mientras su lengua trabajaba a lo largo de la verga y su cabeza subía y bajaba y sentía la tensión de sus

labios para abarcar la carne en su boca, imaginé cómo sería si apareciera otro hombre y se la follara desde atrás. Me pareció que la excitación engendrada en su coño ondularía su espina dorsal y alimentaría la actividad de su boca, y viceversa. La imagen de ella como una oruga pulsando una serie de aperturas sensuales folladas desde muchos ángulos me elevó al paroxismo del placer y extendí los brazos para poner mis dedos en el espacio húmedo, entre el coño y el ojo del culo, mientras salían palabras agresivas de mis labios. Me corrí abundantemente en su boca anhelante.

—Tenemos que conseguir a otro hombre —le dije después.

—No quiero a nadie más —replicó ella.

La jerga de Heinlein vino en nuestra ayuda.

—Un hermano de agua —dije— para ampliar el nido.

Sus ojos se velaron.

—Oh, sí —dijo—. Sería hermoso.

Pero cuando repasamos los nombres de todos cuantos conocíamos, encontró una razón u otra para rechazarlos a todos. Me fui exasperando, luego me enfadé y se acabó la discusión cuando dijo que yo era el único hombre que quería. Y luego, follamos. Fue una de las primeras veces que saboreé el placer dulce y culpable de follarme a una mujer que lloraba.

Sin embargo, unos días más tarde, me dijo que un hombre había intentado ligar con ella en la calle, y había charlado con él.

—Parece simpático —comentó—. Podríamos hacerlo con él.

Mis celos estallaron.

—Eso es porque te gusta realmente.

—Bueno, eras tú el que querías traer a otro hombre —dijo con uno de sus raros arranques emotivos de independencia.

Yo aún no tenía la suficiente experiencia para saber la diferencia que hay entre manipulación activa y manipulación pasiva, así que estuve de acuerdo en conocerlo, creyendo que yo tendría toda la responsabilidad de la escena que íbamos a montar. Y al viernes siguiente se presentó.

Era un negro regordete, de modales suaves y discretos. Toda su persona parecía sugerir que no quería nada de nadie, que estaría silenciosamente agradecido por cualquier migaja que cayera a su paso. Me sentí desarmado y estafado, aunque no era consciente de lo último. Hablamos un poco, pero toda mi energía estaba afectada por las tensiones sexuales de la habitación y habría sido igual si hubiéramos hablado en otro idioma. Harry se sentó en un cojín, apoyado contra una pared, mientras yo me sentaba encarado a él, a unos cuatro metros, con la espalda apoyada en la pared opuesta. Miriam se sentó a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro.

Respiré profundamente y dejé caer una mano sobre su pecho izquierdo. La mirada de Harry siguió el movimiento de mi mano y luego se posó en un punto cercano al puente de mi nariz. Hablamos un poco más, sonidos ininteligibles. Mis pies sudaban y empecé a frotar el pezón de Miriam con el pulgar y el índice. Se encogió, se relajó y dejó escapar un leve suspiro. Me aparté de ella y me eché, y ella se volvió y cayó sobre mí, hundiendo su cabeza en mi pecho. Con la otra mano le levanté la falda, descubriendo sus pesadas piernas blancas. Subí la mano por los muslos hasta las caderas, sobre el cambio brusco al azul de sus bragas. Miriam hizo un leve sonido que quizá fuera un «no», pero deslicé mi mano dentro del surco entre las nalgas.

Inmóvil, Harry miraba y, sólo cuando me vio introducir un dedo en el coño, se acercó desde el otro lado de la habitación caminando a cuatro patas. Miró a Miriam y parecía como si la husmeara, como haría un perro con un objeto extraño y, entonces, de pronto, puso su mano junto a la mía, hurgando en la carne de ella, buscando con sus dedos la cálida hendidura de su entrepierna.

Durante varios minutos estuvimos perdidos en un silencio frenético, con Miriam tendida de espaldas, sin responder a lo que hacíamos con ella. Quizá porque se lo hacíamos *a* ella, usando su cuerpo como estímulo de nuestra intensidad sexual. Trabajamos, cosa bastante rara, como un equipo, sin palabras, sin un plan preconcebido. Sucesivamente le fuimos quitando las bragas, la blusa y el sostén, y quedó tendida, con

los ojos cerrados, los labios apretados por el miedo, esperando. Pero Harry y yo sólo veíamos sus tetas, su coño y su culo. No advertíamos a Miriam en su totalidad. Aficionados como éramos, no teníamos idea de la complejidad del ritmo que exige un trío ni de cómo mantener suavemente el flujo del ciclo tensión-relajamiento. Si nos hubiéramos detenido simplemente a estudiar dónde nos encontrábamos cada uno con respecto al otro, si hubiéramos comprobado lo que sentíamos y cómo estábamos bloqueados, podría haber ocurrido algo maravilloso. Pero seguimos adelante y Harry y yo nos lanzamos sobre el cuerpo de Miriam, sobándolo, acariciándolo, besándolo, lamiéndolo, chupándolo.

De pronto, decayó mi energía y dejó de interesarme lo que hacíamos. Continué mi actividad, pero dentro de mí cristalizó un segundo nivel de conciencia; empecé a contemplarme a mí mismo contemplándome a mí mismo. Me di cuenta de que Harry cogía con fuerza el coño de Miriam, y yo sabía que la sacaba de quicio que la lastimaran antes de estar debidamente ablandada. Me enfadé con él, no sólo por no saber tratarla, sino por destruir la delicadeza de la operación. Puse mi mano debajo de la de Harry y palpé el coño. Estaba seco. Todo iba mal. Tendría que haber estado ya cachonda, retorciéndose de deseo, tomándole la polla con la boca, meneando la pelvis en súplica silenciosa para que la follaran. Faltaban todos los estereotipos y yo ni siquiera tenía una erección.

Un espasmo recorrió el cuerpo de Miriam. Se dio la vuelta y se puso boca abajo. La vista de sus brillantes, blancas e inmensas nalgas se sobrepuso a nuestra torpeza. Harry y yo nos vimos mirándola con gesto babeante. Mi polla se puso dura. La monté sobre sus muslos y busqué a empujones el camino entre sus piernas hasta encontrar el calor de su coño y luego le levanté las caderas para facilitar mi penetración. Me hundí despacio en ella y la sequedad de su coño casi me hizo daño. Miriam se mordió los labios, pero al cabo de un minuto empezó a lubricar. Por primera vez en aquel día me salió una conexión genital sólida, pero entonces fui

consciente del hombre sentado a nuestro lado. Un perfecto extraño a quien, irónicamente, no quería allí. Una vibración nauseabunda sacudió la habitación y mi polla se puso blanda. Confundido, me salí de la forma lánguida de Miriam y me senté a su lado.

Pero Harry, sin pensárselo, saltó sobre ella. Tenía un cipote mucho más largo que el mío y casi me sentí un inepto cuando vi cómo la montaba, le deslizaba su instrumento entre las nalgas y se lo metía en su coño ahora húmedo. Horrorizado, vi cómo ella meneaba el culo. Me contuve por lo que había visto y me zambullí en mi corriente negativa. Me acerqué hasta que tuve la cara de Miriam en mi entrepierna y llevé mi polla sobre sus labios. Y durante unos minutos inolvidables sucedió algo mágico. Miriam se dejó ir, respondió a la jodienda de Harry y chupó mi polla con un sorprendente abandono. Harry se balanceaba y empujaba dentro de ella haciéndola estremecer y bamboleando la cabeza de Miriam en respuesta a su movimiento, de tal modo que su boca hacía círculos alrededor de mi polla. La contemplación del blanco y del negro de sus cuerpos, la agitación del uno dentro del otro, el poder de la insistencia masculina de él y la entrega juguetona de ella, la belleza y energía abrumadoras del eterno número tres, me provocaron un clímax descontrolado y dejé escapar frenéticamente el esperma dentro de su boca.

Y aun cuando vi cómo tragaba su garganta, me invadió el pavor. Porque Harry seguía su marcha. Se salió, le dio la vuelta a Miriam y se encaró con ella. Como si yo no estuviera. Extendió sus brazos bajo las corvas de ella, le separó las piernas y se clavó espumeante en su coño.

Miriam puso en mí su mirada implorante, aturdida. No sabía cómo responder en relación a mis posibles celos y al hecho de que yo hubiera permitido y alentado que las cosas llegaran a aquel extremo. Me alargó la mano y yo se la cogí, mientras Harry bajaba sus caderas sobre ella y balanceaba el culo, con su espalda brillante de sudor. Entonces, Miriam retorció sus dedos en mi mano. Supe que su conciencia se alejaba del punto de contacto que había establecido conmigo.

Y su mano quedó fláccida y resbaló de la mía.

Entonces Harry se arqueó hacia atrás, dio un empujón decisivo y ella gruñó de placer. La tenía. La mano de Miriam se alejó de la mía para ponerse sobre la espalda de Harry. Estaban follando. Y yo estaba muerto. Harry gruñía cuando ella le succionaba la polla con su coño y ella empezó ese largo vagido que preludia el comienzo del orgasmo. Y luego lo mantuvo en suspenso, retorciéndose contra él, con sus pezones aplastados contra su pecho, sus dedos entre sus cabellos, balanceando los pies en el aire. Harry dio un grito y se corrió dentro de ella y ella le respondió con los movimientos reflejos de su pelvis, tres, cuatro, cinco, seis veces, siguiendo las palpitaciones de la eyaculación. Luego, amainó y suspiró más que dijo: «Oh, Dios».

Quedaron tendidos, olvidados de su entorno, como amantes que terminan por encontrarse, como en realidad eran, pero yo estaba demasiado amargado para que me sintiera complacido por el placer de ellos. «Hermano de agua», pensé. «Vaya mierda».

Cuando se separaron, volvieron a advertir mi presencia. Me levanté y fui a la cocina a calentar agua para el té. Estaba enfadado con ellos, conmigo, con todo. Harry se vistió y volvió a parecer amable, como pidiendo excusas, torpe. Me fijé en su negrura, y las mismas cosas que en otras circunstancias me habrían parecido sensuales me parecieron ahora ajenas y amenazadoras. Acepté mi prejuicio, pero no cambió las cosas. El odio anidaba en mi interior y no importaba quién fuera objeto de él, quienquiera que apareciese en mi ámbito cuando lo sentía. Harry estaba junto a la puerta. «Bueno, hasta la vista», dijo. Le volví la espalda.

Miriam, asustada, se acostó en la otra habitación. Le envié mis vibraciones para aumentar su miedo. Me bebí despacio el té, me fumé dos cigarrillos y, después de un buen rato en el cuarto de baño, entré en el dormitorio y me eché a su lado. En un silencio sepulcral, esperé a que quisiera decirme algo. Si hubiera sido una mujer más centrada se habría dormido o se habría ido, sin preocuparse de mi melodrama íntimo. Pero era joven y estaba imbuida por su educación judía,

perfectamente preparada para sentirse sumamente culpable. Cuanto más la castigara, más hurgaría en su coño cultural.

Por último, cogió mi polla y empezó a acariciarla suavemente. Como no encontró resistencia, siguió hasta ponerla dura, y luego se me puso encima. Dejé que me follara durante un buen rato antes de que me corriera e inmediatamente después, me dormí.

No hablamos del incidente durante toda la semana. Harry vino una vez y lo traté con brusquedad. Di el asunto por concluido y, de alguna manera, me sentí complacido por haber sentido, aparentemente, tan pocos celos. Miriam estuvo en el colegio cuatro días y regresó el jueves. Follamos por la tarde y cuando llegó la noche, nos fuimos a ver *Rashomon*.

En el episodio de la versión del esposo, empecé a sentirme incómodo. Y cuando se proyecta la escena de él atado a un árbol, y ve cómo el violador se folla a su esposa, empecé a sudar. Hay un primer plano de la espalda del violador, con las manos de la esposa golpeando la basta tela de su camisa. Gradualmente, los golpes se hacen menos violentos hasta cesar por completo. El puño de la mujer se abre y los dedos se extienden lentamente hasta descansar suavemente en la espalda del hombre. La delicadeza de la descripción me dejó sin aliento y el recuerdo del horrible sentimiento de abandono que tuve cuando la mano de Miriam dejó la mía, se apoderó de mí con toda su fuerza. Me volví a Miriam y la sorprendí mirándome con los ojos muy abiertos. La angustia contrajo mi rostro.

—¡Te corriste! —grité a pleno pulmón, sobresaltando a todo el público de la sala.

Si hubiera estado dispuesto a reconocer que el pillaje está en la naturaleza del hombre, habría usado a Miriam para lo que quería y luego, aburrido, la habría abandonado o habría llegado a un acuerdo con el depredador que soy, sin gastar energías fingiendo que soy un ángel. Así me habría apartado del camino del cinismo sexual y no me habría adentrado en una confrontación ética. Como muchos antes que yo en esta encrucijada, tropecé en el inútil esfuerzo de alcanzar la respetabilidad. Decidí que debíamos prometemos, normalizar

nuestra relación, decir a los padres que nos amábamos y que dormíamos juntos, que viniera a verme sin tapujos a la ciudad cada fin de semana y que nos preparáramos para casarnos después de su graduación. Miriam pensó que era una mala ocurrencia, pero se dejó persuadir.

—Estoy harto de tener que hacer las cosas a hurtadillas —dije—. No me avergüenzo de nada de lo que hacemos. Debemos decírselo a tus padres.

—No sabes cómo son mis padres —dijo.

—Oh, ya sé que tienen prejuicios —dije, quizá con demasiada ligereza—, pero, después de todo, son personas educadas. Deberían sentirse felices de ver que su hija les dice la verdad de las cosas. Quizá no les guste que folies conmigo, pero deben preferir eso a que les mientas.

Y de este modo, un martes y trece, nos fuimos a Jersey, dejamos atrás las refinerías de petróleo y las fábricas de embutidos y nos dispusimos a escenificar el drama de la confrontación. Para un observador imparcial quizá fuera obvio que yo iba a castigar a Miriam y a sus padres y a infligirme una especie de penitencia. Cenamos, intercambiamos pullas educadas y tuve que escuchar una larga retahíla sobre los pecados de los matrimonios mixtos. No sabían lo que iba a ocurrir exactamente, pero, por si acaso, ponían alambres de espino alrededor de los principios básicos.

—Tenemos que decirles algo —empecé yo cuando llegó el café tras la cena.

—Oh, querido —dijo la madre.

Sonreí.

—Miriam y yo nos acostamos juntos —dije— y…

Pero ya no tuve más oportunidades de seguir hablando. El padre apretó los dientes y los dedos de su mano derecha asieron espasmódicamente la servilleta. La madre se puso blanca como la tiza y se quedó rígida. Luego, se echó hacia atrás violentamente, saltó de la silla y echó a correr hacia el cuarto de baño, donde vomitó a borbotones toda la cena.

Me invadió un bienaventurado entumecimiento. Miriam también se escabulló cauterizando todas las conexiones con

sus emociones. El padre, suavizado el rostro por su desconcierto, dirigió varias veces la mirada al pasillo. Que los complejos sexuales de su esposa se hubieran exhibido de manera tan clara y pública debió de resultarle atroz. Me pregunté cómo sería un polvo con la madre.

Las cuatro horas siguientes fueron un *pastiche* de los miedos del Antiguo Testamento con matices de obscenidades freudianas. Por desgracia, nadie estaba lo suficientemente despabilado para observar pasivamente el tejemaneje, para mirarlos con interés y asombro. Todos estábamos entregados a nuestros respectivos papeles y la atmósfera se enrareció con las recriminaciones, las acusaciones y las lágrimas.

—Pero ¿no están contentos de que seamos tan honrados que lo hayamos dicho?, —repetía yo una y otra vez. Me miraban como si fuera un apestado.

Hacia la medianoche estaba claro que nadie se iba a dormir y que los padres querían quedarse a solas con la hija. El padre me llevó en su coche hasta la parada del autobús. Conservaba una calma helada.

—¿Se da usted cuenta de que ha destrozado nuestras vidas? —dijo.

En aquel momento yo empezaba a creérmelo.

—Perdóneme —dije.

—Sarcástico hijo de puta… —dijo.

—Le hablo con toda sinceridad. De verdad que me siento mal.

Entonces perdió los nervios.

—¡Que se siente mal! —gritó como un trueno. Apartó los ojos de la carretera para dirigirme una mirada cargada de odio—. Debería matarlo.

Fui en el autobús con la mente en blanco, cogí un taxi hasta mi agujero y, sin desnudarme, caí sobre la cama rendido de sueño. A las seis de la mañana sonó el teléfono. Era Miriam. Su padre estaba en medio del sótano, arrancándose los cabellos y rasgándose las vestiduras, rompiendo la Biblia familiar, página por página, clamando al cielo. «Mi pequeña…, íbamos a poner su nombre en el libro el día de su boda… Oh, mi dulce niñita… Oh, mi preciosa y

querida niña… Y ahora la han destrozado… Mi pequeña, ensuciada…».

—¿Qué voy a hacer? —me preguntó después de describirme lo que había ocurrido.

Apenas acababa de despertarme para responder con sosiego y las palabras me salieron espontáneamente.

—Déjalo que grite —dije—. Seguramente es la primera vez que siente algo.

Oí ruidos al otro lado de la línea y la madre de Miriam irrumpió en la línea.

—Por favor —me rogó—. No me importa lo que haya pasado. Pero prométame que no lo hará otra vez.

—¿Que no haré qué? —pregunté yo.

—Oh —gimió la madre y rompió a llorar—. Sólo que no… volverá a… hacer el amor con ella.

—Está usted loca —respondí.

Otro momento de ruidos confusos y, de nuevo, la voz de Miriam.

—Prométeselo, por favor —susurró—. Sólo díselo, para que no sufra tanto.

Bien, pensé, tanto peor para la gente que cree que las buenas maneras resuelven los problemas del mundo. He aquí una madre que chantajea a su hija con su angustia, sólo para que deje de hacer una cosa tan sencilla como follar.

—Muy bien —asentí—. Dile que lo prometo. Pero a ti te digo que no prometo nada.

Fue dos semanas antes de que Miriam volviera a follar y la primera vez lo hizo llorando, pidiendo a su madre que la perdonara entre gritos sofocados de placer. Mientras extendía sus piernas para dejar que yo entrara hasta lo hondo de su coño, revivió todas las emociones de aquella noche. Fue una extraña experiencia follar con una mujer angustiada e histérica.

Después, me confió que su madre le había dicho que nunca más volvería a tener relaciones sexuales con su marido. «Cada vez que pienso en eso», le dijo, «te veo en *sus* brazos».

—Bueno, ¿entonces por qué no me folla?

Miriam volvió a romper en llanto.

La relación se había roto. No había manera de seguir simulando afecto. Aguantamos otro mes por miedo a dañar al otro. Nuestro sexo se hizo más estrafalario. El sadismo y el masoquismo, que antes habían sido meramente estilísticos, perdieron ahora todo su encanto. Hasta la última vez que follamos. Acabé meándome sobre ella en la ducha, arrastrándola después por el suelo de la cocina, metiéndole una botella de Coca-Cola por el coño y el palo de la escoba por el culo, mientras ella se humillaba ante mi entrepierna y me lamía las pelotas. Por último, la levanté agarrándola con un puño de los cabellos y se la metí dentro de la boca. Tan pronto como el esperma se derramó sobre su lengua y empezó a tragarlo con gestos exagerados de asco, el vínculo entre nosotros se deshizo.

—Creo que esto se ha acabado —dije.

—Yo también lo creo —dijo Miriam.

Se vistió y se fue.

Vacíos en la nada que se admiran del roce de la seda sobre un muslo. Los estados de ánimo dispersos, como el viento que atraviesa el átomo indistinto de todos los átomos excretores de ilusiones inseguras y cuya profundidad se evapora antes que las nociones infantiles de tiempo y espacio.

¿Qué fue del cura que siguió al alarmado y bendito acólito hasta el lugar donde una hostia consagrada había caído días antes?

—Mire —dijo el muchacho—, el cuerpo de Jesús yace en el polvo.

El cura cincuentón la recogió, la olió y se la metió en la boca.

—Una patata frita —dijo, y destruyó el catolicismo de un golpe.

Terminé con las fotos y me estiré, tumbado en la cama, sintiendo en la entrepierna un hormigueo y una tensión harto familiares. Cada momento que vivimos es otra fotografía; cada aliento es otro clavo clavado en el féretro de la permanencia. Terminamos antes de haber empezado, y la

vida se burla de cualquier aspiración. La carta del abortista estaba sobre la mesilla de noche y me pregunté si servía de algo quitar la vida a un feto. Incluso si llegara a nacer, sólo sería para sufrir en medio de las idas y venidas terribles y sin sentido de la vida diaria, para luego morir, volviendo a la nada de la que había venido. De entrada, ¿para qué perturbarlo? Destruirlo sería como destruir nada. Aunque, según creía haber leído u oído en alguna parte, la vida es sagrada. ¿Era otra idea piadosa, análoga a la creencia en la continuidad? ¿Cómo podía mantenerse frente a los incontables años luz del caos ordenado que rodea a las mezquinas especulaciones de las mentes frágiles, limitadas y temporales de la humanidad empavorecida?

No sentía ningún deseo, salvo mi propia degradación. Bajé al Village y merodeé por la zona entre la plaza Sheridan y la Casa de Detención de Mujeres. A las tres de la madrugada, la hez de la marginación pervertida salió de sus escenas fracasadas y fue a congregarse a la cafetería de Twin Brothers o al cruce de la Calle 8 con la Sexta Avenida. Pasé delante de un joven alto, rubio, mal afeitado, vestido de cuero, que estaba apoyado contra la pared de un edificio. Nos entendimos con la mirada. Me acerqué.

—¿Te interesa el tamaño? —me preguntó.

—Claro —dije—, ¿por qué no?

Tenía una polla de veintitrés centímetros que fue metiéndome una y otra vez hasta la garganta cuando me arrodillé delante de él en uno de los oscuros vestíbulos del infortunado planeta Tierra.

7

A las cinco de la mañana, cogí el coche y me dispuse a salir de la ciudad. Los primos lo llaman noche y casi todos los merodeadores habían abandonado las calles una hora antes. Ahora estaban invadidas por miles de basureros, con sus rechinantes camiones, apenas los únicos vehículos que rompían el silencio que precede a la amanecida. El aire era tan sano como en el interior de una chimenea.

Cuando volví, Lucinda aún dormía y Francis y Bertha desayunaban en la terraza. Había un cielo dorado sobre la isla.

—Toma una —me dijo Francis, alargándome en su mano una tableta pardo rojiza.

Era mescalina. Me la tomé acompañada de un sorbo de naranjada y me senté con ellos.

En los años en que conocí a Francis, su relación con las mujeres siguió siempre la misma pauta: un encuentro explosivo; un galanteo sumamente elocuente, lleno de flores psíquicas y sensibilidad sexual; deslumbramiento de la chica ante su magnífico apartamento, sus libros y discos, sus pinturas, sus amigos importantes, su charla metafísica inacabable. Durante un tiempo gozaba con la energía generada por su fusión con ella, y ella siempre terminaba por cometer el error de creer que había encontrado al hombre soñado.

Luego se acababa el dinero y ella tenía que salir a trabajar, mientras él se excusaba pretextando algún proyecto apremiante. Deseosa de ayudar a un genio, la chica se prestaba a ganar el pan de cada día. Venían a continuación pautas de resentimiento y de culpa y la relación se deterioraba con la fricción de los engranajes mal ajustados. El fin llegaba cuando Francis decidía que ella no era lo

suficientemente estable, sensible o inteligente para entenderlo y disponía de ella de una manera u otra. Como era básicamente amable y buena persona, no era brutal e iba apartándola poco a poco, sufriendo al ver los cambios de ella, sus lágrimas y sus miedos, hasta que ella se iba.

Su compañera del momento era Bertha, de veintitrés años, fotógrafa y pintora medianamente dotada, de signo Escorpio, con un sentido astuto del egoísmo y la posesión. O Francis estaba volviéndose más vulnerable o necesitaba un cambio drástico después de su anterior novia, una escultora pasiva y masoquista. Bertha estaba muy celosa de mi amistad con Francis y no hacía nada por ocultarlo.

—Quizá dentro de unos años, cuando me sienta más segura con Francis, es posible que deje que alguien entre en nuestra relación de manera íntima. Pero en este momento no puedo fiarme de ti.

Yo agradecía su honradez, pero su estupidez me ponía furioso. Tenía la superstición, muy común entre las mujeres, de que si dejaba que un hombre tuviera su coño, de un modo u otro ella tenía más intimidad con él que un amigo de muchos años. Quizá fuera sólo mi malicia lo que me impedía ver que aquello, en cierta manera, era cierto.

—¿Es que no podéis vivir en paz?, —decía Francis, simulando torpeza, pretendiendo que no tenía nada que ver con el asunto, tratando de que ninguno de nosotros viera cuánto nos amaba.

—Acepto que seas un Leo triple —le dije—. Pero ¿no te parece que eres un poco presuntuoso si crees que puedes cargar con *dos* Escorpios?

El signo astrológico creaba un vínculo leve, aunque implacable, entre nosotros; y Bertha y yo intercambiamos raras sonrisas de camaradería. La medí con la vista: tímida, de tetas pequeñas y, una vez que la vi desnuda, poseedora de un coño breve y sencillo. Como el resto de nosotros, ambicionaba más de lo que podía tener. Y, siendo mujer, eso implicaba encontrar al hombre que la llevara adonde quería. En una valoración fría, me daba cuenta de que el problema estaba en mis pocas ganas de follármela, como no fuera

casualmente, con ella inclinada sobre la mesa de la cocina, sin molestarme siquiera en desnudarla del todo.

—Si no fueras tan zorrita —le dije—, te darías cuenta de que soy para ti tanto un escudo como un intruso.

Se lo pensó un momento y sonrió.

—Tienes razón —dijo. Pero luego sus ojos se velaron. Lo olvidó tan pronto como lo entendió.

La batalla continúa en todas partes, incluso en las amistades y amoríos más íntimos, incluso entre personas que no tienen una razón real para guerrear. Estaba harto del espectáculo que ofrecíamos. Y empecé a sentir los primeros efectos de la mescalina. Decidimos dar un paseo.

—¿Os importa que vaya con vosotros? —preguntó Bertha. No había tomado y sabía por experiencia que podía sentirse a disgusto entre gente en pleno viaje.

—No quiero verte a mi lado si no viajas —dijo Francis.

—Oh, Dios. Hay veces que te odio de verdad —le contestó Bertha.

—Pues vaya mierda —dije yo—. Déjala que venga. ¿Qué diferencia hay?

Yo sabía bien que sí había una diferencia, pero no podía librarme del lazo de energía negativa que nos había unido. Así es como se generan los pactos secretos: reclutamos a otros para comprometerlos en nuestros juegos, para que simpaticen con, o nos complementen en nuestras necesidades y quejas, para que nos sirvan o dejen que les sirvamos, para hacer cualquier cosa en tanto seamos fieles al contrato. La disensión entra allí donde hay comunión y, entonces, hemos de recurrir a la comunicación. Y cuando todo desaparece salvo la facultad de comunicarse de la especie, el modo de contacto es la complicidad. Ser honrado en cualquier relación humana, especialmente en el matrimonio, se ha convertido en asunto de dos personas que apuntan con armas cargadas a la cabeza del otro y desde esa posición negocian.

Bajamos los tres a la playa y caminamos en dirección al Grove. Cuando los fogonazos de la mescalina fueron más fuertes, paramos y nos tumbamos al amparo de un sombrajo que alguien había hecho con maderas y troncos. Bertha se fue

por su cuenta. Echados de espaldas, Francis y yo nos dejamos arrastrar por nuestros mutuos ensueños silenciosos, cada uno sintiendo su propio éxtasis, pero dejando que las ondas del milagro fluyeran libremente de mente a mente, de cuerpo a cuerpo. Era una forma elevada y pura de relacionarse, una participación extraña, algo que nunca he experimentado con una mujer.

—Me chifla la Capilla Sixtina —cuchicheó Francis.

Como nos conocíamos tan bien, unas pocas palabras bastaban para abrir una nueva era. El Renacimiento se hizo presente.

—Miguel Angel —dije yo—. Y el milagro de su genio brilló en nuestras conciencias.

—¿Sabes cómo lo llamó Da Vinci?: *ese cantero*.

Admitida enseguida la consumada supremacía de Da Vinci y la intencionada frialdad implicada en la frase, con una justificación interna, un hombre del alcance de Miguel Angel nos abrumaba, y rompimos a reír. Muchos de nuestros viajes eran así, conversaciones en taquigrafía mental.

—Y fue Giotto —dijo Francis— quien inauguró el Renacimiento.

Volvió con uno de sus obligados temas favoritos, la idea de que el intelecto del pintor es superior al de cualquier otro artista. Una vez me llevó en un viaje de diez horas por los museos neoyorquinos y aprendí más que si hubiera estudiado los seis años de la licenciatura de Bellas Artes. Pero no quería pasar otra vez por lo mismo y lo interrumpí.

Me salí del cobertizo y corrí hacia la playa, tropezando y riendo, retozando en la arena. Llevaba una toalla desgarrada sobre los hombros y, a guisa de lanza, un bastón puntiagudo que había recogido del suelo. Durante unos instantes mi viaje se salió de contexto. Olvidé la matriz del tiempo y del lugar y permanecí enteramente desnudo en el ahora del entonces. Me sentía libre y salvaje. Refunfuñó mi estómago. La expresión de mi cara era de fiera alegría. Y se me reveló una verdad con respecto a la condición humana: para vivir uno debe comer y para comer uno debe matar. Sin ambigüedades.

Inesperadamente, se acercó por encima de las dunas una

muchacha, sombría y menuda. Debía de tener once o doce años, con un pelo rubio y revuelto que le caía por la espalda. Se detuvo para mirar, primero divertida, al hombre extraño que allí estaba. Pero en mi estado no me sentía ligado a las convenciones. Vi que era carne, que era hembra, que tenía un coño. Era algo que podía comer, o follar, o ambas cosas. Me estremecí deseando raptarla, arrebatarla en mis brazos y llevarla a algún lugar entre los árboles, rasgarle los vestidos y follarla. Me sentí crecer, pleno de energía.

La niña advirtió mi talante y temblaron sus labios. La miré a los ojos. En el espacio ante nosotros se desplegó todo el drama. Ambos lo vimos y lo asumimos. La niña no se movió. Una pasión real se había adueñado de ella. Sus brazos colgaban a cada lado, apoyando el peso de su cuerpo en una pierna, la otra ligeramente doblada.

«Lo sabe», pensé. «Lo sabe y está dispuesta a saborearlo».

Pero se levantó la brisa y arrastró las imágenes de la arena. La niña se estremeció, puso una cara muy fea, y anduvo deprisa hasta desaparecer.

Volví al cobertizo y encontré a Francis y Bertha echados y unidos en un abrazo, con las manos en los genitales del otro. Los miré un rato y luego ella me vio. Su onda de odio me alcanzó.

«A ti también», pensé. «Te cogería y te follaría ahí mismo. Y luego te atravesaría con mi lanza». Cerré los ojos y me di la vuelta.

Seguimos hacia el Grove para comer algo. Cuando nos acercábamos, empecé a parodiarme. Francis estaba incluso más reservado que la primera vez que fuimos, mirando con altivez a los ciudadanos maricones, protegiendo con su masculinidad a Bertha. Exageré mi acento italiano, encontrando, desde mi distanciamiento, un placer vicioso en el papel que representaba. El metateatro era mi último refugio.

Francis sabía lo que yo estaba haciendo, pero se sentía ligado a Bertha. Se enfadó.

—Deja de hablar en dialecto, muchacho —dijo—. ¿Quién te has creído que eres? ¿Una madama de Nápoles?

—Sí, querido —contesté—. ¿Quieres pasar un buen rato? ¿O estás realmente satisfecho con esa habichuela que llevas colgada del brazo?

Mostré toda mi malicia. Bertha no podía competir conmigo en edad y experiencia ni tenía la energía de la mescalina. Nos sentamos en la terraza de un restaurante y pedimos unos bocadillos.

—No llevo dinero —dije.

—Ya pagaré yo —dijo Francis.

Me metí en el meadero del Sea Shack, coqueteando y hablando conmigo mismo. Vi mi cara en el espejo y quedé asombrado. El pelo castaño, las mejillas rojas, los ojos brillantes, los labios llenos. Era bello, con la belleza de una mujer.

—Esto es lo que ven —le dije al espejo—. Esto es lo que desean los tontos que quieren amarme, que quieren follarme y tenerme gimiendo en sus brazos. Esta es la belleza que quieren chupar, con la que quieren regalarse. ¡Dejemos que la tengan!

Cuando decía esto, miré al suelo y vi junto a mis pies, en el urinario, dos billetes arrugados de un dólar. Era una de esas coincidencias que la poesía presta a la causalidad.

Después de comer, cuando llegó la cuenta, tiré los dos dólares sobre la mesa.

—Creí que no llevabas dinero —dijo Bertha.

—Me lo he encontrado —dije, cargando las palabras de insinuaciones.

Francis estaba impresionante, sentado a la mesa redonda, frente al mar, con su cabello rubio hasta los hombros como un manto sobre su cabeza, con su barba afeitada en ángulo recto como su rasgo más prominente en su metro ochenta de estatura, sus ojos azules chispeantes de ironía, mientras su novia de boca de dinosaurio respiraba la envidia de mi aura.

De regreso a casa, las cosas se enconaron deliciosamente. Lucinda se había ido a ver a una antigua amiga en Ocean Bay Park, y había tres extraños sentados en la sala de estar. Los miré a los ojos y vi confusión. Era gente de cualquier parte, y en cualquier parte la gente tiene uno u otro juego con que

estafar a los demás y compensar así el propio vacío. Cada cual tiene su propio guión proyectado sobre el mundo; si ahondas en sus almas, puedes ver qué tipo de actores y actrices son y lo que pretenden vender. No me importaba participar en la película de otro, pero aquella gente era vaga en sus deseos, sólo iba a tientas, sin abrirse al flujo de los acontecimientos, sin estar dispuesta a imponer su voluntad sobre el flujo.

—Tú nunca me has visto desnuda, ¿verdad? —me dijo Donna al pasar a mi lado—. ¿Por qué no subes a mi habitación y me esperas?

Mientras subía las escaleras me decía a mí mismo: «no olvides que está loca», pero otra de mis voces añadió: «nunca antes has dejado que eso te frenara».

Donna había convertido su vida interior de fantasías en una herramienta cortante para dividir el mundo que la rodeaba, de modo que le pareciera perfectamente equilibrado. Si uno entraba en su juego, compraba un viaje, afilado como una navaja, en el que nunca se sabía si la colega era una amiga o una enemiga lunática. Yo intentaba mostrarme neutral aplaudiendo su actuación cada vez que la representaba, para que no se diera cuenta de que yo estaba fuera de su juego.

Me tumbé en la alfombra roja, encendí un palito de incienso y me llené una pipa de hachís. Llegó a los pocos minutos. De pie sobre mí, arqueó la espalda y enseñó sus enormes tetas.

—Las monjas acostumbraban darme de latigazos cuando tenía once años —dijo—. Tenían envidia de mi cuerpo. —Un brillo de locura iluminó sus ojos.

Tuve una erección y me quité los pantalones sin dejar de mirarla. Se echó a mi lado.

—No puedo follar contigo —dijo—. Sólo pensé en un rato agradable, amistoso, y que me vieras una vez desnuda antes de acabar el verano.

Desaparecieron todas las señales de alarma. Lucinda aún tardaría en regresar, y cuando lo hiciera, no iba a subir aquí.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —dije.

Se levantó y, lentamente, se quitó los pantalones, la blusa, el sostén y las bragas. Tenía un cuerpo excelente, pero fallaba por su narcisismo. Si hubiera prescindido de él, habría sido una de las mujeres más sensuales del mundo. Pero ahora sólo era carne curvilínea, muslos rotundos y todo lo demás.

—Cierra los ojos —me dijo.

La siguiente sensación fue la de su mano enfundada en un guante de visón acariciándome los genitales. Empecé a agitarme. Oía los ruidos lejanos de la casa. Bemard y Josephine hablaban en la habitación de debajo del pasillo. Él era hijo de refugiados judíos y ahora presumía de un doctorado en económicas y estaba escribiendo un libro sin sentido sobre los aspectos estadísticos del bienestar en Estados Unidos. Su esposa era una mujer de cara chupada y culo estupendo. Siempre hablaban como si en un rincón de la habitación los escuchara un niño maleducado que los forzara a adoptar un comportamiento de alguna forma apropiado.

—Si estuvieras limpio, te la chuparía —dijo Donna.

—Estoy limpio —dije.

Se echó de espaldas y abrió las piernas.

—Oh, no puedo —suspiró—. Me gustan los hombres que me maltratan.

La cosa prometía ser aburrida. Consideré la situación. Era evidente que estaba preparando algún drama barroco y fantástico de sus días de colegio, impulsada desde un bajo nivel de conciencia y desconcertada por la dirección que le daba. Quizá no hubiera pasión ni humor en esta escena, ninguna riqueza de contacto. Por otro lado, sentía un sincero afecto por ella y estaba entusiasmado con su cuerpo.

Le mordí los pezones, con fuerza suficiente para hacerle daño pero sin dejarle huellas. Levantó las rodillas contra su pecho en un movimiento reflejo. Pensé si la ciencia médica no podría añadir una nueva prueba a su lista de reflejos rotulares y respuestas de Babinsky, bajo el nombre de Reflejo de Abandono, que midiera el grado de buen funcionamiento del proceso orgásmico en hombres y mujeres.

Me puse encima de ella, inmovilizando sus brazos bajo mis rodillas y empujé con mi polla en su boca. Hizo lo

convencional, rechazándola con movimientos de la cabeza a un lado y a otro.

—No, no lo hagas, por favor, no —gimoteó y siguió con la consabida letanía.

Tiré de su cabello, desde las raíces, y traté de abrirle la boca empujando con mi polla. Pero cerró apretadamente las mandíbulas y al rato empecé a cansarme de aquel teatro. Me levanté rápidamente y empecé a ponerme los pantalones y a alejarme de ella.

—Muy bien, Donna —le dije—. Ha sido interesante, pero tengo que irme.

—No te enfades.

—No estoy enfadado. —Y esperé.

Se arrastró por el suelo y tiró de mí hasta llevarme a su lado.

—Te haré algo bonito —dijo. Me tendió de espaldas y se sentó sobre mi polla, en ese momento floja—. Ahora no puedo follar, pero voy a frotarme contra ti hasta que te corras.

Y resultó más bien agradable. Yo allí tendido, Donna apretando su coño y sus carnosas nalgas en mi entrepierna, la luz del sol entrando por la ventana, y los demás locos de la casa dedicados a sus cosas.

—Espero que no venga Jack —murmuró en medio de todo.

Se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Jack? ¿Quién es Jack?

—Mi amante —dijo, y se puso a mirar soñadoramente a lo lejos—. Es muy celoso y siempre lleva una pistola consigo.

«Ya te dije que estaba loca», me dijo la voz burlona de mi interior. «Te la has ganado. Jugándote la vida por la cosa más idiota».

—¿Crees que puede venir ahora? —pregunté.

—Oh, seguramente está en camino.

Me senté. Me empujó.

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—No —mentí. Y volví a echarme. Y ella volvió a menearse.

El problema ahora era sumamente sencillo. ¿Podría correrme antes de que viniera Jack?

Donna empezó otra vez su cantilena, mezcla surrealista de recuerdos de la primera infancia e historias horripilantes de cómo Jack había apalizado a los hombres que habían flirteado con ella, y todo el rato frotando, frotando los labios de su coño ahora caliente contra mi polla. Y me di cuenta de que ella no se excitaba con el sexo sino con el peligro, con la ilicitud de las cosas. Hice una llamada desesperada a las gónadas para apresurar el asunto y, mientras Donna cuchicheaba sus confusas locuras y se reía vacuamente de mi inquietud, la empujé y me moví rápidamente.

—Vamos, deprisa, más deprisa.

Y finalmente sentí el calor, la acometida y la aceleración suprema. El blanco semen se derramó sobre mi vello púbico y mi vientre.

Permanecimos quietos unos momentos y luego me di la vuelta para salir de debajo de ella y me vestí rápidamente. Sonaban sirenas en mi cabeza.

Donna se levantó y me miró unos instantes.

—Espero que algún día podamos follar de verdad —dijo.

—Por supuesto —dije-. Y otro momento de quietud—. Bueno, tengo que irme.

—Adiós —dijo, y permaneció allí quieta, de pie, desnuda, zangolotina, loca, apetitosa.

Cuando bajé, Lucinda ya había regresado. Le di un beso y me preparé un café. Nos sentamos un rato en la terraza, fumando, recomponiendo lo ocurrido durante el día.

—Estabas en la habitación de Donna —dijo Francis.

Miré ceñudo la taza.

—Sí. Quería que la ayudara a cambiar de sitio su cómoda.

—¿Ah, sí? —dijo Francis levantando una ceja—. Ayer me tuvo arriba para lo mismo.

Levanté la mirada y vi la expresión de su cara. No sólo había sido un necio, sino que era uno más de una larga lista. Las mujeres intercambiaron una mirada, pero no dijimos nada que pudiera aclararles lo que pensábamos. Sospechaban, pero no tenían a qué asirse. Gocé de la

camaradería masculina en el secreto compartido y, durante un breve instante, sentí la extraña paz de ser sólo humano. La absoluta claridad del cielo y el murmullo sereno de las olas habían borrado gran parte de la parodia grotesca que hay en las palabras «sólo humano». Me vi sonriéndome a mí mismo y respondiendo a la pequeña comedia afectuosa en boca de Francis, y fueron tantos los buenos sentimientos que inundaron el espacio que incluso se desvanecieron las sospechas de Bertha y Lucinda y ambas se unieron a nuestro momento de regocijo plácido.

¿Dónde estaba ahora el miedo? Con qué rapidez cambiaba la circunstancia; lo que había sido una amenaza de terror había dado paso a una dulce participación amorosa. Pero en mi vida había sido más frecuente la tendencia en sentido inverso.

Mi primera terapia empezó con proposiciones de noble humanidad y terminó en un desagüe emocional. Mi terapeuta era una mujer bajita de unos cuarenta y cinco años, con peso suficiente para pasar por gorda. Su método era una combinación de teorías tradicionales con técnicas de vanguardia y un fuerte sesgo neorreichiano. Todo acompañado por grandes tazones de sopa de pollo que solía darme en los días fríos del invierno con la misma facilidad con que me daba sus consejos.

Un día, después de casi un año de abrirle mi corazón y de permitirle todo tipo de resuellos y observaciones, en medio de mi charla complicada, alcé la vista y vi que me miraba con ojos brillantes, que sus enormes tetas rebosaban de calor y afecto. Me quedé aturdido.

—Caray, Sarah —le dije—, eres hermosa.

Se levantó y se acercó a mi lado.

—Gracias a Dios. Creí que nunca te darías cuenta.

Y me besó en la boca.

Estaba sorprendido y me removí en la silla. Todavía tenía la noción romántica de que la terapia era un modo más sublime de existencia que la vida normal, que una terapeuta estaba por encima de los deseos mundanos que nos afligen a los demás. Pero cuando puso su mano en mi polla, todas mis

valoraciones desaparecieron y respondí vigorosamente a su gesto.

—Aquí no —dijo—. Tengo por norma no follar en el despacho.

Sus palabras fueron como una ducha de agua fría. Probaban con claridad que lo hacía con frecuencia. Pero rechacé semejante pensamiento.

—Iré a tu casa más tarde —concluyó.

El primer polvo fue tan arrollador que no me di cuenta. Sarah era la diosa y la madre Tierra, el espíritu de Freud y mi pasaporte personal para la salvación, todo en uno, y cuando trepó sobre mí con todos sus cuerpos y mentes, se me fundieron todos los plomos y perdí la conciencia de lo que estaba haciendo. Algunas palabras dichas en un susurro han quedado grabadas en mi memoria, junto a la sensación de que la piel de nuestros vientres desaparecía y que nuestras entrañas se enredaban uniéndonos como hermanos siameses. Pero cuando al final reposó a mi lado y me dijo al oído: «Ha sido maravilloso», me di cuenta de que había tenido una erección y me había corrido dentro de ella de una manera inconsciente.

Durante un mes y pico intentamos seguir la terapia y la follamenta, pero el sexo era demasiado fuerte para el vínculo frágil de nuestra relación profesional. En cuanto dejé de ser su paciente se produjo la metamorfosis. Si yo le decía en una sesión terapéutica: «te odio», ella, pacientemente, me ayudaba a comunicar con mi sentimiento, a gritarlo o a rechazarlo, y luego examinaba los aspectos de sus causas y contingencias. Pero cuando fuimos únicamente amantes, cualquier expresión mía de un sentimiento negativo la tomaba como un ataque personal y se sentía herida u ofendida. Perdió toda objetividad y no supo entender que yo tenía derecho a mis sentimientos.

—¿Por qué me odias?, —gimoteaba—. Por favor, no me odies.

Empecé a sentirme oprimido, lo cual presagiaba la aparición de la violencia en el sexo. Vi que ya no podía compartir con ella mis fantasías, que éstas adoptaban formas

llenas de fealdad. Quizá se sentía culpable pór lo que hacía, pero lo cierto es que cayó enseguida en la postura masoquista necesaria para complementar mi ira. Con ella me vi abofeteando por primera vez a una mujer, aplastando su cara contra el suelo con mi pie y obligándola una vez a beberse toda una meada.

Entonces yo sólo tenía veinticuatro años y, aunque ella fue la víctima física, yo sufrí un inmenso daño psíquico. Cada polvo era un asalto continuo sobre ella, mientras trataba de escapar arrastrándose por el suelo o saltando por encima del mobiliario, hasta que finalmente la atrapaba en el sofá y la follaba por el culo, rugiendo en la caverna de su estudio a prueba de sonidos. Le mordía el cuello y era el leopardo matando al ciervo, le roía el cráneo y era el cavernícola caníbal. Su mirada era una súplica llorosa que oscilaba entre el deseo de que la dejara ir y el deseo de que la embruteciera totalmente. Sus quejas me inflamaban. No sólo quería matarla. También quería devorarla, desgarrar su carne y tragármela y que la sangre se derramara por las comisuras de mi boca.

—¿Quieres más café?

Lucinda estaba delante de mí. Francis me miró con una expresión de burla y perplejidad.

—¿Qué está pasando por tu cabeza?

Lucinda parecía cansada. Rodeé su cintura con mis brazos y apoyé la cabeza sobre su vientre. Primero la sentí tensa, luego, relajada. Acarició mis cabellos. Le cogí el culo con las manos.

Retiramos las bandejas del desayuno y nos fuimos al pueblo para hacer la ronda de la oficina de Correos, el puesto de periódicos, el supermercado y la cafetería. La simplicidad y comodidad de la rutina siempre me han encantado. Un clima cálido, la ausencia de coches y una población limitada es todo lo que se necesita para que la civilización sea placentera.

—Están destruyendo el mundo —dijo Francis.

Levanté la mirada. Él y Bertha caminaban a pocos pasos, cogidos de la mano. Lucinda y yo íbamos juntos, pero sueltos.

Por una vez, aquella disposición no me molestó. Vi que me gustaba la manera, cada hombre con su mujer y las parejas formando un núcleo disperso.

—Parece que a nadie le importa —dije.

Nos paramos los cuatro al mismo tiempo. El sol estaba detrás de un banco de nubes y sus rayos caían como un abanico perfecto sobre toda la bahía. Los bordes de las nubes eran de plata y las densas zonas del centro estaban oscurecidas por su propia sombra. Algunas barcas de vela aprovechaban la brisa caprichosa y toda la tierra vibraba bajo la luz tormentosa.

—¡Clásico! —dijo Francis.

—Una portada del *New Yorker* —dije.

—Eso es una asociación decadente —dijo Lucinda.

Sus ojos reflejaban una música viva y su boca aún estaba herida por los sueños de la noche anterior. Llevaba un largo vestido de algodón que evocaba largos paseos a través de un pinar. Una ligera transformación química cambió nuestros niveles de energía, y de golpe, franca y abiertamente, encontré que me gustaba, que me deleitaba su presencia, su persona. Sonrió y luego se sintió incómoda. Tomó mi mano y apartó la mirada, luego la volvió hacia mí y vio mis ojos en ella y puso sus brazos alrededor de mi cuello.

Me dejé llevar por la posibilidad de la unión. Pensé en Dante G., lo imaginé nadando con indolencia en su piscina privada y me sorprendió una inesperada explosión de gozo. El milagro del amor y del nacimiento se me hicieron patentes. Parecía que sólo tenía que decir sí, y todo lo demás sería posible.

—Pero como la portada del *New Yorker* —dijo Francis— es ilusorio. Fire Island es donde vive el Mago de Oz. En algún sitio de Cherryless Grove[2]. Han ido demasiado lejos. Serán las armas nucleares, o el gas nervioso, o una simple acumulación de veneno. Como mucho, en quince años.

Llegamos a los límites del pueblo. Fuera de los diversos bares había cantidad de cajas con botellas de bebidas vacías y latas de cerveza. Las colillas formaban mosaicos en las aceras. La lancha de la policía y el transbordador de suministros

permanecían ociosos en el muelle, soltando al aire pedos de gases negros y azules. Había un activo trasiego de gente que entraba y salía de las tiendas. Entré en una a comprar unos puros.

—Cincuenta y cinco centavos —dijo el empleado.

—Pero si en la ciudad sólo cuestan treinta y tres centavos.

—Esto no es la ciudad —dijo.

—Ladrones de mierda —dije a los otros.

—El otro día fui a comprarme un libro —contó Bertha—. Un libro de setenta y cinco centavos. Y me cobraron noventa. «¿Por qué la diferencia de quince centavos?», le pregunté. Y me dijo: «Diez centavos porque estamos en Fire Island y los otros cinco centavos porque queremos».

—¿Y pagaste? —preguntó Lucinda.

—Quería el libro —dijo Bertha.

Era la conversación más larga que nunca habían tenido. Volví a sentirme deprimido por la estructura del orden. De esta gente tan racional y educada sólo podían venir restricciones. La vida no es eso. La vida es confusión, ira y miedo. La vida es riesgo y el éxtasis de probar el fruto prohibido. Y allí estábamos, esquilmados con toda tranquilidad por los comerciantes rapaces de un lugar de veraneo corrupto, mientras el mundo se autoinmolaba, y nosotros conversábamos de acuerdo con los parámetros de nuestra autocensura. Estaba a punto de empezar a criticar a los otros por la incomodidad que sentía, cuando recordé que había decidido que cuando el entorno se hiciera inhóspito, lo mejor era largarse.

Había intentado enfrentarme al problema por el método de los «resultados», pero hay momentos en que sólo la soledad cura. Y éste era uno de ellos. Con todo, no quería estar solo físicamente, simplemente quería estar con gente que me dejara exteriorizarme tanto como quisiera, sin pedirme nada a cambio. Sentí en mi interior la mezcla paradójica de entusiasmo y retraimiento, una especie de pasividad abierta. Era el talante de la jodienda homosexual, que llegaba a parecer menos un fin en sí mismo que un correctivo para las tensiones imposibles de la relación

heterosexual. Incluso la pureza del acto homosexual se había corrompido.

—Me voy a dar una vuelta —dije.

Y cuando me alejaba vi una expresión herida en los ojos de Lucinda. Pero no había nada que decir.

8

Cuando me arrodillé en la arena, el sol se filtraba entre los laureles. Los dos hombres que tenía delante se sacaron la polla por arriba de sus calzones de baño y las dejaron colgando delante de mi boca. Se abrazaron y empezaron a besarse profunda y húmedamente. Aspiré una buena ración de nitrito amílico y abrí bien la boca para recibir a los dos órganos. Uno era oscuro y delgado, de unos doce centímetros de largo, mientras que el otro era blanco como la leche, con un capullo rosado, la clase de cipote que cuando se pone duro y gordo alcanza desde la base a la punta sus buenos veinte centímetros. Los sedosos capullos frotaron mi paladar y el interior de mis carrillos, mientras deslizaba mi lengua entre ellos y amortiguaba lateralmente sus empujones. Otro hombre se acercó por detrás, me bajó el bañador y me folló con una de esas erecciones incompletas que son tan tentadoras.

Había vuelto a la casa, había recogido lo que me quedaba de una caja de nitrito amílico, algo de hachís y una toalla y me fui a la exposición de carne, la franja de bosque entre Cherry Grove y los Pinos. Caminar por la arboleda proporcionaba un placer penetrante, refrescaba los sentidos y elevaba el espíritu. Aquí se pone de manifiesto el elemento crucial de la caza (el sexo es, con mucho, algo secundario): comer lo que se ha matado, pues es la caza y la matanza lo que capta la imaginación del cuerpo.

Senderos apenas visibles que serpenteaban en doce hectáreas de arbustos y espesos matorrales, con claros imprevisibles y salidas a las dunas. Detrás de un árbol, un hombre, apoyado en el tronco, se araña la espalda contra la áspera corteza, mientras otro ejecuta el rito inmemorial de la felacia. En una hondonada, tras una mata, cinco hombres

escenifican en vivo un artificioso y complicado enredo de cabezas y miembros. Muchachos vestidos de cuero al acecho entre los árboles. Putas en bikini vendiendo sus culos tras una hiedra.

Ahora se trataba de la contienda y la sensación silentes de cuatro hombres en un acto sexual, espontáneo aunque extraño: arriba, los dos hombres en comunión de besos, recibiendo en sus pollas la energía del calor de mi boca; detrás, el hombre que se regala con el placer de su verga en mi culo y el dulce deleite de contemplar mi carne estremecida. Era más danza que jodienda. Por una razón, porque casi todos los que van de caza no tienen la eyaculación como objetivo primario, sino la consecución del mayor número de *contactos* físicos posibles. No había, por tanto, pasión ni sentido de intimidad o afecto, si bien seguimos las pautas del acto lo más aproximadamente posible.

Nos movimos conjuntamente hasta alcanzar una especie de consenso. Ninguno tuvo un clímax físico, pero sí en cambio una sensación de triunfo, de culminación. Los dos hombres delante de mí pararon, recogieron sus bañadores y se alejaron. El que se hallaba detrás se retiró bruscamente. Miré a mi izquierda y vi que había otros tres esperando; habían estado contemplándonos calladamente. Me vi rodeado por una hilera de pollas. Sentí debilidad en mis rodillas. Jadeaba. Estaba mareado. Pensé: «bueno, y por qué no», y aspiré otra ración del inhalador. La droga me disparó todavía más y elegí una polla negra que había en el centro. Ya estaba palpitante y toda su longitud se deslizó fácilmente en mi garganta. El hombre que estaba unido a la polla aspiró el aire entre los dientes y le flaquearon las piernas.

Luego dijo: «Tómalo, niño», aplastó el capullo en mi paladar y soltó su esperma, que fluyó hacia mi garganta y rebosó bajo mi lengua. Puse toda mi atención en su sabor, en su textura y en el simbolismo del momento, porque esto, teóricamente, era el objeto de mi empeño. Lo tragué sin cerrar los labios e imaginé el cuadro sugestivo que mi cara debía de presentar en aquel momento, con la boca abierta y

anhelante, los párpados semicerrados, la postura tensa del hombre de pie y la reluciente polla negra saliendo de mis labios y dejando tras de sí un fino reguero perlado.

También se volvió rápidamente y se alejó, y uno de los otros se acercó a mí. Había algo en su vibración que hizo que yo levantara la mirada y vi de cerca la cara brutal de un hombre sin expresividad ni inteligencia. Le faltaba la comprensión de que todo cuanto sucedía en el bosque era un juego y, como todos los juegos, su éxito dependía de la delicadeza de su ejecución. La degradación era posible siempre y cuando cada actor entendiera que la dignidad esencial del otro tenía que respetarse. Lo grandioso de la exposición de carne era que muchos de los logros y fracasos eran consecuencia de las proyecciones mentales. Me levanté y al pasar junto al hombre lo rocé. Me agarró de una muñeca. Pude leer la lujuria herida en sus ojos y durante un instante sentí tanta compasión que estuve a punto de bajarme otra vez. Pero estaba ya cansado del asunto y me fui.

Fumé hachís mientras paseaba por un trozo de playa solitaria y rememoré las pasadas horas. ¿Por qué el recuerdo del niño se asocia tantas veces a los momentos culminantes del sexo? Cuando estoy encima de una mujer cachonda, en el momento de su éxtasis, exclama: «Oh, niño», y cuando estoy de espaldas y una enorme polla me hace sentir temblores de coño en mis nalgas y mi culo, el hombre que tengo encima me grita: «¡Oh, niño!». Quisiera saber las implicaciones de la palabra. Ciertamente, cuando chupo una polla y me atraganto con el capullo, me siento a menudo como un niño a quien se le obliga a comer. De hecho, mientras más me quejo y trato de sacarla, más excitante es para el hombre que está haciéndomelo. Puede que mucho de la jodienda sea un vano intento de reavivar experiencias insatisfechas de la infancia.

Cuando todos estos aspectos *rebuscados* del sexo se neutralizan, ¿qué es lo que queda y por qué seguimos follando?

Cuando follar es intransitivo, el acto se convierte en rutina, como el comer: como contigo, folio contigo. Cuando es transitivo y el sentido pasa a ser «te folio», se alza el telón

en el teatro de la personalidad y el drama de nuestro coito eclipsa toda la excitación de las sensaciones que se experimentan.

La raza humana ha cambiado a la condición de *homo promiscuans*. ¿Qué me mantiene alejado de cualquier experiencia si no es el temor que ha crecido en el semillero del acondicionamiento? Todos los valores que nos vienen del pasado son inútiles, a menos que descubramos las condiciones en que surgieron, y sólo entonces podremos decidir verdaderamente si vamos a mantenerlos como tales valores. Debemos romper con todos los mandamientos que nos han inculcado *a priori* en nuestras cabezas.

Cuando fui al juzgado a pagar la multa, me di cuenta de que esta sedicente civilización funciona con la falta de inteligencia de un maestro de escuela protestante. Nos sentamos en unas sillas dispuestas en hileras. Un policía, golpeando el suelo con el pie, nos conminó a estar en silencio. Cuando nos llamaron por nuestros nombres tuvimos que subir al estrado, inclinar nuestras cabezas y explicar por qué habíamos hecho semejante travesura. Fue interesante comprobar que las multas eran más bajas en razón directa al mayor tono quejumbroso de la voz del defendido. Mientras más abyecto y más apesadumbrado se mostraba uno, más magnánimo se mostraba el juez.

El fascismo no es sino la aculturación del autoengaño.

—Yo no estoy alienado —me dijo Francis en una ocasión —. No soy más que el último modelo de una serie en un experimento evolutivo. El conocimiento es sólo una herramienta, parte del plan. Todo el viaje de Krishnamurti en angustiada soledad es pura mierda romántica.

Sin embargo, parezco estar librando una batalla implacable contra la usurpación de mi individualidad. Un día, Lucinda y yo íbamos en el transbordador.

—¿Dónde nos sentamos? —dijo ella.

Me dio la paranoia y pensé: «¿por qué dice *nos*?». ¿Quién ha hecho esta suposición inconsciente del *nosotros*?

Bajé a la playa, arrastrado por la oscura corriente de los análisis que bullían en mi cerebro. A mi izquierda se

extendían ciento ochenta grados de horizonte oceánico, un cielo con mil tonalidades de azul y gris, el agua verde y violeta con matices rosados y el sol todopoderoso. Andarríos y gaviotas ceñían la orilla. Y a cada cinco o diez minutos pasaba una persona. Nos saludábamos entonces con una sonrisa, quizás intercambiábamos alguna palabra, y nos mostrábamos las piedrecitas y conchas que habíamos recogido. Cada vez comprobaba lo poco complicado que era relacionarse con un extraño y cómo se producían densos intercambios cuando la esperanza, hija del deseo, hacía su aparición en escena.

Se me ocurre un modelo de tres fuerzas para describir lo que ocurre entre dos personas. En cualquier situación estamos en función de la distancia, la incertidumbre y la complejidad. Y lo saludable de una relación depende de que el producto de estas fuerzas permanezca constante. Así, cuando hay una gran distancia entre dos personas —sea distancia psíquica, emocional, temperamental o también física— el grado de incertidumbre o complejidad ha de ser bajo. Si la distancia y la incertidumbre son grandes, la complejidad ha de reducirse a casi cero si se quiere que la relación continúe satisfactoriamente.

Dudaba que tuviera sentido lo que pensaba, pero no por ello dejaba de darme cuenta de que tan arbitrario es etiquetar como «electrón» a una manifestación de la energía como tomar la «complejidad» como unidad de relación. Después de todo, la correcta psicología resulta ser poesía de apariencias estructurales.

El problema del matrimonio, o de cualquier relación a largo plazo, es que la costumbre petrifica la incertidumbre hasta casi anularla, el temor minimiza la distancia y no permite su sana fluctuación y, por consiguiente, la complejidad aumenta sobremanera, dada la incapacidad de las personas para mantenerse a la altura de los cambios. El resultado es el agotamiento, con sus reyertas, treguas temporales, impulsos inútiles de huida y todas las triquiñuelas de una larga guerra impopular.

El papel del sexo ha servido habitualmente para

distorsionar la apreciación de la distancia real entre los componentes de la pareja, de tal modo que ambos pueden sentirse muy cerca cuando, de hecho, su jodienda ha ido separándolos a velocidades asombrosas.

Eric y Suzanne habían tenido exactamente este problema.

Cuando lo conocí, Eric, que preparaba su doctorado en ciencias políticas, trabajaba a tiempo parcial en una de las innumerables oficinas del centro de Manhattan. Suzanne, una judía francesa de boca apretada y un miedo enfermizo a la indecencia, era secretaria. Eric se enamoró de su culo, que sobresalía sutilmente y destacaba de su cuerpo pequeño y compacto. Cada día, Eric esperaba entrever el culo de Suzanne, al caminar, al sentarse o cuando se inclinaba para recoger alguna cosa. Las noches en que nos encontrábamos solía decirme en medio de una espesa charla: «Hay una chavala en la oficina con el culo más bonito que puedas imaginar». Todo el tiempo había mantenido con ella una civilizada relación superficial, regida por los gestos impuestos por la educación.

A las pocas semanas, Eric la invitó a cenar y al cine y vio en ella una agradable compañía. Tenían muchos gustos en común y no tardó en enredarse con su capricho y en enamorarse. Ella le correspondió. Empezaron a hablar de vivir juntos. Follaron una docena de veces, lo suficiente para asegurarse de que no había discrepancias sexuales indeseadas. Y, en todo este proceso, Eric olvidó su primer impulso, su fijación por el culo de Suzanne. Aquel culo dejó de ser su objeto y lo tomó como una parte del cuerpo de la mujer por quien sentía afecto.

Suzanne se mudó al agujero de Eric. Cumplieron con todas las rutinas, los nuevos arreglos, las caricias. La mente de Eric divagaba, preocupado por sus estudios, las exigencias del trabajo y la parafernalia que rodea el inicio de un matrimonio moderno no contractual. Y una noche, después de una larga preparación amorosa, deslizó un dedo entre las nalgas de Suzanne y encontró el agujero lubricado por las secreciones vaginales que habían rebosado desde el coño. Sin pensárselo un momento, la montó por detrás y, lentamente,

dejó que su polla penetrara en el fruncido y apenas resistente ano. Se hundió en él, como suele decirse, hasta la empuñadura. Y ella le correspondió. Y jodieron alegremente por el culo.

Pero, en el momento del orgasmo, me dijo que sintió como si la tierra desapareciera bajo sus pies. Sus palabras fueron: «Sentí como si mi polla se asomara al vacío y estuviera corriéndome en la nariz de Dios».

El aspecto de Eric es bastante leonino, con su melena lanuda y rubia y sus poderosos hombros. Está chiflado por el viejo Platón y lo lee en griego. Es una de las pocas personas que conozco que habla por capítulos con notas a pie de página. Y es sumamente sensible a los matices.

Tan pronto como el esperma salió de su polla, vio claro todo el esquema. No tenía ningún interés en vivir con esta mujer como si sus vidas fueran gemelas. Todo lo que había deseado era lo que acababa de hacer, follarla por el culo. Pero para llevar a cabo esta pequeña hazaña había tenido que cambiar muchas cosas importantes en su forma de vivir. La distancia que existía entre ellos y que no había percibido porque el impulso sexual se presenta bajo una falsa intimidad, surgió ahora con toda claridad. La complejidad que le había parecido tan enorme se había reducido de inmediato a un simple hecho: que quería estar solo. Y el factor de incertidumbre siguió siendo desesperadamente el mismo.

Pero rechazó inmediatamente lo evidente. Y continuó la farsa de vivir con ella.

Pronto, ambos presentaron el aspecto de infelicidad apenas simulada que caracteriza a quienes viven juntos por miedo y no por amor. Y se convirtieron en la típica pareja. Suzanne siguió siendo atractiva y amistosa; Eric siguió amándola. Pero el sentido de *nostredad* impartido por la falsa valoración de la distancia había desaparecido. Y ahora lo suplantaba un «nosotros» ficticio.

Durante dos años continuaron esta complicidad culpable. Cuanto más tiempo insistían, más servía la función social para remendar el eslabón roto. Los amigos de Eric «los»

invitaban a salir, no «le» invitaban. Lo mismo le sucedía a ella. La gente empezaba a pensar en Eric-Suzanne como una entidad. Para acomodarse a la mentira, decoraron el apartamento, sirvieron en sus fiestas los mejores quesos, fueron al cine juntos y construyeron un lenguaje privado basado en su mutua apreciación de aquellas obras de arte. En resumen, se convirtieron en una atractiva pareja al día.

Pagaron su infelicidad con el fracaso. Tras la histórica noche en que la folló por el culo, Eric perdió el incentivo de su deseo por ella. Y cuando decayó su energía, Suzanne se retiró de alguna manera a su antigua frigidez caracteriológica. Si bien gozaban follando, ya no se sentían transportados sino a los reinos más vulgares. Eric nunca volvió a follarla por el culo.

Se acomodaron a la rutina sexual del americano medio y él se entregó con más afán a sus estudios. Tediosamente, se sumió en las maquinaciones de los mercaderes de granos atenienses y en su relación con el pensamiento platónico. Suzanne, cada vez más aburrida, se lió con los movimientos de liberación que empezaban a ponerse de moda entre los liberales de izquierda de Nueva York. Se pasó tardes enteras mimeografiando proclamas y declaraciones.

Tal como era de prever, conoció a un negro marxista que no se hacía ilusiones con el aspecto más sobresaliente del cuerpo de Suzanne. Y, una tarde, ella no se opuso a que la tumbara en un sofá, le levantara la falda y le metiera la polla en su coño húmedo. El tío encandiló a sus amigos con aquel fenómeno y al poco tiempo Suzanne se convirtió en la folladora residente de la oficina del SNCC en la Calle 125.

Eric se enteró pasados unos meses, no por alguna evidencia extema, sino por los cambios que advirtió en ella. A medida que Suzanne se alejaba de él, renacía su antigua emoción por ella. Llegó incluso a desearla otra vez. Pero sin poner fe en lo que sentía. Una mañana, cuando ella volvió tras haber pasado la noche follando sin parar con cinco fornidos jóvenes partidarios de la libertad, todo lo que Eric pudo sentir fue un ataque convulsivo de autocompasión.

Suzanne se fue aquella tarde y dos días después Eric

chasqueó los dedos, tomó baños de vapor, nadó, cenó un filete y se emborrachó con cerveza de barril. Había escapado de la trampa que él mismo se había construido. Le costó dos años.

¿Es el agujero algo más que su profundidad? Un coño y una polla pueden actuar recíprocamente, pero ¿puede establecerse una relación entre un hombre y una mujer?

Dos tortilleras paseaban por la playa, una suave y morena, como barco a la deriva, la otra rubia y decidida, como tierra a la vista. En los ojos de esta última brillaba un feroz orgullo, un placer alegre y angustioso y un entendimiento tan seguro e inteligente de lo que cada una de ellas dos era, que sentí una punzada de envidia. Pero quizás en unas horas estarían destruyéndose mutuamente con acertados proyectiles de odio.

La pareja es la insignia de la civilización rampante, una civilización que ha ido sacando de su histórica manga la guerra, la explotación, la estupidez espesa y la mentira. La lógica azarosa es implacable. Partiendo de algún falso concepto de relación, de alguna noción errónea de lo que es la familia, han surgido los buenos ciudadanos, los probos feligreses, el forraje para los conventos y los ejércitos, la grasa para los engranajes de la ley civil, los manifestantes, los arengadores, los que levantan banderas, los votantes, los obreros de las fábricas de los dominadores, quienes envían a sus hijos a escuelas reglamentadas, quienes visten igual, comen lo mismo y no tienen pensamientos, sino reflejos modelados por el condicionamiento concertado de los milenios.

En la reunión, el militante homosexual se levantó y exigió su derecho a servir en el ejército.

Cuando los maricones quieren ir a la guerra, el asesinato del feto adquiere una nueva dimensión. Si pudiera sobrevivir, si tuviera un mundo que le esperara, habría motivos para alegrarse. Pero su madre es una mujer pasiva y cansada, y la única forma que conoce de relacionarse con un hombre es la de hundirse en su sombra. Y su padre está embarcado en algún experimento demencial para revivir todas las formas

animales arquetípicamente históricas mediante el uso de su órgano y orificios.

Mientras nosotros cuatro realizábamos nuestro ritual, chupando y follando en contenido silencio, y los únicos sonidos eran los suspiros del deslizamiento y la succión, me convertí en la esencia de un cerdo, me revolqué en la suciedad, comí lo que nadie habría osado tocar, miré en mi interior las necedades de los bípedos que continuamente disparan ruidos de sus bocas y se apoyan en pantomimas de conducta para decir que realmente no quieren participar en ellas. Con el máximo realismo, vi que el mundo siempre estará gobernado por el insensato, el aturdido, el inútil, el mezquino y el mediocre. Desde los faraones a Nixon, toda una sucesión de mediocridad bestial. Y no hay posibilidad de que la especie cambie de dirección. Los gobiernos del mundo continuarán ejemplarizando y magnificando la violencia, la codicia, la ignorancia y su tenaz hostilidad ante todas las formas de amor sexual que probadamente han sido las marcas de identidad de la humanidad a lo largo de los tiempos.

No hay en parte alguna del horizonte macrocósmico de los acontecimientos sociales el menor atisbo de inteligencia, la más mínima esperanza de sensibilidad para la naturaleza de la realidad. Nos hemos convertido en cobayas nucleares que corren apresuradamente hacia el precipicio final, y los más elocuentes de nosotros lo único que hacen es tocar las trompetas del juicio final o seguir hipnotizando al populacho y a sus líderes para que crean que todo es normal.

Y antes de la ejecución de los monstruos que gobiernen los estados que entren en la sacrílega guerra final, mírate en el espejo y ve el rostro de quien sigue diciendo amor cuando quiere decir posesión, quien todavía pretende que es posible exigir el cuerpo y el afecto de otro ser humano excluyendo a cualquier otro sobre la superficie de la tierra. Mira a los ojos de quien sostiene el cuchillo sobre la garganta de su hijo no nacido y con un revoltijo de razones le clava la punta y acaba con esa vida con la misma eficiencia con que un carcelero ejecuta a un prisionero político.

Un hombre se acercó por la arena. Tendría casi sesenta años, pero su cuerpo aún era firme. Tenía una barba canosa de chivo y llevaba una gorra de golf. Seguro que llevaba bragas. Se puso delante y se detuvo. Yo me paré también, sorprendido. Y emprendimos el ritual de la proposición. Mientras le decía las palabras necesarias, calculé la medida de mi deseo carnal. No sentí nada. El hombre no me excitaba.

—¿No me encuentras un mínimo de atractivo? —preguntó cuando le obligué a retirar la mano de mi pecho.

—Conmigo —dije— es cuestión de química. No es nada personal. Si hubiera sentido el chispazo, no me habría importado tu edad o lo feo que seas.

—Sólo tengo cincuenta y siete.

—Por favor —dije con mala cara—, no me ponga triste.

—Por lo menos, ven a pasear conmigo. Al bosque.

—No te tortures —le dije.

Pero hizo un gesto, un movimiento casi para sí mismo, y durante una fracción de segundo dudé si me atraía. Pasó rápidamente la duda, pero no antes de que él la aprovechara para cogerme del brazo con intención de llevarme hacia las dunas. En deferencia a su destreza me dejé guiar. Me llevó con una gracia asombrosa, haciéndome sentir como una gran dama a quien conducen a través del gran salón de baile para presentarla al conde. Mi corazón palpitó y la más mínima onda de debilidad me ponía a viajar.

—Ten cuidado —dijo.

Lo miré. De pronto, me vi como un joven necio, llevado al bosque para ser follado por este diestro sátiro melancólico. Empecé a resistirme por dentro.

Hizo un buen trabajo, manteniendo algunas trazas de elegancia mientras buscaba con mirada de águila un lugar apropiado. Me llevó detrás de unas matas. No podrían vernos. Yo estaba disgustado. Me puso una mano en el hombro.

—Te he dicho que no te molestaré.

Le escupí. Pero me senté.

Era delicado. Buscó detrás de mí y arrancó un tallo de la planta que allí crecía. Lo aplastó entre sus dedos y me lo acercó para que lo oliera. Me sentí catapultado a la niñez.

—Es la base de la zarzaparrilla —dijo.

Me citó los nombres de todo lo que allí crecía. Afirmó que era botánico, me tomó la mano y me miró con ojos absurdamente graves. Se acercó con intención de besarme. Inexplicablemente, sentí repulsión. Torció la boca.

—Lo siento mucho —le dije.

Forcejeó para ponerme debajo, pero logré levantarme y me di la vuelta. Dejé que mirara mi culo, el tesoro placentero que deseaba y no tendría. Quería herirlo, con alfileres. Me agarró una pantorrilla. Me sacudí y me aparté de él. Me cogió de la cintura. Eché a andar y lo arrastré.

«No hagas una escena», pensé.

Me detuve. Levantó la mirada, suplicante como la de un perro. Luego, mostrando toda su dignidad de golpe, apoyado en una rodilla, inclinó la cabeza al estilo militar y besó mi mano. Puse mi otra mano sobre la frente, trazando con los nudillos una línea vertical sobre mi ceja izquierda. Dejé que me besara los dedos y la palma de la mano, y allí, en el centro de la palma, puso su lengua. Me sentí violado. La jodienda simbólica tiene sus propias formas de virginidad. Estrujó mi mano un rato y luego la dejó caer. Caminé sobre las dunas para volver a la playa, rojo de ira, esperando que nadie que me hubiera visto estuviera mirándome ahora.

—Uno puede *siempre* escapar dentro del metateatro, Francis; he aquí el nuevo paradigma exigiendo su culto.

Francis apartó la mirada del libro que leía.

—¿Quieres explicármelo? —dijo.

Lucinda entró en la sala. Le conté la historia de lo que acababa de sucederme con el viejo. Aplaudió complacida. Fue uno de esos momentos en los que me sorprende ver que una mujer entienda la metafísica de mi mensaje, cuando un hombre tan perspicaz como Francis no lo había logrado. Por un instante casi consigo la llave que abre el misterio de los sexos. No es cuestión de superioridad o de inferioridad, sino de capacidad de percepción, un ángulo del ser. La puerta de la visión interna se cerró de golpe.

—Metateatro, ¿eh? —dijo Francis.

—¿Por qué no metapelícula? —dijo Bertha.

—O metatelevisión —añadió Lucinda.

—Metaholograma —concluí.

Las dos mujeres y yo enviamos a través del aire felices vibraciones de visión compartida.

—No me convence —dijo Francis—. Históricamente, atravesamos un periodo de ahistoria. Espacio interfásico. Eres básicamente reduccionista en tu apreciación de la realidad. La verdad subsume todos los intentos de entenderla. El paradigma de una época ha de ser totalizador.

—Que te folle Bucky Fuller —dije.

—Que te la chupe Krishnamurti —respondió él.

Ya de vuelta al dormitorio, Lucinda se encaró conmigo.

—¿Por qué te fuiste de esa manera? ¿Es que no me quieres nada?

—Es más complicado que eso —contesté.

—Pues haz que sea sencillo.

—¿Qué diferencia habría?

Lucinda calló un momento, atrapada por el remolino del diálogo, pero volvió al tema que le preocupaba.

—¿No te importa en absoluto?

—Sí que me importa. Pero vivir contigo es otro asunto.

—Tampoco estoy yo muy segura de querer vivir contigo.

—El alquiler está pagado hasta el fin del verano. No hay razón para que no vivamos en paz y luego nos separemos. Pero sigues machacando porque sabes que tendrás que arreglártelas por ti misma en el futuro.

—Oh, qué hijo de puta eres —dijo Lucinda, asesinándome con las palabras.

—Vete a la mierda —le respondí—. No trates de hacer que me sienta culpable por no ser como tú quisieras que fuera.

—Si no fuera por el niño —dijo ella—, todo tendría fácil arreglo.

Respiré hondo.

—Si lo tienes, cada año vendré a vivir un tiempo contigo. Eso es todo lo que puedo y quiero hacer. La decisión es tuya ahora.

—No sabes ser un hombre —me escupió.

—¿Y tú? ¿Eres tú una mujer?, —dije, otra vez en el callejón sin salida—. El único consuelo —añadí— es que ninguno es mejor que el otro.

Me fui a haraganear por la cocina. Comí algo y regresé al dormitorio. Lucinda yacía desnuda en la cama. Había estado llorando y ahora parecía muy guapa.

—Fóllame —me dijo en voz baja—, haz el amor conmigo.

Cuando la tomé en mis brazos rió como una loca.

—Después de todo, no hay ninguna posibilidad de que me quede embarazada.

9

¿Cuántos amantes velan esta noche solos en la cama?

No es ésta la consideración más vital en este mundo de dolor. Toma aspirinas, toma televisión. Olvida. Pero ¿a quién le importa? Y cuando a uno le importa, el hombre que sufre se aferra a la mujer, odiándola por su preocupación. Cúbreme, no muestres mi vergüenza. Persecuciones neuróticas dentro de la mente de medianoche. La traición es epidérmica, tan desapercibida como la respiración.

—Solía venir a echarme un polvo una vez a la semana —decía Lucinda.

—No quiero oír nada de eso —gritaba yo.

Nunca volvió a hablarme de su pasado sexual.

—¿Por qué nunca me hablas de ti misma?, —le decía yo.

No podía ganar ella. Tenía que herirla. Me tomaba la palabra. Me obedecía.

Se volvió a la ciudad, esta vez desconsolada, con algo del aire de una niña que debe abandonar el patio de recreo, pensando que los demás quieren realmente estar sin ella. Era una mañana de septiembre, fría y extática, cuando subió al transbordador, de un amarillo conciso a la luz del sol. Recordé los años en que compraba nuevas cajas de lápices y cuadernos, preparando el regreso agridulce al colegio. Durante la noche había soñado que Francis y yo estábamos encerrados en una habitación con una piscina, vigilados por una monja loca.

—Lo cierto es que no quiero volver a la ciudad —dijo Lucinda.

—Pues no vayas.

—No quieres que me quede.

—No te quiero en mi inmediata vecindad física, pero la casa es grande y la isla es grande.

Prefirió su herida a mi lógica.

—Iré a ver una película —dijo.

Escuché la desolación en su voz y no me importó. No había malicia en mi actitud, era sólo que su herida no llegaba al ámbito de mi atención.

«Así es como debe de ser un monstruo», pensé.

Quizás era esta frialdad la que provocaba en Lucinda sus ataques de parasitismo. No la amaba. Y su alma rezongaba con hambre. En una ocasión que me folló un desconocido, retuvo el esperma, no quería correrse, llegaba a la cima y luego retrocedía. Yo me desesperaba. Mi culo se hizo coño, se hizo vacío, succionante, balbuceante. Por supuesto que el tío estaba encantado, era lo que quería, la carne suplicando más penetración. En esto, una oleada de deseo magnético me arrastró por sorpresa y a él lo cogió desprevenido. Fluyó su esperma antes de que pudiera dominarse. Se quedó inmóvil por la ira, con la polla palpitante dentro de mí.

—Puta asquerosa —dijo. Se retiró y me cruzó la cara con una bofetada.

Me escoció pero, en mi interior, sonreí triunfante.

Esa dulce sonrisa de victoria-en-la-derrota era algo que la condición judía de Lucinda no toleraba en ninguno de los dos. Pero es la expresión que me ha ardido eternamente en mi recuerdo, gracias a Beverly, cuya locura hizo que mi vigésimo tercer año en este planeta estuviera a punto de ser el último.

Vivía con ella, con George y con Julie, dentro de una maraña de comuna confusa y marxismo desbocado, en una casa de piedra caliza roja de Brooklyn. Se vino a vivir conmigo después de una noche que pasamos quemándonos mutuamente la punta de los cabellos con un encendedor de butano. Su cara redonda brillaba con imbécil inteligencia y yo tiritaba sin poder dominarme. Follar con ella era soberbio. Siempre tenía ganas. Tenía un cuerpo firme por su práctica de la danza, cada teta apenas mayor que una mano, un culo perfecto y una piel rica del color del cacao. Tocarla en cualquier parte era como tocar un coño. Su mente oscilaba entre lo genial y lo estúpido con toda facilidad. También era

suicida.

Después de su tercer intento de suicidio, me fui de la casa. Fue una noche en que George, Julie y yo regresamos a la casa y olimos a gas. Había sangre en las paredes de la cocina y mi ropa y mis libros estaban desperdigados por todo el suelo de la sala de estar. Horrorizados, buscamos su cuerpo, pero se había ido. A la mañana siguiente, antes de que nadie se despertara, me abrí.

—Bueno, ¿y dónde estás? —me preguntó George cuando lo llamé por teléfono.

—Estoy en casa de un amigo —respondí.

—Camarada, eso es una irresponsabilidad —dijo, recurriendo a la conciencia socialista que supuestamente compartíamos.

—Mira, muchacho —le dije—, la semana pasada se metió en mi cama con un cuchillo y se pasó tres horas murmurando cosas. Tenía miedo de levantarme y tampoco podía dormir, así que me pasé allí todo el rato, despierto, hasta que, por fin, se escoñó. Quizá, conmigo fuera, no sea tan loca. A lo mejor puedes cuidar de ella.

—¿Yo? —gritó, imaginando de pronto lo que sería realmente la Internacional.

Pero unas semanas después de mudarme al agujero de otro amigo, recibí mi castigo. Aquella tarde tenía el sitio para mí solo y había invitado a Alice, una muchacha rara a quien le gustaba que la azotaran con camisas del ejército que tuvieran botones de metal. Habíamos llegado al momento en que las miradas sustituyen a las palabras, cuando sonó el teléfono. Por lo general, en esos momentos, ignoro las intrusiones electrónicas, pero esta vez se me antojó cogerlo. Era Beverly. Tenía otro ataque de locura y alguien le había dado mi número.

—Estoy en casa de George —dijo—, y voy para allá.

—Pero si no sabes dónde vivo —dije con una falsa esperanza.

Rió disimuladamente y sólo dejó escapar una risotada mezquina. Y luego colgó.

Me volví a Alice, quien se había quitado el vestido, las

bragas y el sostén y me esperaba tendida en la cama. Hice unos rápidos cálculos. Cinco minutos desde casa de George hasta el metro, tres minutos esperando, quince minutos de trayecto y seis minutos caminando hasta aquí, hacen veintinueve minutos. Miré el cuerpo de Alice y recordé en dónde nos habíamos quedado. Podría dedicarle veinte minutos.

Estaba en plan suizo. Tenía que coger todo el acto sexual y miniaturizarlo, sin prescindir de nada, sin trastocarlo, haciéndolo perfecto pero en escala reducida. No sé qué impulso barroco me exigía que me encogiera en un minipolvo antes de que Armagedón descendiera disfrazado de loca negra. Lo más seductor de todo era que no había que mirar el reloj; todo tenía que suceder empleando mi sentido interno del tiempo.

Siete minutos, primeras caricias vaginales; ocho minutos y medio, lamer el clítoris con la lengua; doce minutos, penetración; quince minutos, efectuar seis variaciones desde atrás; diecisiete minutos y medio, ella de espaldas, rodillas sobre los codos, manos en las tetas, boca sobre boca, bajo ángulo de entrada y la más profunda penetración hasta el punto superior; ahora, dos minutos y medio de mete-y-saca, más amplio, más amplio, más profundo, más sensible, ella responde, gimotea, chilla, los estremecimientos vegetativos recorren mi espina dorsal; diecinueve minutos y medio, abro todos los grifos, pump pump folla folla huy ya ya bang bang jussshhh, a correrse. Chuf chuf.

Vamos, vístete. Está desconcertada. Ya se lo explicaré en el taxi. Torbellino de aquí para allá. Confusión. No hay tiempo para eso, pon la ropa interior en el bolso. No hay tiempo para que te maquilles. Vamos. Veintiséis minutos. Ya estamos en la puerta, en el ascensor, bajamos en silencio expectante. Se abren las puertas metálicas. Salgo al vestíbulo.

¡Y allí estaba!

Con su metro sesenta de estatura, su cabello ensortijado recogido en un moño en lo alto de la cabeza, con chaqueta de pana marrón, un mono de peto y descalza. Las mangas de la chaqueta estaban manchadas de sangre desde los codos hasta las bocamangas y goteaba sobre el mármol de imitación del

suelo del vestíbulo. Se balanceaba; sus ojos contaban una historia que yo no quería leer. Se salió de su ensueño, me miró y un extraño resplandor apareció en su mirada. ¡Me había reconocido! Sonrió.

«Dios», pensé, «que no sonría. Por favor, que no sonría».

Se acercó.

—Hola —dijo. Me rozó al pasar, sacó de su chaqueta un cuchillo de carnicero de cuarenta centímetros de hoja y se dirigió a Alice—. Primero voy a matar a esa puta.

Le agarré el brazo y se puso el cuchillo en la otra mano. Mi mano fue a su muñeca; intentó clavarme el cuchillo. Era sorprendentemente fuerte. Luchamos por el cuchillo hasta el final del vestíbulo, bajamos las escaleras y salimos a la calle. No pasaba nadie. Seguimos un tercio del camino hasta la Calle 82 Este, retorciéndonos, empujando, jurando. Por fin la derribé y, cuando cayó, aterricé a su lado, empujando el cuchillo hacia atrás, tratando de hacerle daño en las muñecas para que lo soltara. Y entonces tuve una visión. Un coche de la policía doblando la esquina. Los faros delanteros iluminan la escena. Hombre blanco inclinado sobre una muchacha negra que forcejea blandiendo un enorme cuchillo. Silban las balas. Telón.

—Eh —susurré al oído de Beverly—, si vienen los polis nos iremos a la mierda.

Sus ojos se dilataron. Recuperó toda su sabiduría callejera.

—¿Polis?

—Dame el cuchillo —dije.

Me lo dio, lo tiré por una alcantarilla y la ayudé a caminar hasta el edificio. De pronto, era una muchachita herida e indefensa. Empezó a llorar.

—Alice, ayúdame —dije.

La bella muchacha bajó a la calle, abrazó a Beverly por los hombros y la sostuvo mientras yo iba a la esquina en busca de un taxi. El conductor era un abuelo judío que probablemente había pasado por los campos de concentración. Cuando paramos para recoger a las dos chicas, parpadeó. Cuando se volvió para preguntar adonde íbamos, vio a Beverly y se atragantó. Bajamos en silencio por la East

Side Drive camino de Brooklyn Heights.

—¿No deberíamos parar en un hospital? —preguntó el abuelo, sin apenas volver la cabeza.

—No hace falta, está bien —dije yo.

El conductor volvió a tragar saliva. La tensión aumentaba. Luchaba entre mantenerse en calma y no enfrentarse con los locos que iban detrás y una curiosidad irresistible. Finalmente, no pudo más.

—¿Qué ha ocurrido?

Mi mente se quedó en blanco. ¿Qué historia iba a inventarme para explicar esto? Y de alguna parte surgió la voz de Beverly, serena y agradable.

—Estábamos en una fiesta de cumpleaños —dijo— y, en el momento de cortar el pastel, se me resbaló el cuchillo.

Beverly se retrepó en el asiento contenta de sí misma. Los demás seguimos todo el trayecto como si lleváramos relojes de cuco en el cerebro.

Una vez en Brooklyn, Beverly volvió a cambiar. Saltó del taxi y echó a correr hacia uno de los coches que van en busca de putas arriba y abajo de Atlantic Avenue. Se metió dentro y pude ver la silueta del hombre mientras hablaban en el asiento delantero. Imaginé lo que sucedía en la cabeza de él, la lucha entre el miedo de liarse con una loca y la excitación de la noche que podría pasar con ella. A los pocos segundos, el coche se puso en marcha y desapareció.

—En fin, no sé qué hacer —le había dicho a Lucinda cuando ésta se disponía a subir al transbordador—. ¿Hay alguien que pueda ayudar? ¿Tengo que ir a un terapeuta? ¿Qué puedo decirle? Mire, hay un feto que crece en el vientre de una mujer y soy yo quien se lo ha puesto; es decir, es un niño que he ayudado a concebir. Y no quiero verme envuelto en el problema de verlo nacer y criarlo. ¿Tengo derecho a matarlo? ¿Qué dirá? ¿Sí? ¿No? ¿Me parece que…? ¿Y luego vendrá con una lista de razones para decir por qué la decisión que me aconseja es la correcta?

Subió al barco y lo vi alejarse con un resoplido. Pensé, el niño está ahora mismo en su vientre, nadando en el líquido amniótico. En el todavía apagado brillo de su conciencia, su

vida es una serie de movimientos y sonidos vagos, un crecimiento lento y continuado, un balanceo acogedor y cálido. Está planificado para que en poco más de cinco meses salga gritando desde su nido para entrar en este mundo brutal y viciado, el hogar planetario del pecado humano. Y verá en dos personas su guía y sostén mientras madura y aprende a hacerse su propio camino por los confines del escenario. Y cada una de esas personas en quienes confía estará tan inutilizada por el proceso de la civilización, que difícilmente será capaz de darle un valor consistente, un modelo de conducta ennoblecedora.

Tu madre, muchacho, es una perdedora, y tu padre, un pervertido. Tu especie es suicida, el primer aire que respires estará polucionado e impura la primera agua que bebas. Nacerás bajo el dosel de los incansables bombarderos nucleares que se ciernen en el cielo, a la sombra de los grandes misiles fálicos. Tu fecha de nacimiento coincidirá con el inicio de la devastación de Alaska y la destrucción de la Amazonia. Crecerás en una época de inanición masiva. Y antes de que alcances la madurez, puede que presencies el espectáculo final, la desaparición de la vida en la Tierra. Albricias, porque en el año en que naciste depositamos toneladas de gas venenoso en el fondo del mar. Albricias, porque en la década en que naciste, el genocidio era un dato procesado en los ordenadores.

Con este legado puedes hundirte en las grandes simas, quizás escribas la *Comedia* de nuestro tiempo, niño Acuario, que tienes todos los hados en contra antes de ver la luz del día.

10

Lo que necesito no puede dármelo mujer alguna. Lo que quiero, ningún hombre puede entenderlo. Y parece tan simple, sin embargo. Consiste en ese lugar sin palabras, ese lugar silencioso, ese lugar donde todo es pequeño, frágil y claro. Recuerdo momentos de niño, cuando ocurrían milagros callados y yo me emocionaba y no decía nada, porque hablar de ellos era revocarlos, hacerlos ruidosos y discordantes, como los pies de la gente que pisa las orugas y ni siquiera lo advierte… Quizá lo que yo buscaba era volver a esa unidad cristalina del niño, a la alegría oculta del loco.

¿O es meramente que la especie ha dejado atrás un punto de equilibrio ecológico y, ya moribunda, una de sus manifestaciones es mi incapacidad de decirle sí al niño de mis entrañas? Según los naturalistas, los mamíferos están en declive desde hace cinco millones de años. No me extraña que esté deprimido. Quizás el instinto de procrear se atrofie entre quienes somos sensibles a las vibraciones del desastre. Para mí, el «nosotros» es siempre un *ad hoc*. No poseo el sentido de lealtad biológica para mi especie asesina. La pregunta que ahora se plantea es: ¿quién está dispuesto a jugar, con qué rapidez y a qué altura, por lo que apuesta?

La degeneración es la única libertad que el fascismo permite.

Es como si la masturbación fuera la forma más alta de gratificación sexual. Pero en estos tiempos sofisticados, por lo general uno utiliza a humanos de tres dimensiones para expresar en la realidad los diversos aspectos de la fantasía personal. Es una mezcla de todo. Para la mayoría, la no interferencia es lo máximo que puedo esperar y estoy agradecido si los demás hacen sus papeles correctamente; y raro es que aparezca alguien capaz de improvisar y de

enseñarme algo del funcionamiento de mi propia película. Supongo que eso podría considerarse decadente.

Pero cuando mi polla es el botón y el coño de ella es el dedo que lo aprieta, trazo una línea tan tenue entre lo grotesco y lo sublime que me quedo sin aliento y me olvido de correrme. Porque, al fin y al cabo, correrse es engendrar, y si uno no engendra o no puede engendrar, no tiene sentido correrse. Sin el resultado de un hijo, el sexo es un ejercicio, una charada, un yoga, un drama, un modelo de toda la panoplia de las relaciones humanas. Es sólo arte.

En la expresión hay un alivio pasajero derivado del conocimiento, pero se paga al alto precio de imponer ese conocimiento a los demás. Cuando follamos, siempre somos dueño y esclavo, gurú y viajero, maestro y discípulo. Y si vamos camino de nuestra destrucción y el simple pensamiento de traer hijos al mundo nos pone enfermos, más vale entonces que olvidemos toda la mierda de Bogart en *Casablanca* con su tú-y-yo-juntos-para-siempre. Tú me atraes porque eres tú, pero ella me atrae porque es ella. Que tú seas único no es nada especial. Y lo mismo vale decir con respecto a mí.

O sea, que pongámonos de acuerdo si es que vamos a hacerlo y dejemos de hacemos pajas en los pantalones y en el tocador y todos los polvos domésticos malolientes que tanta risa boba despiertan en el mundo patriarcal.

Escucha, querida, tú y yo sabemos, o debiéramos saber, que la jodienda abarca mucho más espacio que el acto de joder. El hombre es una herramienta, su polla es un azadón para las malas hierbas y para plantar. Y, en ocasiones, su conversación puede ser divertida. Pero cuando no actúa en su propio papel de semental, déjalo que se vaya a cazar mariposas o que cuente historias del búfalo que dice que mató; y, mientras, querido niño, tú y yo, condenado seas, nos arrastramos cada vez más dentro de nuestro terciopelo violeta y nos murmuramos nuestros mutuos acuerdos, unos sonidos que sólo pueden hacerse una vez, unos toques que son simbólicos por sí mismos.

Continué sofocado por la soledad. Regresé a la casa,

donde los seres humanos parecían empezar su día. Hablaban, sonreían, cumplían con los rituales de la comida. Intenté penetrar en las sutilezas de sus comportamientos, curiosear en los centros radiantes de sus mentes astrales. Pero mi vista tropezó con paredes de plomo. Todo lo que podía percibir era la superficie. En otra época me habría sentido a gusto con esa superficialidad, absorbiéndola como una deseada alternancia a mis propias oscilaciones góticas entre mi interior y lo externo. Pero aquel día yo estaba amargado y resentido.

Francis y Bertha estaban enfadados. No había causa, ningún motivo definible de riña, simplemente una charla tensa que intentaba deshacer los nudos vibratorios acumulados durante la noche. Del mismo modo que los monos de bosque se despiojan entre sí, se entregaron a un mutuo cepillado astral; pero no siendo suficientemente entendidos para peinar auras, esquivaban las palabras, como si pudieran ayudarse mediante la fricción.

El desacuerdo básico era típico: él la quiere cuando la quiere, y preferiría que ella se fuera a la mierda el resto del tiempo, pero está deseoso de hacer el papel del novio para aplacar el mal humor de ella. Ella quiere el *tiempo* de él, la clase de tiempo que él emplea cuando pinta o habla sesudamente y, al parecer, él sólo quiere dárselo cuando quiere follar. El resto del día está extrañamente preocupado. Potencialmente, ambos han hecho un buen trato: ella aporta su chocho, el alimento, la continuidad y la teta de la mami cuando él la necesita; él aporta sus terminales nerviosas mediante la polla, la boca o la mente. Pero no ven el menor indicio de que aquello les convenga. Ella está emperrada en creer en el mito de la relación y él conspira para mantener la mentira; se trata tanto de su seguridad como de la de ella.

Lo más difícil era sondear en la estructura de su convivencia y demostrar su debilidad sin dañar el optimismo de ambos. Pero mi objetividad terminaba cuando empezaba mi erección.

—¿Qué preferirías, morir en los brazos de la mujer que amas o en la expansión de tus pensamientos más queridos? —pregunté a Francis.

Dirigió su mirada a Bertha.

—Puedes alegar la Quinta psíquica[3] —añadí.

Hizo una mueca ante mi tono sarcástico. Con la mujer presente tenía que pelear con un brazo atado a la espalda. Pero el hecho indudable es que yo quería atacar.

Bertha se sentó al otro lado de la mesa redonda y se puso a dibujar con un rotulador tenebrosos modelos multicolores. Sus labios se extendieron en una amplia sonrisa.

—No tendré eso en cuenta —dijo—. Ve a lo que importa.

—Bien, entonces, ¿qué es lo que importa? —repliqué—. Tú eres una experta en paradigmas. Te ofrezco un modelo superior o, por lo menos, te demuestro la obsolescencia del que sigues, sobre eso podemos sentarnos a hablar durante horas, pero cuando llega la hora de ir a dormir te llevas arriba a tu maromo y yo me acuesto solo.

—¿Dónde está Lucinda? —preguntó Bertha sin levantar la mirada.

—Espero que alguien se la esté jodiendo en la ciudad —dije—. Estaba empezando a actuar como si yo fuera el único hombre en el mundo. Y tú sabes en qué latazo puede convertirse eso, ¿verdad, querida?

Francis encendió un purito.

—A mí no me fastidia la monogamia —dijo.

Me contuve para no decirle: «mientras tengas mujeres a tu lado, las que no mencionas aquí». Leyó mis pensamientos.

—He hecho esa escena, he tenido hasta tres mujeres al mismo tiempo.

Bertha lo miró con severidad.

—¿Dónde ha sido eso? ¿Quiénes eran? —preguntó atropelladamente.

—No se lo digas —le aconsejé yo—. Lo usará en tu contra.

—Respóndeme —insistió Bertha.

Francis dudó, sin saber qué hacer.

—Fue en Antioch y duró unos ocho días. Era todo lo que podía hacer para que las tres estuvieran equilibradas.

—¿Alguna de ellas en especial? —preguntó Bertha.

Francis parecía un gato con un petardo en el culo.

—Sí… bueno, estaba Amy y, luego, dos amigas suyas. Ya

te he hablado de Amy.

—Pero no me has contado *esto*.

—Bien —ronroneé yo, satisfecho—, fíjate cómo reaccionas.

Bertha me dedicó su odio durante unos segundos, pero enseguida volvió a Francis.

—Amy está ahora en México, ¿no es cierto?

—No sé de ella desde hace meses —contestó—. Creo que anda liada con un tipo de allí.

Bertha se relajó y volvió a sus dibujos.

—¿Tres al mismo tiempo?, —dije—. ¿Qué tal es? Yo he estado con tres, pero sólo cuando había otros hombres. Nunca he tenido más de dos para mí solo.

—Bueno, ya te lo contaré en otro momento.

—¿Por qué no os bajáis los dos al vestuario o a cualquier otro sitio? —nos espetó Bertha.

Me giré hacia ella.

—Mira, mi amigo y yo mantenemos una conversación que dura ya ocho o nueve años y tú llevas unos pocos meses en escena. ¿De dónde mierda te sacas el derecho a entrometerte en lo que él y yo hagamos juntos? Este tipo de conversación sólo se empuerca cuando le inyectas tus estúpidos celos. Si quieres, puedes llevártelo arriba y comértelo entero con tu coñito glotón durante el tiempo que quieras. No voy a perder el tiempo pretendiendo ser tu rival. Sólo me desnudo delante de los amigos.

Francis se puso a mirar por la ventana.

—Muy bien —le dije—. Hasta la vista, o tal vez no.

Bertha se asustó.

—Espera —dijo—. No es que no quiera que seáis amigos. Es que no puedo rivalizar con la energía que generáis los dos. Me limito a cocinar y a sentarme en un rincón. Es que no puedo ni hablar. Sois demasiado fuertes para mí. Me siento marginada.

—Oh, nena, no me hagas llorar. ¿Qué es lo que quieres? No dejas que yo entre en ese pequeño círculo viscoso que has trazado alrededor de vosotros; descalificas toda posible comunicación que pueda haber entre nosotros; no quieres

follar conmigo; no quieres que Francis me acompañe a buscar otras mujeres; has impuesto un estilo de vida completamente inhibitorio. Y ahora te quejas de que seduzco a tu hombre para separarlo de ti.

Bertha empezó a temblar. La había desnudado. Pero yo no tenía nada que ver con ella. Sabía que estaba sufriendo y mi deseo era confirmar su experiencia verbalmente, pero no hacer lo imposible para ayudarla a salir de su mal trance.

Abarqué a los dos con la mirada, tratando de cubrir la desnudez de ella.

—Ninguno de los dos quiere ponerse de acuerdo sobre la pasión que se da entre los hombres. Y tú, Bertha, no aceptas que las mujeres te amen físicamente. Os prohibís el uno al otro intimar con el resto de la raza humana. Dios mío, eso es contranatura, es una perversión, de tal magnitud, que sólo en una civilización tan totalmente depravada como la nuestra puede no sólo pasar inadvertida sino ser considerada normal.

Francis inclinó la cabeza.

—Perversión polimorfa —dijo con tristeza—. También he leído a Brown.

—Leer no significa nada —grité—. Tienes que vivir las ideas para que signifiquen algo. Lo importante de estar al tanto de todos los estilos de vida es poder elegir el que a uno le va, cambiar los modos con la misma facilidad con que los matemáticos cambian de modelo.

»Pero tú —añadí volviéndome a Bertha— no lo permites. Tú lo tienes encadenado a las variaciones gazmoñas de tu mezquino tema. Sé adonde lleva eso. Me han follado cincuenta veces más que a ti y más de quinientos hombres diferentes. Me he follado a miles de mujeres. Sé lo que te gusta y cómo te gusta. No hay secreto en tu coño o en todo tu cuerpo que yo no conozca. No hay emoción ni la conozco. No puedes emitir un sonido, una expresión o hacer un movimiento de los que yo no sea un experto.

—Eso es tremendamente frío —dijo mirándome con dureza—. Has dejado el amor completamente fuera.

—Con un propósito —troné—. ¿Te atreves a emplear esa palabra para describir lo que pasa entre tú y Francis? Si

hubiera amor en ti, caería silenciosamente a tus pies. Pero eres tan despiadada y astuta como yo. La única diferencia entre nosotros, nena, es que tú arriesgas poco y no quieres ir más allá de tus orgasmos sosos y rutinarios.

»Ella tiene razón en una cosa —continué dirigiéndome a Francis—. Has de elegir entre los dos. No voy a dejar de ser tu amigo y te seguiré viendo mucho después de que ella se haya convertido en la número catorce de tus ex. Pero, en este momento, lo que ella quiere sobre todo es engancharse dentro de ti. Si estoy contigo, continuaré siendo tan sincero como pueda en cuanto a mi vida y a la manera de describir mi estilo de vida, con toda su miseria y su grandeza. ¡Y que se opone absolutamente a lo que ella quiere! Aunque sólo te persuada mentalmente, eso será suficiente para que ella dude y tenga miedo. Y tiene razón cuando te pide que no la trates de una forma que hace que viva atemorizada. Así que daré un paso atrás y respetaré los límites formales que deben existir entre nosotros.

—No hagas de mí la villana —dijo Bertha llorosa.

—Escucha, si no quieres jugar conmigo y uno más uno más uno son tres, entonces el frío está en la hoja de la lechuga. Y es una lástima, porque será un resentimiento que se enconará dentro de él, tanto si lo sabe como si no, y que reventará justamente en el momento crucial de decidir, en alguna fecha futura, si seguís manteniendo o no vuestra relación. Y quizás entonces desees no haberme visto nunca.

—Protesto —dijo Bertha inclinándose hacia delante en su silla— por vuestro chovinismo masculino y por vuestra insensibilidad con las mujeres.

Estuve a punto de pegarle.

—¿Quién ha estado rompiéndose las pelotas durante los cuatro últimos días para garantizar que vuestras tres voces pudieran oírse en esta escena? ¿Quién ha intentado una y otra vez cargarse los comportamientos falsamente condicionados y presentarte ante todos como persona por derecho propio? ¿No has sido tú la que te has retirado detrás de su imagen como «su mujer»?

Inclinó la cabeza.

—Mis sentimientos por ti son los mismos que tengo por todas las demás mujeres: un no-reconocimiento benevolente. Necesito coño, necesito pezón, necesito alimento. Eso es la mujer. Lo demás es blablablá. No sé lo suficiente de las mujeres para formarme un criterio. En lo que a mí respecta, los hombres y las mujeres son de especies diferentes. No os pongo arriba ni abajo. Toda mi vida no es sino un intento de entender. ¿Entiendes?

—Este tío es Valerie Solanas como travestido —dijo Francis mientras encendía otro purito.

—Es como si los hombres y las mujeres estuvieran en diferentes lados de una pared —proseguí, tratando de que Bertha prestara atención a mis palabras—. Y siempre que necesito una de las cosas que la mujer puede dar, voy a la pared y negocio. Supongo que ellas hacen lo mismo desde el otro lado. Cualquier otra cosa que hagáis en el otro lado de la pared es un misterio para mí. Algunas veces me pongo ojos de mujer, hago una incursión en vuestro mundo y envidio su riqueza. Hay momentos en que preferiría pasar allí más tiempo. Supone un gran alivio después del teatro acartonado que los hombres se permiten.

»Atiende: o follamos o estamos solos. Cuando necesito estar solo, me voy por mi cuenta. Cuando necesito gente, entonces quiero follar. ¿Entiendes? Eso incluye tocar, hablar y compartir vibraciones. Pero de manera seria y profunda. Es curioso que vosotras, mujeres, no os toméis el sexo en serio aunque pretendáis que es tremendamente significativo, mientras que los hombres, por su lado, lo tratan con tanta ligereza cuando para ellos es tan imprescindible.

—Tú no crees que yo sea una persona —dijo Bertha—. Para ti, yo sólo soy un coño.

—Por los clavos de Cristo, tu coño es lo que hace de ti una mujer. ¿Ni siquiera sabías eso? ¡Coño! ¡Coño! ¡Coño! —grité, acompañando cada palabra con un puñetazo en la mesa.

—No todos los hombres piensan así —dijo ella, y sonrió bobamente a Francis.

—Francis —dije—, ¿has estado diciéndole a esta muchachita cuánto admiras su *inteligencia*?

Francis carraspeó incómodo.

—¿Es que crees que no tengo inteligencia?

—Claro que la tienes, y estoy seguro de que bastante elevada, y eres una buena artista, una buena cocinera, tienes buen gusto para vestirte y, probablemente, tus maravillosos atributos son inaguantables. Pero todo eso no tiene nada que ver con la realidad esencial de la condición que existe entre los hombres y las mujeres. Es la polla y es el coño. ¿Lo has pillado? No sé cómo decirlo de forma más sencilla. —Hice una pausa, falto de energía, preguntándome si todo el esfuerzo había sido inútil—. Mira, hay una manera fácil de comprobar lo que te he dicho. ¿Lo has hecho alguna vez con una mujer?

—No —dijo con brusquedad.

—Bueno, pues la próxima vez que estés con una de tus amigas, cuando estéis hablando de vuestras cosas más íntimas, dale un beso en la boca y acaíciale los pezones, y luego abajo, en el coño.

—No quiero hacerlo. No soy lesbiana.

Hubo un largo silencio. Bertha nos miró pensativamente, primero a Francis, luego a mí.

—Vosotros, ¿os habéis acostado juntos?

Bajé la mirada al suelo.

—Entonces —dijo ella—, todo lo que me estás diciendo es pura mierda.

Me había abandonado el coraje y, de repente, ya no quise pelear más. Me pareció importante acabar la guerra.

—No hay villanos —dije—. Sólo hay acción. Ataco porque me siento desgraciado, eso es todo. No sé resolverlo mejor que vosotros. Pero, por favor, deja de fingir que el problema no existe.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Bertha.

Vi a los dos como una unidad y me asaltó el recuerdo de toda la relación con mis padres.

—Ni siquiera he traspasado todavía los límites de la niñez —dije—. Todo lo que tengo es mi conciencia.

Un sentimiento placentero cruzó el espacio y nos vi a los tres, desnudos y risueños, revoleándonos en la hierba crecida,

abrazándonos y acariciándonos con trémula sexualidad. Un reactor silbó sobre nuestras cabezas, rasgando el tejido de lo posible. No había forma de soslayar lo real y lo real rezumaba fracaso.

Francis me miró. Una sombra dolorosa veló sus ojos. Luego chasqueó los dedos y recuperó una vez más su ánimo vigoroso.

—Lo mejor —propuso— es que nos olvidemos de todo esto.

Miré a Bertha. Por primera vez, vi su desvalimiento, su miedo. Y no tenía ningún apoyo, ningún socorro del hombre de su vida. Estaba aprendiendo lo que significaba ser mujer, aun cuando todavía le quedaba mucho de la jovencita que había sido. Qué delicia, follarse a una jai como ella. Tuve una rápida visión de la escena sexual de ellos. Calculé que ella seguiría siendo físicamente excitante otros seis meses. Francis vio cómo la valoraba. Sonrió.

—Es realmente una delicia —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bertha.

—Algunas veces —dije levantándome— significa una mujer.

Me fui al dormitorio, me fumé un porro y dejé reposar mi cabeza. Oí que se iban en bicicleta, volvieron, subieron las escaleras, la ducha, pisadas en el dormitorio. A los diez minutos oí moverse la cama, luego los gemidos, el apasionamiento de él, el éxtasis de ella. Bostecé. Desde fuera era muy aburrido. Pero les envié mi bendición abstracta, por empatía con la situación de ellos. Por último, él se corrió. No creo que ella se corriera; si lo hizo, fue un orgasmo silencioso.

Me puse cara a la pared. En ella estaban los versos que había garabateado, mientras estaba muy colocado, unas noches antes:

Tirador oculto que observas hermético
En el cosmos de tu noche,
¿Qué papa pudo soportar ese corazón sin límites?
¿Qué poder se atreve a ponerlo en marcha?

Me puse de espaldas y dejé que mi soledad me poseyera como un amante. Y me dormí.

11

No creí que la violación fuera a sorprenderme, pero lo hizo. Al día siguiente de la Fiesta del Trabajo, Fire Island se vació con la rapidez de una cisterna al tirar de la cadena. Las secretarias que arrastran ligeramente los pies y los ejecutivos drogadictos dan por concluida su fiesta estival de la jodienda y vuelven a sus casas casi embelesados con sus recuerdos, que les sirven para mantenerse vivos durante otro brutal invierno neoyorquino, en espera de que llegue otra vez la primavera y las chicas se pongan cualquier cosa ligera decretada para ese año por los magnates de la moda, y hagan revivir, una vez más, la entrepierna del americano medio.

Lucinda no había vuelto todavía de la ciudad. Nos llamábamos por teléfono varias veces al día, porque la distancia geográfica permitió que recobráramos nuestra ternura. Antes de acostarme, volví a llamarla, pero no hubo respuesta. Probablemente se había ido al cine. Francis y Bertha debían de estar ya arriba, saboreando el sueño que sigue al primer polvo. Decidí dar una vuelta en bicicleta.

Deslizándome por los oscuros senderos de la isla, con una toalla sobre los hombros, proyectaba sombras como las de un vampiro en vuelo rasante. Sólo de vez en cuando las luces de las casas iluminaban el camino. Podía imaginar alucinaciones internas de mil periodos históricos. Sorprendido por la atemporalidad del espacio, otra vez me di cuenta de que el momento presente, el ahora, no tenía contexto alguno en el cual pudiera entenderse. Pero contaba con toda una serie de disposiciones de ánimo para percibirlo. Era como si la eternidad llegara en oleadas aromáticas, como las de un helado de vainilla. Cuando llegué a la altura de la casa de Carol, vibré en un estado de flujo fenómenológico y sentí el vértigo de la potencialidad del momento.

No me había propuesto conscientemente el ir a verla. Vivía con su hijo de tres años, un chico ágil e indolente; era pintora, muy efusiva, pero de talento mediocre. Su madre, una *soi-disant* mecenas de las artes, no poseía, tristemente, ni un estilo ni un ingenio que estuviera a la altura de su riqueza. Visitar aquella escena era siempre una mezcla de todo, pero estaba hambriento de un contacto humano donde hallara un rostro conocido. Pero cuando subí por el empinado sendero y llegué al porche delantero, no vi luces. Rodeé la casa hasta la parte trasera, asomada al mar, y me senté en la amplia explanada para contemplar las misteriosas señales luminosas que enviaban los barcos a través de las oscuras aguas.

La noche estaba preñada de presagios, el cielo era de un portentoso gris pizarra, sin luna ni estrellas. El único sonido venía de las pequeñas olas que lamían el dique que protegía la propiedad. Sentí un extraño estremecimiento en la ingle. Era algo secreto y escondido de la noche, la oscura sensación placentera de estar fuera de la Tierra.

Oí un ruidito y sentí un hormigueo en mi piel. Busqué de dónde provenía y vi una raya de luz bajo la puerta de la casita que había detrás del edificio principal. Era el lugar donde dormía Carol con su hijo. Normalmente, dada la hora, habría sido una grave falta por mi parte entrar allí, pero la osadía se apoderó de mí. No sentí ningún reparo.

Dentro, echada en un colchón sobre el suelo, estaba Carol. Llevaba puesta una bata de franela y tenía los ojos fijos en la pantalla del televisor. Empecé a temblar. No me vino ninguna idea a la cabeza, sólo una especie de premonición agresiva. Permanecí allí un minuto entero, viendo los movimientos casi imperceptibles de su cuerpo debajo de la bata, acompasando mi respiración y mi tensión con las de ella. Entonces, de pronto, se volvió y me vio.

Experimentó tres cambios en apenas un segundo. Primero, se asustó, asombrada; luego, me reconoció y se relajó; finalmente, adivinando mi propósito, volvió a asustarse.

Me acerqué y permanecí de pie sobre ella.

—Hola, Carol —dije.

Se echó de espaldas y se quedó mirándome. El espacio

entre nosotros se congeló y ambos quedamos aprisionados por el contorno cerrado de nuestra mirada. Contemplé su cuerpo con toda intención, sin que ella apartara su mirada de mis ojos. Sus pezones sobresalían bajo el suave tejido y la bata apretada entre los muslos dibujaba su monte de Venus. No tuve que evocar ninguna imagen para excitarme. La mera presencia de aquella máquina suave estremeció mi polla. Bajó la mirada y vio el inicio de mi erección.

—Por favor —dijo—. Márchate.

Su tono era el de una digna ama de casa dirigiéndose a un impúdico repartidor de leche. No podía saber que yo era el Conejo Blanco con un nuevo sabor sádico. Me puse sobre el colchón.

—Podemos hacerlo de una de las dos maneras —dije—. Puedes cooperar y pasaremos un rato interesante. O puedes resistirte, en cuyo caso es posible que te mate. —Hice una pausa y señalé con la cabeza el lugar donde dormía su hijo—. Y a él.

Mis palabras me asombraron. Todo ocurría demasiado deprisa, incluso para pensar. El funcionamiento de algún modelo arcano de acontecimientos me había llevado al borde de la violación y del asesinato, sin perder por ello la serenidad. Sí, pensé, por supuesto que estoy sereno. Sólo un idiota no sabría lo que hace y sentiría pánico.

—Tienes un extraño sentido del humor —dijo, procurando que su tono fuera despreocupado, quizá pensando que así me desarmaba. Curiosamente, como adoptó mi mismo talante, mi conducta resultó más real. Tendría que haber empleado un modo de rechazarme que hubiera puesto de manifiesto la falsedad de mi papel. Pero, incomprensiblemente, añadió leña al fuego.

Me quité lentamente la camisa, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Quítate eso —ordené.

La escena tenía lugar en la brusquedad surrealista de un paisaje de Van Gogh. Todos los objetos de la habitación destacaban por la claridad de la forma y el color, pero rodeados de un aura trémula. Nuestras palabras y actos

siguieron un ritmo de cámara lenta.

¿Qué pasará si se niega? ¿Qué pasará si empieza a gritar? ¿Qué pasará si la mato realmente? Me estremecí; ella lo tomó por una sacudida de pasión y, por un instante, vi el fuego en sus ojos. Pero aquello nunca podría usarlo como prueba ante un tribunal. A los ojos de la sociedad, aquello era una violación. Se alzó el fantasma de la cárcel.

Me abrí los pantalones y los dejé caer. Mi polla estaba semidura, y cuando Carol la vio, se quedó con la boca abierta. La miró como hipnotizada.

—No —dijo.

Luego se repuso y repitió su negativa, pero esta vez con naturalidad, sin alterarse.

Yo sabía que había un puente. Tenía que cruzarlo y no ponerme nervioso por las circunstancias del guión. Se trataba de la escena de una violación y, sin que importara que pudiera resultar sensiblera, mi único deber era interpretarla. Era demasiado tarde para que me preguntara cómo había llegado a aquella situación, o cuál era el drama interno de ella. Empezó a levantarse.

—Esto es ridículo —dijo.

Ahora había algo que yo tenía que hacer. Mostrarme violento. Percibí en el aire ondas de brutalidad inconcebible. Respiré roncamente. Apreté los puños y mis ojos se desorbitaron. Lo más extraordinario del momento era el modo en que la acción oscilaba entre lo teatral y lo real. Llegado a aquel extremo, se trataba de un simple drama, incluido el asesinato que pudiera cometer, y me vi preso, juzgado, sentenciado y achicharrándome en la silla eléctrica, envuelto por el mismo aire de irrealidad que ahora permeaba la habitación. Toda la vida se volvió bidimensional. Sólo con un gran esfuerzo pude liberarme de aquella visión y volver a la inmediatez de lo que estaba ocurriendo. Era como una balanza suspendida en el vacío, con el peso de la eternidad cayendo sobre un platillo y, en el otro, la sustancia tricéfala de la mente: pensamiento, tiempo y tecnología. Era mi ascendente Libra imponiendo su forma.

—Estás asustándome —dijo Carol.

Sus palabras me devolvieron a la escena del presente. Casi oí la voz del director apremiándome a estar más atento a mis entradas en el diálogo. Me hubiera gustado saber para qué público celestial era esta representación.

Me incliné sobre ella y la abofeteé en una mejilla. Quedó bien. Cayó hacia atrás. Me arrodillé junto a ella y le di un revés en la otra mejilla. Mi excitación iba en aumento. Volví a pegarle. No se movió y un fino reguero de sangre surgió de la comisura de sus labios. Me acerqué más para mirarla a los ojos. No vi en ellos ningún deseo. Permaneció echada, en suspenso, esperando. Me complació su pasividad, pero me heló la impersonalidad de su actitud. La quería a *ella*; no sólo su cuerpo. Y así permanecimos largo rato.

—¿Cuál es tu signo? —le pregunté.

Sofocó su risa. Con cuidado, así la parte superior de la bata y tiré hacia abajo, rompiéndola a lo largo de una costura. Con el esfuerzo la levanté parcialmente del colchón y a medida que la parte inferior de la bata se rompía, fue cayendo su cuerpo desnudo. Me gustó eso, la forma de caer del cuerpo.

Estaba echada, en la clásica pose que precede a la violación; admiré la postura desgarbada de sus brazos y piernas, la caída de sus pechos, el aroma de su coño. Sólo me quedaba follarla. Pero mi excitación en ese momento no era exactamente sexual. Necesitaba que se resistiera o mostrara signos de repugnancia. ¿Cómo podía haber violación sin lucha?

Por primera vez advertí otra presencia. La pantalla de televisión enviaba sus parpadeantes sombras grises sobre su cara y las voces flotaban desde la caja. Me volví a mirar, involuntariamente, como siempre.

«Esto es demencial», pensé. «Uno no se para en medio de una violación para ver la televisión».

Carol continuó sin moverse. Supuse que se había resignado a la experiencia y sólo esperaba a que yo siguiera. Parecía que, al pegarle, había fijado con firmeza su papel.

«¿Cuándo volveré a verla? ¿La veré alguna vez?». Un hombre bajaba por una trampa en el suelo y miraba hacia

arriba, a la cara de una joven que estaba a punto de romper a llorar. «Volveré. Después de la guerra», decía él. Ella parecía estar sufriendo un espasmo peristáltico. Apretaba un rosario entre sus manos. «Tome, llévese esto», le decía al hombre.

—La muchacha es una monja —dijo Carol—. Lo ayuda para que escape de los alemanes.

Sus palabras devolvieron una peligrosa calidad de normalidad superficial a la escena. Apreté los puños.

—La *violación* —silabeé en voz baja—. ¡Sigamos con la violación!

«Rápido», decía la monja, «siga el túnel hasta que encuentre la escalera de hierro. Arriba hay amigos que lo esperan».

—Tú no me deseas —dijo Carol—, deseas mi coño. ¿Por qué pierdes el tiempo conmigo?

Miré el mechón de vello entre sus piernas. Parecía sin importancia. Incluso en centímetros cuadrados o cúbicos representaba un mínimo porcentaje del área o volumen de su cuerpo. Era, literalmente, un agujero. Es decir, un vacío. ¿Todo este tormento para tal nimiedad?

El hombre intentaba besar a la monja, pero ella retrocedía y, de pronto, él se sentía avergonzado. Su concepto de lo que un momento de agonía insoportable debiera parecer en la cara de un piloto americano derribado en Francia durante la guerra, quedó grabado por miles de millones de electrones en la superficie curva de un cristal revestido.

Caí de rodillas y luego me tendí a todo lo largo del colchón. Carol se puso de lado.

—¿No vas a pegarme más?

De pronto, la puerta se abría de golpe y cuatro soldados nazis irrumpían en la habitación. Uno era coronel y los demás, soldados de reemplazo. El coronel cogía a la monja por la muñeca y le retorcía el brazo, pero para entonces ya había cerrado la trampa y la había tapado con una alfombra. «¿Dónde está?», decía con acento alemán. «Si no nos lo dice, la entregaré a mis hombres, que no sólo la torturarán, sino que…». Dejaba la frase sin acabar y contemplaba el cuerpo de la monja con ojos que brillaban como diamantes

dislocados.

La cara de ella mostraba la expresión que seguramente la actriz consideraba que iba mejor al sentimiento de *Un destino peor que la muerte*, y se soltaba y huía de la habitación.

Levanté mi rodilla y golpeé el coño de Carol con la parte superior de la rótula. Se quejó de dolor. Le di un solo puñetazo, alcanzándola en la cara, en el maxilar izquierdo. Iba a aplastarle la nariz, pero ese curioso sentido de la moderación que te avisa cuando algo es «incorrecto» me frenó. Mi polla volvió a ponerse dura.

Sonaban tres subfusiles en la oscuridad. Bruscamente, aparecía el patio delantero de la casa. La muchacha estaba caída de espaldas, con catorce balas de acero mordiéndola en la espalda y las entrañas. Curiosamente, en su cara había la sonrisa beatífica que uno espera encontrar en una monja que acaba de sufrir el martirio para salvar su virginidad, a un piloto de bombardero americano y la incomparabilidad de cinco mitos distintos. La cara del coronel se suavizaba. «Era demasiado pura para este mundo», decía, se volvía con un taconazo y desaparecía. El plano final mostraba la cara de la monja rodeada por un aura de diez centímetros. La pantalla se oscurecía y se oía una música lúgubre.

Me arrodillé entre sus piernas, froté los labios externos de su coño con el pulgar de mi mano izquierda y pasé mi polla a lo largo del interior de su muslo derecho. No sentía ninguna pasión, ninguna excitación, ningún interés. Agarré mi polla con la mano derecha y la llevé a los labios del coño que ya había separado parcialmente. Meneó suavemente su pelvis, arriba y adelante, invitándome a que la penetrara.

—Fóllame bien —me dijo—. Hace mucho tiempo que no me folian bien.

Durante la siguiente media hora la follé con la concentración y *sang froid* de un masajista. Me enorgullecí de mi fría técnica para lograrlo. Sin ninguna dificultad, fui venciendo una tras otra sus capas de resistencia, alojándome finalmente en el coño más profundo de su coño. Tuvo innumerables orgasmos, maravillosas sacudidas que tensaban los músculos de su vientre y la obligaban a emitir un sonido

como un vigoroso estertor de muerte. Cuando terminé con toda la serie de posturas, como un practicante del Tai Chi que cumple con su serie de ejercicios, me limité a descansar. Al cabo de un rato cedió mi erección y volví a sentarme.

—¿No te has corrido? —me preguntó, algo sorprendida, después de recuperarse.

Admiré desapasionadamente el sudor lustroso de su piel, la dureza de sus pezones, el desmayo total del ángulo de sus piernas y el declive de su coño. Se encogió de hombros. Yo cambié de canal.

Raquel Welch estaba diciendo: «La mente es la zona más erógena». David Frost, con un ligero tic junto al ojo derecho, preguntaba: «¿Qué quieres decir con eso?». Y ella lo obsequiaba con la mirada desdeñosa que se merecía.

Carol empezó a chuparme la polla. Vaya violación, pensé. Fumo demasiada hierba. Interfiere en mi concentración.

Se puso en la postura de un bebé mamando, echada de costado y con las rodillas recogidas sobre el pecho, las dos manos alrededor de mi polla, metiéndola en su boca descuidadamente abierta. La presión en la base, la fricción de sus labios y la dulce sensación de su húmeda lengua al rozar el capullo cada vez que tiraba hacia fuera, serenaron mis pensamientos. Fue de lo más suave y amable, lamedora, sedienta de jugo. Me pude correr fácilmente, pero se me ocurrió otra manera.

Me senté sobre su pecho y, con la palma de la mano en su nuca, le levanté la cabeza y me acerqué su boca. Le puse una almohada debajo para liberar mis manos. Y, entonces, la follé por la boca y se la metí hasta atragantarla; luego se la saqué para que balbuceara alrededor de la punta del capullo, gimoteando y lamiendo, para terminar metiéndole otra vez la carne en la boca. Puse mis manos alrededor de su cuello. Se puso tensa, luego se relajó. Empecé a estrangularla, mientras seguía empujándola con mi polla en su boca. Estaba a punto de matarla y ambos lo sabíamos. Nada en el mundo podía detenerme. Es decir, nada que se manifestara dentro y fuera del mundo se oponía a mi intento. No sé por qué no consumé el acto. Pero aflojé la presión y todo quedó en una

estrangulación fingida, en un asesinato simulado. Fue muy excitante y disparé un abundante torbellino de esperma en su lengua; fue tragando hasta vaciarme la polla, y la mantuvo dentro de su boca hasta que quedó completamente fláccida.

La miré entonces. Sus ojos eran mapas de alegría, salvo una breve chispa de desprecio. ¡Me despreciaba porque no la había matado! Le escupí en la cara, la cogí del cabello, echando su cabeza hacia atrás, y vacié toda la vejiga, llenando su boca del cálido y verdoso líquido. Se quedó paralizada y, luego de un temblor horrible, se tragó la orina de un golpe. Quedé admirado. Luego me levanté para vestirme.

—¿Quieres café? —me dijo.

»¿Quieres quedarte a pasar la noche? —me dijo.

»¿Quieres follarme otra vez? —me dijo-. Y añadió: de la manera que quieras.

Me desperté durante la noche y la oí gemir y musitar palabras entre dientes. Me hubiera gustado conocer su vida interior y pensé que quizá fuera tedioso conocerla ahora. Sentí el deseo de despertarla, hablarle, preguntar direcciones de la persona. Pero toda la experiencia de mi vida rebuznó a carcajadas y cerré los ojos y esperé el sueño.

Por la mañana, me vestí antes de que ella despertara.

—¿Te vas? —me dijo cuando salía—. Los demás no vendrán hasta mañana.

—Es mejor que me vaya —dije, y me maldije por la calidad del diálogo, echando la culpa al baño de televisión de la noche anterior.

—La próxima vez quiero que me hagas daño de verdad.

Me hice el propósito de no volver a salir solo por la noche en Fire Island. Era demasiado fácil dejarse violar.

12

El precio del placer es la certeza. Quizá sea esto demasiado impúdico. El placer anticipa la realidad del morir, porque en ambas situaciones se da el mismo proceso de abandono. Los franceses, cómo no, llaman al orgasmo la pequeña muerte, y los tibetanos representan a la deidad tántrica con una ristra de cráneos colgando del escroto. Mi vida está atormentada por la búsqueda condicionada de las postrimerías. Mi mente está jerarquizada por los demonios con sotana que se adueñaron de mí cuando era totalmente vulnerable a las impresiones y me alimentaban de censuras aladas. Ha sido un singular viaje, aunque reductible a la normalidad estadística, que me ha llevado a los brazos de mujeres hechizadas por mi desesperación. Mi más triste desilusión fue saber que no hay reposo final en los brazos de una mujer.

Antes de eso seguí la ruta convencional. Primero vi que curas y políticos protagonizan las más antiguas y fundamentales estafas cuando pretenden representar un poder mayor que el suyo. Pero como casi todos ellos muestran la fealdad en sus bocas y ojos, una mirada es suficiente para desenmascarar su retórica y darse cuenta de lo que son: unos embusteros hueros y depravados.

Más sutilmente, anhelé lo abstracto como objeto de mi búsqueda. En pos de ese ideal, pasé por las etapas del pensamiento puro, la verdad, la belleza o la Realidad Absoluta. Tardé tiempo en aprender que simplemente me arrodillaba ante las racionalizaciones de mis propias proyecciones.

Finalmente, me hundí de lleno en el lodazal de la experiencia. Si experimentaba el hecho de la existencia por mí mismo, si mediante la experiencia conocía el terror, la

alegría, el éxtasis o el tedio, entonces «yo» conocía todo lo que una persona puede conocer. Fui tan ingenuo que olvidé que previamente debía ponerme de acuerdo con el «yo» sujeto de la experiencia. Cuando «yo» conocía algo, tenía que preguntarme: «¿quién es este yo?».

En cuyo momento me cagué en el Papa y en todas sus legiones y me sumí en un estado de vacua vibración, desdeñando todos los productos de mi mente así como todas las lecturas que no tuvieran que ver con el estado interno de la máquina pensante. Prácticamente, descarté por inútiles todos los valores mantenidos por la vejada mayoría de mi especie, cuando redescubrí la inmediata base orgánica sobre la que se sustentaba la falsa moralidad histórica. He dejado que todo este aprendizaje se quemara en un río de LSD y me he metamorfoseado. Ahora soy un mutante. La suave máquina es aún igual que las demás que por ahí andan y bailan al ritmo de moda, pero la persona que llevo dentro se ha convertido en un extraño, esencialmente *distinto* a quienes la trajeron al mundo.

—Papi, ¿por qué es verde la hierba?

Por qué es una pregunta inadmisible, salvo cuando la emplea Heidegger en «¿Por qué es algo y no más bien nada?». Si quieres entender el *cómo* de la hierba y el verde, acude a la ciencia.

El hijo del mutante crece.

Se habían acabado las vacaciones de verano y era tiempo de adaptamos una vez más a la ciudad, rodeados por la decadencia y bajo un cielo envenenado. Lucinda se había ido antes para ocuparse de sus asuntos y ahora íbamos los tres sentados en el tren, Francis y Bertha y yo, en oscura hostilidad. No funcionaba el aire acondicionado de nuestro vagón y no podíamos cambiarnos a otro porque la onda estremecida del masoquismo nos empapaba en demasía.

Fui a buscar agua y me encontré con Patricia, la morena y bien formada azafata aérea que había conocido en la isla. Charlamos un rato. Flirteamos con los ojos. Me fui con ella a su asiento y durante unos minutos compartimos el panorama de cementerios de coches y viejas fábricas cubiertas de hollín

que se alinean a lo largo del trayecto de Long Island.

Contemplamos nuestros cuerpos a través del espacio que separaba nuestros asientos y hubo un momento en que ella deslizó sus manos entre las piernas y balanceó sus muslos de un lado a otro. Le hice varias instantáneas rápidas de Polaroid: la delicadeza de su labio superior ligeramente humedecido en el centro, los oscuros espacios bajo la blusa que mostraban el tamaño de la aureola alrededor de cada pezón, la curva de una nalga sobresaliente al sentarse. Observé sus largos dedos, la flexibilidad de su cintura cuando se giraba y se inclinaba levemente a un lado. Era un bocado exquisito, de viva carnosidad, locuaz, inteligente y conocedora de las principales ciudades del mundo.

Fantaseé que pasaba una tarde con ella, pero en un solo instante abarqué la totalidad de una noche. No había palabras que no estuvieran ensayadas ni un movimiento de pasión espontánea. Ambos éramos elegantes, al día, sofisticados, hastiados de todo. Entendíamos a la perfección las complejidades de la intimidad fingida. Podía estremecerme cuando descubría la textura, el olor y el sonido de ella, pero no sorprenderme. Me quedé casi pasmado por aquellas reflexiones mías. En un instante la había reducido a una vieja película, lo bastante agradable para verla otra vez cuando no tuviera otra cosa que hacer.

¿Y qué otra cosa tenía que hacer? Me pareció de pronto que estaba ante un largo túnel, cada vez más estrecho, con un muro de ladrillos al final. En él contemplé el perfil abstracto de mi propia vida y la encontré vacía. Y lo único que aliviaba ese vacío era el conflicto que pudiera encontrar, que me comprometiera en un proyecto con otra persona, alguna guerra. Me sentí exhausto e incluso la perspectiva de doce horas con un coño nuevo, nunca-saboreado-antes, cálido y chorreando, me dejó indiferente.

«¿Cómo voy a divertirme entonces?», pensé. Y después: «¿en qué clase de epicúreo superficial me he convertido?».

Suspiré y me di cuenta de que estaba mirándome en los ojos de Patricia. Sonrió con descaro, como si hubiera leído mis pensamientos. Encendí un Gitanes. Y nos relajamos un

buen rato, compartiendo nuestra mutua y cansada inseguridad.

—Uno puede siempre refugiarse en el aburrimiento —dije—. Si estuviéramos en un compartimiento cerrado, te arrodillarías delante de mí y yo introduciría mi pene, cálido y lacio, en tu boca, lo lamerías suavemente hasta que lo sintieras firme; luego lo mordisquearías hasta ponerlo duro y, luego, lo chuparías hasta que te rociara la boca con mi semen. Y todo ese tiempo yo estaría fumando, mirando distraído por la ventanilla, contemplando con gesto condescendiente la destrucción de la civilización, el fin de la cultura, el telón de la historia.

Su respiración se aceleró ligeramente y vi brillar sus labios. Miró rápidamente alrededor sin mover los ojos. Advertí el no-movimiento y adiviné que estaba buscando un lugar donde pudiéramos estar los pocos minutos necesarios.

—Sí —dije—, nuestras grises y complicadas vidas sólo se conmueven con los espectáculos más indignos y mezquinos. Si nos encontráramos a solas te metería todo el puño cerrado en tu coño y te castigaría con la muñeca.

Quedó boquiabierta. Su expresión se parecía a un estupor casi hipnótico. Me levanté bruscamente.

—Olvida todo lo que te he dicho.

Francis abandonó momentáneamente el combate de odio que libraba con Bertha. Iban por el noveno asalto de un combate programado a quince.

—Si yo fuera un hedonista superficial e indigno —dije—, ¿con qué criterio lo valorarías?

—El momento propicio, la oportunidad, es lo importante —dijo—. Cuando se da la coincidencia, todo está ahí. Y cuando no se da, no puedes hacer nada. Entonces es mejor sentarse y leer un libro.

—¿De qué estáis hablando? —exclamó Bertha.

13

Nueva York es habitable durante unas pocas semanas del otoño. Las masas de aire caliente son barridas en una sola noche por el viento helado del norte. Y durante ese tiempo aumenta el contenido de iones negativos y casi puede olerse el aire que normalmente no sirve sino de cojín para las nubes letales producidas por automóviles y fábricas. La gente camina entonces con más brío, aunque con menos prisa. Y una sensación parecida a lo que solíamos llamar humanismo invade la ciudad.

Debe de haber un instinto en nuestra especie que nos empuja a la destrucción del más débil. Antes de que se organizara el desguace de la civilización y se garantizara el cuidado de los viejos e incapacitados, al menos el cuidado físico, se mataba o abandonaba a aquellos que no podían participar en la caza. Ahora, con nuestras vidas de ciclos definidos, nos arrastramos estruendosamente por el sendero de la explotación psíquica y la caza ha cambiado de entorno. Los alimentos se traen en barcos, camiones y trenes desde campos y mataderos situados a miles de kilómetros de distancia. Y nosotros, en el Capitolio, no tenemos cosa más crucial que hacer que mantener el equilibrio de los zombis y lisiados que deambulan por esta gran cripta ruidosa.

La emoción humana fundamental es el terror, que algunas veces se mitiga y se presenta como patetismo. Todo, hasta el más mínimo porcentaje de nuestro quehacer diario, es una rutina milenaria destinada a ocultar esa realidad. Nos mantenemos ocupados para que no tengamos tiempo de percibir la verdad de nuestra condición cósmica. Y los líderes de cualquier círculo, los monos dominantes, explotan la ceguera y el miedo de millones de sonámbulos para enviarlos al matadero y a la esclavitud, comprándolos con papel y

promesas de un paraíso.

La noche siguiente a nuestro regreso, recibí una invitación para ir a la fiesta de cumpleaños de Jessica. Jessica era una más del grupo formado para organizar uno de los muchos centros que iban sustituyendo con rapidez las reuniones de evangelistas como religión número uno de América. No obstante, al ser neoyorquinos, habían acumulado suficientes capas de cinismo con respecto a todo el proceso de escenificar el dame-tu-dinero-para-salvar-tu-alma y seguían siendo una compañía interesante. Participaban limpiamente en juegos poco sofisticados y el éxito en la manipulación de la gente se debía en gran medida al deseo de esa misma gente de ser manipulada. Lucinda luchaba con las náuseas del embarazo y prefirió quedarse en casa.

Jessica, que cumplía veinticuatro años aquella noche, era alta, una Virgo de cabellera rubia, que desde muy pronto tropezó con el problema de distinguir la ilusión de la realidad y aún no estaba cansada del juego adivinatorio de habituarse a la comprensión final de que lo que *es* subsume todas las dualidades en un inexorable tiempo presente.

Dan y Jean eran los anfitriones y, además de su casa, aportaban a la velada las sólidas vibraciones de sus dos años de matrimonio. Dan había estado entregado de lleno a la política y había llegado a la conclusión de que el único manifiesto político significativo que quedaba era la dinamita, y no queriendo seguir ese camino, había recaído en el síndrome sensiblero y soñaba con abrir un lugar «en el campo». También estaba John, un auténtico inocente de Minnesota, víctima de las complejidades de su genio, y su antigua amante, Janet, que seguía dejando alucinados a todos cuando se acercaba despreocupadamente a John, mientras éste hablaba con alguien, y le abría la bragueta, le sacaba la polla y se la chupaba tranquilamente. Hal completaba la reunión y no paraba de hablar de la comedia que estaba escribiendo sobre su visión de una Utopía donde vivir. Fumamos copos de perejil impregnados de PCP[4].

—Todo el mundo es bidimensional —dije.

—No, tú eres bidimensional y te proyectas.

Después de eso, el caos se apoderó del tiempo.

John puso una película pornográfica de ocho milímetros rodada en los años treinta. Aparecía una mujer corpulenta a la que follaban dos hombres. Estos hacían su trabajo con expresiones heladas. John dirigió el proyector para que la película se viera sobre el vientre y los muslos de Janet.

Me ausenté de nuevo, parpadeando en la invisibilidad, dejando que el allí de los demás se sumergiera en la plenitud del foco.

—Qué extraños animales son —le dije al silencio—. Cómo se mueven y sudan por toda la piel y hacen ruidos con sus bocas. Viven en perpetua excitación, incapaces de reposar excepto cuando están inconscientes. Los veo en su desnudez arrastrada y en el hedor de su descomposición.

Me puse de pie de un salto.

—¡Vertiginosa bacanal de mierda! —grité—. Fruto pasado y podrido. Dulce decadencia.

Me quité la camisa y entré en el dormitorio. El cannabis sintético había destrozado mi aturdido cuerpo, dejándolo insensible sin que ningún censor frenara mi lengua. Caí atravesado en la cama y me vi en el espejo clavado en el techo. Tendido sin gracia, mi cuerpo, que no me pertenecía, la sensualidad de la airosa decadencia de la droga y la moribunda vida urbana, hacían que mi polla se estremeciera con mil alfilerazos de disgusto. El hedor de la existencia estallaba en mi nariz. Estaba listo para ser servido como cadáver, todavía retorciéndose, al obeso magnate.

—Estoy atrapada otra vez por la ilusión —dijo Jessica, entrando en la habitación, con los ojos desorbitados por el horror. Detrás de ella se oían las risas rotas de la gente enloquecida.

—Basta ya —dije.

—Estoy al borde de un precipicio —dijo, y se pasó la lengua por los labios.

Su coño se abrió paso en el aire a medida que se acercaba. El estrépito ahogaba mi mente. Todo mi control estaba perdido. Se aflojaron los tomillos de mis ojos y las impresiones fluyeron desestructuradas. La cara de Jessica

cambiaba continuamente. La inocencia alcanzó su punto más elevado y se estrelló en la nariz de un leproso. Piel intachable que me empuja y tortura mi equilibrio, mi precario equilibrio dentro de la nada.

—¿Dónde está Lucinda? —me preguntó.

Durante un momento, las palabras pasaron arañando mis ojos con una fealdad repugnante. De golpe, regresé a la superficie. Era Jessica, veinticuatro años; era su fiesta de cumpleaños; habíamos follado tres veces el pasado año; en el contexto de la conciencia, la conocía.

—¿Va a venir Lucinda?, —me decía.

La abrasadora culpa del aborto inminente y mi incapacidad de sentir nada, salvo la impaciencia, me acosaban. Empecé a sollozar. Giré encogido en mi interior y doblé las rodillas contra el pecho.

—¿Qué pasa?

—No sé, acabo de entrar, le he hablado y se ha puesto a llorar.

—¿Está chiflado?

A mi alrededor, las voces zumbaban sin parar. Giré más profundamente en la oscuridad viscosa de mi abismo y me esforcé por darle sentido a los sonidos.

—Es como si no pudiera oírnos —dijo Jessica.

Entonces lo supe. Ella estaba también dentro de mi cabeza. Jessica veía y actuaba en dos niveles. Seguía diciendo palabras con sentido. John se sentó en la cama.

—Otra vez metiéndote en la piel de la desesperanza, ¿eh? —dijo, y me dio un codazo en las costillas.

Los grupos se escindían, las conversaciones fluían y declinaban y, una vez más, otra ronda de droga. Chupé ávidamente la pipa, deseando con desespero el placer de la locura que me llevara una vez más al tormento de la certeza. Era una fiesta, una fiesta de cumpleaños. Jessica puso su mano derecha sobre mi entrepierna y empezó a acariciar mis genitales. Empujaba y sobaba con rapidez y suavidad, concentrándose en el placer del capullo. Me sedujo apartándome de mi embriagada soledad y la odié mientras sucumbía. Me lamió las tetillas, me hizo promesas con sus

labios. Su coño se hizo enorme, amenazando con devorar todo mi cuerpo. Me abracé delante de la entrada de su útero.

Le di una bofetada. Cayó boca abajo y allí quedó, acurrucada.

—Quiero que vengas conmigo esta noche a casa —dijo ella.

—Vives con una amiga.

Me pareció que le había hecho daño. Le acaricié la cara con mis dedos y se los metí en la boca. Gimiendo, me los lamió con la lengua. Me incliné sobre ella y la mordí en el mentón y en el cuello con bocados dolorosos. Puse mis nudillos sobre su nariz y le aplasté la cara.

—La próxima vez que te folie será para matarte —le dije —. Lo sabes. Si hay alguien más en la habitación que no entiende el juego, no podré hacerlo. ¿Para qué voy a ir?

—El Juego —susurró y palideció.

—Sí —silbé en su oído—, tú también quieres participar en el Juego. Más que en ninguna otra cosa. Todo lo demás es superficial, estúpido.

De golpe recuperé mi autonomía. Salté desde la más profunda locura a la razón más perfecta. Y con eso, capituló Jessica. Le agarré el coño con fuerza, apretando los labios entre mis dedos.

—No me hagas daño —dijo quejosa.

Retorcí mi mano.

—Oh, por favor, hazme daño —dijo quedamente.

John y Janet entraron. Aumentó la confusión. Cada uno de nosotros empezó a ver en los otros la referencia de lo que íbamos a hacer después. Eramos tropas de asalto en una orgía sangrienta, pero teníamos que mantenemos sincronizados.

—Que todo el mundo diga lo que quiere —dijo Janet—. Empezaré yo —e hizo una pausa—. Quiero follar. Es todo lo que he querido hacer toda mi vida —John asintió con la cabeza—. Quiero dormir y follar, no necesariamente por ese orden.

Todos me miraron.

—Quiero flipar el resto de la noche. No me importa dónde. Si todos os quedáis aquí, me volveré al agujero de

Lucinda. Si vais a casa de Jessica, iré con vosotros.

—Vamos a mi casa —dijo Jessica.

Nos despedimos de Dan y Jean y salimos a la calle. Me sentí como si estuviera cubierto por una gasa de algodón. Dan y Hal nos acompañaron hasta el coche, porque el ambiente de Saint Marks Place a las dos de la madrugada tenía todo a su favor para que por allí apareciera un loco blandiendo una navaja. Pasamos por el West Village, donde los progres y los homosexuales todavía no se habían peleado.

Entré en un estado de impotencia, como astilla arrastrada por un río. Disfruté inmerso en el extraño espacio de una activa ausencia de voluntad. Nos metimos en la diminuta habitación y asustamos a Kay, la muchacha de California que vivía con Jessica, y enseguida estuvo el estéreo funcionando y más droga pasando por la periferia del círculo. Todos los hilos de mi psique empezaron a desenredarse y lo único que quería era tumbarme y mearme en los pantalones. Estaba colocado en regresión.

El sofá, desplegado en una cama, ocupaba casi todo el suelo disponible, así que los cinco nos subimos a la cama. Nos engolfamos en una cháchara cósmica y escuchamos a McCartney interpretando *McCartney*. John se sentó en el borde, tratando de meterse en el coño de Kay mediante guiños y sobos con la palma de la mano. Yo me tumbé boca arriba, con Jessica a un lado y Janet al otro. Me balanceé entre las dos, desde la alta e inocente muchacha de mi izquierda a la bruja rapaz y enana de mi derecha. Hice de cresta medianera entre el yin y el yang.

Cada uno se introdujo en la respiración y los sentidos de los otros dos y, mientras escuchábamos la música, llegó ese mágico momento en que los tres supimos que oíamos y reaccionábamos de la misma manera. Jessica cambió de sitio, se puso de espalda entre mis piernas, con el coxis presionando mi pubis. Ella y Janet enlazaron sus manos.

Cuando siguió el solo de batería, me perdí en una conciencia no verbal y empecé a gemir, azotando con mis muslos el cuerpo de Jessica al tiempo que lo recorría con mis manos. Se apretó contra mí pero frenó mis dedos. Dejé caer

los brazos e inmediatamente guardé silencio. Unas ligeras sacudidas bajaron por su espina dorsal y sentí que todo mi ser la abarcaba. Por un instante, pareció que ella fuera un hombre boca abajo sobre mí que estuviera follándome y yo le respondiera con mi presión más delicada. Entretanto, Janet y yo habíamos conseguido un perfecto acoplamiento mental, igualando las velocidades astrales mientras esquiábamos ladera abajo, temerariamente, cada vez más deprisa. Las dos mujeres soldaban el cierre del triángulo y los tres nos lanzamos a una danza soberbia. La energía fluía físicamente entre Jessica y yo, emocionalmente entre Jessica y Janet y cerebralmente entre Janet y yo. Follamos juntos hasta el final del disco y, en un abrir y cerrar de ojos, alcanzamos un clímax a tres. Y los tres dejamos escapar un suspiro al mismo tiempo.

—Guau —dijo Janet volviéndose—, cuatro orgasmos en mi cabeza.

Jessica se dio la vuelta, trepó sobre mí y me rozó los labios.

—Empiezas a entender —dijo.

Me levanté y me fui a mear. Cuando volví, encontré a Jessica y Janet sentadas con las piernas cruzadas, una frente a la otra, bailando con sus brazos. Kay cabeceaba un sueño en la mecedora del rincón y John chasqueaba los dedos en la chimenea de adorno. Me acerqué a él y permanecí a su lado un momento y, de pronto, mis ingles se contrajeron en un espasmo de dolorosa nostalgia.

Pensé que así es como debe de sentirse una mujer y, doblado por la cintura, me quejé en voz alta. John se volvió hacia las chicas y les habló en tono barriobajero.

—Hey, mi colega aquí ha pillao un dolor de cojones de aúpa. Con tanto mimo y tanto sobo habéis dejao al pobre chaval hecho un nudo que pa'qué. A ver, ¿quién de vosotras se pone a cuidarlo?

La noche perdió sus fronteras. Estábamos comprometidos en una purga total, pero yo era el único de los presentes que lo sabía. Para ellos era tan sólo una noche de juerga, una

prolongación de la fiesta, mientras que dentro de mis venas silbaban los vientos que mecen los árboles desde donde las brujas gritan a las estrellas. Avanzábamos, avanzábamos cada vez más lejos. A través del cielo, a través del sistema solar, a través de la galaxia, del universo, del tiempo, del espacio. A través de la risa burlona de la eternidad. Y siempre estábamos desmoronándonos, al borde de la extinción, como velas frenéticas que se saben condenadas desde que se encienden.

Miré dentro del vórtice de carne con ojos que veían demasiado.

Y Jessica se introdujo en mi mente. Durante un rabioso instante de pura furia, intenté aplastar su cuerpo con las macizas puertas que guardan el palacio de mi percepción. Me contestó con la más mínima e inefable de las preguntas. Y derribé las puertas del dolor.

—Si me queréis —dije—, tendréis que salvar el foso a nado —los otros parpadearon y añadí a guisa de explicación —: la intimidad proviene de la liberación, no de la práctica.

Janet desnudó a John. Organizó una experiencia en la que todos teníamos que acariciar y frotar su cuerpo. Me inflamó la vista de su polla y tuve que contenerme para no inclinarme y metérmela en la boca. Aquella misma tarde había estado en los Baños Ansonia para un vapor rápido, y pasé diez minutos de embeleso chupando un gran cipote de veinte centímetros, embriagándome con su absoluto placer sensual, y dándome cuenta de que, por fin, tanto me daba que el órgano sexual que ponía en mi boca fuera cóncavo o convexo.

Puse las *Canciones de la prisión*, de Josh White, e hicimos un número en la espalda de John. Pero pronto me aburrió aquel inacabable encandilamiento sin propósito alguno.

—Escuchad, queridos, estoy cansado de todo este Esalen[5] sin sentido. ¿Vamos al grano o nos vamos a dormir?

Irreal, irreal realidad devanada. Me arrastré por encima de Jessica y quedé tumbado boca abajo a los pies de la cama. Se echó sobre mí y Janet se despatarró al lado de John. Pronto empezamos a quedamos dormidos. No me encontraba cómodo y fui a beberme un zumo. Jessica se despertó

agitada.

—¿Qué quieres ahora? —dijo.

—Quiero mear, quiero beber, quiero fumar, quiero follar, quiero dormir —dije—, por ese orden.

Quizá fue mi acto de impaciencia lo que cortocircuito las festividades. Pero no importaba. El tiempo cronológico pasa sin que importe lo que hagamos. El aborto de una orgía parecía no tener más consecuencias que el aborto de un bebé. Todo lo que empieza tiene que acabar. Entonces, ¿para qué empezar nada? Ahora que mi polla estaba en reposo, no sentía remordimientos. Me fui al retrete y me quedé allí, sentado, bastante tiempo. Leí la *Historia ilustrada del amor* y cuando volví al dormitorio los cuatro dormían. Puse dos almohadas en el suelo y me tendí sobre ellas, dispuesto a pasar una larga vigilia.

No me moví. No tiré de ningún hilo de mis niveles de conciencia. Y quedé sorprendido cuando Jessica se levantó y vino a echarse a mi lado. Una parte de mí no quería tocarla. Estaba exhausto.

Durante la media hora siguiente estuvo lamiéndome el cuerpo. Sentí una antigua tristeza y nostalgia. Habían sido muchos los años de estar como ahora, desnudo, oscilando entre la necesidad y el orgullo, y esta muchacha-mujer que estaba a mi lado estaba consiguiendo llevarme mañosamente a la postura clásica del dolor amoroso, pretendiendo que nos atáramos el uno al otro al borde de un acantilado. En aquel momento, podía dominar todavía los matices del juego, pero no confiaba en mi capacidad para seguir vigilando. Estaba perdiendo interés por todas las bolsas de expresión dejadas abiertas a disposición de los moradores de este mundo agónico.

Fue poniéndose encima hasta que sus ojos estuvieron sobre los míos. En silencio, me imploró que la dejara entrar. Pero en este momento Lucinda se agitaba en su pesadilla, mientras el bebé ardía en el documento que decidía sobre su vida. Y aquí estaba el juez preguntándose si mataba a otro ser humano. Una muchacha joven, dúctil y hambrienta que no entendía cuán fuerte era su afán de destrucción.

Y entonces, con la delicadeza de una nube que se difumina al pasar delante del sol, el asunto perdió su importancia. No era yo contra ella, no ahora, pero ambos estábamos atrapados en una escena escrita a una escala que excedía nuestra capacidad de comprensión. ¿Qué diferencia había entre que la follara o no, que la hiriera o no? Cuando has destruido a un ser humano, nos has destruido a todos. Hasta es posible saborear el proceso, ser más sutil, ser capaz de jugar al escondite con las motivaciones de uno, pretendiendo que se está otra vez enamorado, o simplemente otra vez con ganas de sexo, cuando el inexorable y escondido propósito es matar.

Sólo llevaba las bragas y yo estaba desnudo. Pude sentir la furia de los vacíos complementarios dentro de nosotros y entre nosotros. Nos besamos y mi boca se hundió en la suya; aspiré el aire de sus pulmones y llevé mi lengua a lo más hondo de su garganta. Puso sus manos a la altura de su pecho, como un cachorro que pide comida. Su cabello, arremolinado entre los dos, nos entraba en los dientes y los ojos. Sacudí la cabeza hacia atrás con un gruñido y ella bajó la cabeza. Me incorporé apretándome a ella y pasé mi mano por su culo, palpando el fino algodón de las bragas sobre las túrgidas carnes. Ningún sonido salía de nosotros, salvo la respiración regular y profunda zumbando en nuestras cabezas.

Mi mano llegó abajo, entre sus piernas, resiguiendo la curva irresistible dibujada por sus nalgas, y con un dedo alcancé el coño desde fuera de las bragas. La tela estaba empapada de secreciones; sentí que mi pecho se fundía mientras frotaba y empujaba bien adentro, entre sus piernas, masajeando las labios vaginales, abarcando todo su pubis con mi mano. Durante mucho rato no hicimos sino concentrarnos en las placenteras oleadas de ternura satisfecha que fluían desde el calor interno de su cuerpo y el hormigueo de mis dedos.

Alcanzó el orgasmo mientras apretaba y acariciaba su clítoris. Descansamos unos momentos y, luego, se bajó para agarrarme otra vez la polla con la mano. Tiró con fuerza,

apoyando el codo en mi vientre, como si quisiera arrancármela de cuajo. Entonces vi claro que lo que ella quería realmente es que yo fuera una mujer. Pero, sin que importara lo femenina que fuera mi alma, allí seguía mi polla para negarlo. Y nos fundimos en un momento nebuloso de decisión para quitarnos de en medio aquella cosa rígida de la forma más orgánica posible, obligándola a eyacular.

Le bajé las bragas justo debajo de la curva de sus nalgas. Me esforcé por llevarlas más abajo, pero me sujetó la muñeca. Me miró a los ojos, giró la cabeza por encima de su hombro y me hizo un signo negativo. ¡Estaba diciéndome que no!

Recordé de pronto una escena parecida, muchos años antes, con Connie, luchando durante horas para vencer su conflicto interior entre el sí y el no. Fue una de las formas embriagadoras que más me han excitado, pero sólo la tolero cuando se entiende como una variante más del Juego. Cuando se convierte en un subjuego, es tediosa.

Esperé hasta que ella dejó de rechazarme, y cuando se echó a mi lado, me levanté y me puse sobre ella. Mi polla lacia encontró su nido en el hueco bajo su culo y me balanceé atrás y adelante hasta que se me puso dura y ella empezó a responderme. Me incorporé un poco y cambié el ángulo de aproximación hasta que estuve entre sus piernas, con el capullo acariciando los bordes externos de su coño. No sentí ninguna pasión. No quería, por encima de todo, prescindir del inmenso silencio que nos unía. Más que otra cosa, lo importante era mantener nuestra reciprocidad al más alto nivel, que ella supiera exactamente lo que yo hacía en mi cuerpo y en mi mente y que yo sintiera cada respuesta sutil y cada iniciativa de ella. En resumen, no importaba lo que hiciéramos en tanto mantuviéramos la misma sintonía.

Presioné profundamente dentro de ella y se apretó contra mí, con sus nalgas encajando perfectamente en el hueco formado por mis ingles. Cuando empujó tan alto que sus muslos dejaron de tocar el suelo, deslicé una mano debajo de ella. El tacto de su carne era eléctrico. El borde superior de sus bragas me rozaba los cojones, estimulándome más que si

lo hubiera hecho con los dedos. Empujé con la polla desde abajo, sin penetrarla, deslizando el capullo a lo largo de los húmedos labios hasta el clítoris. Se contrajo y gimió levemente.

—Estoy haciendo esto conscientemente, tú lo estás haciendo conscientemente y estamos llegando al borde del éxtasis y de la comunión —le dije al oído, y luego hundí mi lengua en ese oído, estremeciéndola.

Mientras más consciente era yo de nuestra realidad recíproca, más cachonda y húmeda se ponía ella, hasta que se derrumbó con una serie de pequeñas sacudidas indicativas de otro orgasmo.

Esperé a que recuperara el aliento y entonces la penetré suavemente. Se contrajo y quedó paralizada. Era allí donde tenía miedo. Dejé que la presión de mi órgano reposara dentro de ella hasta que se sintiera cómoda, luego relajé los músculos, de modo que mi peso me llevó dentro de ella hasta donde permitía nuestra postura. Dejó escapar un largo suspiro y, de pronto, sentí un profundo amor por ella.

«Domínate», me dije, pero era demasiado tarde.

—Jessica —dije en voz alta.

Levantó su culo para que mi polla entrara más y empezó a menearse, bañándome con la plena exquisitez de su regalo, el acceso a su cuerpo y la entrada a su corazón. Sentí toda la longitud de su cuerpo, piernas sobre piernas, torso sobre espalda. Mis brazos reposaban pegados a sus costados y con una mano seguía abarcando su coño mientras mi polla se deslizaba entre mis dedos. La total fragilidad y pureza del momento acabaron con todos mis reparos.

Se elevaba amorosamente, chupándome, absorbiéndome con su coño, derramando su placer cachondo en mi polla. Apoyé mi frente sobre su nuca y uní la electricidad de mi cerebro con la del suyo. Una vez más, dejamos de ser yo y ella, era sólo el acto. Parecía como si su cuerpo sollozara de alegría.

Empezó a mover la pelvis en círculos, al mismo tiempo que empujaba adelante y atrás. Cada movimiento que me apartaba de ella excitaba los nervios de mi polla, arrastrando

el flujo de sangre hasta la punta sensible. Cada movimiento que me acercaba y me hundía dentro de ella hasta el fondo de su pozo transmitía la corriente a su vientre. En un momento entre el adentro y el afuera, la cara de Lucinda surgió en medio de la oscuridad y toda la habitación se conmovió hasta los cimientos.

Lancé un grito y sentí el comienzo de mi orgasmo. Cambié de marcha y continué, incansable, subido a la cresta de la ola. También lo sintió ella y se puso en sintonía para acoger la sustancia que estaba a punto de estallar como un torrente. Iba a ser mi orgasmo, pero compartido por ambos.

Momentos antes de correrme, separó ligeramente las piernas para abrirse más a mí. Con un largo y sofocado grito dejé que mi fisiología siguiera su curso, y mi cuerpo se precipitó dentro de ella con toda la furia contenida de una balsa gigantesca cayendo por una cascada. Me estrujó en el momento culminante hasta el último latido, y luego se derrumbó en el suelo, con contracciones salvajes y espasmódicas de su coño.

Seguimos a la deriva de la duermevela por una zona entremezclada de pensamientos y sueños. Algo como una fuerza rastrera surgió dentro de mí y los conocidos síntomas enfermizos de huida afloraron en mi vientre. Mezcla terrible de ansiedad y repugnancia. Miré el monstruo existencial que surgía del podrido rincón de mi alma y lo contemplé en toda su fealdad. Durante largo tiempo permanecimos encerrados, librando un combate a muerte. Y con una agudeza que me hizo caer de rodillas, un rayo cegador de luz amarilla explotó sobre nuestras cabezas y la bestia desapareció en las sombras.

En aquel preciso instante, Jessica se despertó.

—Oh —dijo—, estás aquí. Gracias a Dios que estás conmigo.

—He estado a punto de irme —contesté.

Giró el cuerpo y se colocó debajo del mío, dejándome reposar en su abrazo. Unimos nuestras miradas y compartimos el suspiro que sigue al miedo, el conocimiento de quienes han sentido la mano fría del Ser Extraño en el momento de la intimidad plena. Sentí la solidez de su cuerpo

debajo del mío. Encajábamos a la perfección.

Cambié de postura y me puse a su lado. Cuando se apoyó en mi pecho, nos dormimos.

Mi último pensamiento antes de perder la conciencia fue mi resolución de no convertir el éxtasis en una diversión. Quedaban menos de diez días para el aborto de Lucinda. La realidad de aquel niño quemaba con más fuerza que las más altas cimas diamantinas de toda la trascendente luminaria sexual. Todo lo que había ocurrido durante la noche era el efecto y la causa del mismo nacimiento, ahora acurrucado bajo la tenue protección del útero de su madre.

14

—Bien, hay ya tan pocas cosas que te quedan, que podrías intentar ser noble —la voz de Lucinda tenía el filo del maullido de un gato en celo.

Había pasado ya una semana desde nuestro regreso a la ciudad. Habíamos alcanzado ese punto de desesperación interna en el que el tiempo que pasa chirría en la conciencia como uñas arañando una pizarra. Me veía atrapado en una matriz de gestos inseguros, consciente de la horrible inminencia de nuestra situación e incapaz de hacer algo, deseoso de acelerar decorosamente los acontecimientos.

Acababan de invitarme a otra fiesta. John y Janet se habían chutado con ácido junto a otras parejas y estaban, todos desnudos, festejando el viaje, arriba y abajo de su guarida, situada a la altura de la calle, en su sótano lóbrego y en su jardín sorprendente. Pero Lucinda, necesitada, me retenía. Aunque serena por fuera, estaba al borde de la histeria. Llegué a temer el suicidio, pero no sentí vibraciones en esa área. Si me hubiera ido, habría dado la espalda a su dolor.

Le dije que no a Janet.

—Entiendo lo que haces —dijo, y percibí el calor de sus palabras mientras resoplaba por la confusión producida por el ácido—: eres mi hermano.

Lucinda estaba echada, atravesada en la cama, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Me vi acudiendo a su lado y complaciéndome en sus labios y su lengua. Técnicamente, era más o menos el mejor polvo de mujer que jamás había conocido, y tan buena como muy pocos hombres. Y me vi pensando: «si me quedo esta noche, no sólo se me ofrece la oportunidad de ser noble, sino también de que me chupen la polla». Y me dije que era despreciable pensar tal

cosa.

Me coloqué y me encendí un porro. Lucinda me acompañó. Enseguida nos pusimos a volar muy alto, con lindas oleadas de placer en la cabeza. Al final del imperio, los gobernantes se permiten grandes gestos y la plebe lo celebra con drogas. Si éste es el momento del asalto final, es el momento de las risas amargas.

—Francis está dominado por Bertha —dije.

—Mientes tanto como él —dijo Lucinda.

—No me gusta esa chica suya. Eso es todo. Me cae mal.

Empecé a pasear arriba y abajo.

—Lo que pasa es que Francis juega con vosotros para que os enfrentéis los dos —dijo Lucinda.

Me quedé mirándola.

Cuando las caricias desaparecen de una relación es señal inequívoca de que la ternura también ha desaparecido.

—¿Por qué no eres más agresiva? Quizá yo habría cedido si hubieras sido más agresiva.

—Dijiste que no querías que te creara problemas. Estoy aquí sólo por si me necesitas. En una mujer, la agresión es abandono. Deberías saberlo.

Me senté en su pecho. Mi polla se columpió delante de su cara.

—¿Quieres el bebé? —pregunté.

Me cogió entre sus dientes el órgano fláccido y me lengüeteó el capullo. Me la puso dura. Luego se apartó.

—Sí, quiero el niño.

—Entonces, ¿por qué no lo tienes?

—No quiero criarlo sola. No quiero estar sola en este apartamento teniendo que cuidar de mi hijo. No vendrías nunca.

Me incliné sobre ella, apoyado en los codos, de modo que quedé en cuclillas sobre ella. Metí mi polla en su boca expectante y mientras me la chupaba pensé en lo que me había dicho. Pero la imposibilidad de llegar a una decisión que no fuera mala, junto a la sensación creciente de mi entrepierna, hizo que pronto dejara de lado el asunto. Me la follé por la boca durante diez minutos, empujando hasta lo

más hondo, amenazando con ahogarla, y luego sacaba la polla, dejándola jadeante y simulando terror por la experiencia. La golpeé en los labios, a sabiendas de que le dolería durante horas y, cada vez que sonriera o hablara, el dolor palpitante le recordaría toda la escena.

—Beverly acostumbraba vomitar sobre mi polla —le dije —. Se bajaba con tanta hambre que se atragantaba y terminaba vomitando. Y luego me la seguía chupando hasta que me corría en su boca.

Mis palabras excitaron tanto a Lucinda que me lamió con amplias lengüetadas a lo largo de la polla. Empezó a descontrolarse un poco.

—Además de ti, ha habido tres mujeres extraordinarias —pensé en voz alta—. Beverly, Wendy y…, —hice una pausa—, no me acuerdo del nombre. Y, realmente, me gustaba. Qué lástima —recordé su figura—. Era bajita y trabajaba enseñando la danza del vientre.

Lucinda paró bruscamente, presa de una idea.

—¿Follaban tan bien como tú en tu papel de hombre? —preguntó.

—¿Tan bien como yo en mi papel de hombre? ¿Ellas? ¿Cómo mujeres?

No la había entendido bien. Lucinda se exasperó.

—¡Oh! Que si follaban tan bien como tú. Eso es todo.

Reflexioné unos instantes. Ella, entretanto, volvió a mi polla.

—Eran apasionadas, pero no con tanta inventiva.

Lucinda levantó las piernas y las colgó de mis brazos, encima de los codos. Me incliné sobre ella y sus mejillas se hundieron al chuparme.

—Lo cierto es que chupas mucho —dije—. Comparado con lo que lames o muerdes.

—¿Es bueno eso? —dijo con la boca llena.

—Todo es bueno —contesté—, cuando se contrasta con lo opuesto.

Estaba doblada como un maestro de yoga en una pose esotérica. Su coño sobresalía y palpitaba entre las nalgas.

—Me gustaría tener ahora a otro hombre —dije—. Fíjate

en eso. Toda una zona erógena desaprovechada.

—Si pudieras encontrar a alguno cuando pasen unos días, tráetelo. Después del aborto no podré follar durante un mes —dijo, y añadió tan pensativa como pueda estarlo una mujer con una polla en los labios—: en los últimos quince años nunca he estado tanto tiempo sin follar.

—Has follado mucho, ¿verdad?

—Veinticinco hombres en los seis meses antes de conocerte. Pero ya estaba cansándome de follar hombres. Lo hago contigo sólo porque me he acostumbrado a ti.

—Si yo pudiera —dije—, quiero decir, si hubiera la posibilidad fisiológica, me follaría al cuarenta por ciento de todas las mujeres que veo. En todo el mundo, deben de ser casi quinientos millones de mujeres. Eso en el supuesto de que todas quisieran follar conmigo. Pero no voy a fantasear con una realidad tan increíble.

—Tú, hijo de puta —dijo ella—, no dejas que ninguna *realidad* se entrometa en tus preciosas fantasías.

—Todo eso no son más que palabras. Esto es otra cosa —dije.

Me eché hacia atrás e introduje mi polla en su coño. Empezamos una extraña jodienda. Es imposible describir sus ricas ambigüedades sin destruir la fragilidad del recuerdo. Es demasiado difícil escribir sobre esto y aquello.

Tras la disipación de la séptima ola, el aumento del hambre de sexo y la emoción que provoca el orgasmo, me di cuenta de que no iba a eyacular y no me vi con ánimos de seguir hasta el siguiente. Me liberé del entrelazado magnético entre polla y coño y me arrodillé a los pies de la cama de cuyo borde medio colgaba su culo. Mi boca y mi lengua se pusieron a trabajar inmediatamente en los labios resbalosos de su coño, cuya textura era comparable a la de una piel bien usada y lustrosa.

Cuando empezaba a hablar el más antiguo de los lenguajes, la unión armoniosa del tacto, el movimiento y la poesía, sonó el teléfono. Pensé que era Janet e imaginé la fiesta por un instante. Me sentí impelido a contestar. A la tercera llamada, separé bruscamente mi boca del cuerpo de

Lucinda y corrí al teléfono. Era Bertha. Su fina voz me informó de que no podían venir con nosotros al cine. Recordé de pronto que habíamos quedado en principio para aquella tarde. Casi dejé escapar mi alivio. Solté unas cuantas palabras para mostrarme mínimamente educado y colgué. Volví enfurecido junto a Lucinda, que no se había movido.

—¡Esa puta! Era Bertha, ese sucio remedo de artista —dije gritando.

—Pensé que sería ella —dijo Lucinda—, pero nunca estás seguro, ¿verdad?

—¿Viste el otro día cómo me robó el sitio del aparcamiento?

Me senté y le puse los dedos en el coño. Lucinda retorció el cuerpo, pero me detuve. Me embargaban demasiadas emociones contrapuestas.

—Vamos a fumarnos un porro antes de seguir follando —propuse. Se encogió de hombros.

—Okay —dijo.

Fumamos en silencio durante un rato.

Estaba guapa. Se había teñido el cabello por la mañana y ahora le caía a ambos lados de la cara en amplios triángulos rizados. De un castaño intenso. La noche anterior, después de dormirme, se pasó cinco horas levantada, leyendo, llorando, pensando en el asesinato y en el suicidio. Siempre había estado un poco chiflada, pero aquello era demasiado desastre. Me quedé hecho polvo cuando me lo contó. Mierda, pensé, ahora viene lo peor del rollo: ver cómo se viene abajo. Y me sentí obligado a ayudarla en todo lo que pudiera pasar, aunque me daba cuenta de que estar con ella empeoraba las cosas. El clásico apuro.

Pero por la mañana ya estaba animada otra vez, flirteando con el pintor de casas al lado del ascensor.

—Quizá lo que debo hacer es volverme tortillera —dijo ella entonces—. ¿Qué te parece, doctor?

—Creo que es una gran idea —dije—. Por una razón, porque con una mujer podrías encontrar el sexo y la amistad en una misma persona, algo que es casi imposible con la mayoría de los hombres. Y si no sois celosas ninguna de las

dos, aun podrías tener amantes masculinos cuando te apeteciera una polla. De hecho, si las dos vivierais juntas, podríais traer hombres y hacerles pagar todas las humillaciones que te hemos hecho pasar los hijoputas como yo.

Cuando me oyó aquello se inclinó sobre mí y me besó en la mejilla de la manera más amistosa y pacífica.

—Nunca has vivido con un hombre, ¿verdad? —me preguntó—. Como amante, quiero decir.

—No —contesté.

—¿Por qué no?

Reflexioné antes de contestar.

—Temía que la gente pensara que soy maricón —respondí, y Lucinda se echó a reír, porque tal como lo dije sonó a chiste. Pero lo que realmente quise decir es que *yo* temía que fuera maricón.

Entonces la cogí otra vez y puse mi cuerpo sobre el suyo en un ángulo de treinta grados, apoyándome en las manos. Enseguida sentí su apertura. Agitó la cabeza y se dio la vuelta, dándome la espalda. La penetré desde atrás, pero con la sensación de que le entraba por delante/Me di cuenta de que un coño está abierto desde cualquier dirección. Para un agujero, no hay delante ni detrás. Cualquier lugar de la periferia vale lo mismo que otro. Y resultó un bonito equilibrio entre los dos. Sentí que chupaba mi polla con todo su cuerpo y sabía que comprendía que me gustaban sus reacciones tanto como mis propias sensaciones. No se trataba de la maravillosa sensación del *nosotros*, característica de la clásica jodienda trascendental. Esta era un uno-a-uno, con un gran sentido del respeto por la intimidad del otro. Después de todo, nuestra relación se había roto. No quise escabullirme falsificando la significación del acto sexual. Lucinda y yo podíamos follar con tanta intensidad como quisiéramos, pero debía quedar claro que no se trataba de la fusión de dos amantes enfebrecidos en busca de algo definitivo.

Se convirtió en una curiosa jodienda homosexual. La follé por el coño del mismo modo que le habría dado a un hombre por el culo. De modo que el criterio fue una profunda

penetración acompañada del matiz sensible del tacto. Empujé sus rodillas hacia delante, quedando como una rana, y la follé así durante casi veinte minutos. Casi todo fue un simple desentumecimiento para hacer más flexible la elasticidad de su vagina.

Luego sentí que me empujaba hacia fuera, como si quisiera expulsarme; pero era realmente una invitación, un puchero de los labios del coño. Se la metí del todo. No le quedaba nada.

Estallé en lo más profundo de su coño, y sentí que mi energía la penetraba hasta la tercera chacra. Fue un polvo hasta la espina dorsal.

Perdí la conciencia en el orgasmo. Exprimió las pelotas del puro cielo.

Me corro, me corro, me corro. Cada arremetida es un polvo. Cada momento es un infinito al borde del éxtasis. Dentro de ti, señora mía, tan dentro de ti que estoy follándome, me folio a mí mismo. Mientras, el coño es la sonrisa secreta de Dios.

Las llamadas del teléfono cayeron en cascada sobre el parpadeo de mi mente desvelada. Era Janet.

—Por favor, ven a la fiesta.

—Adelante —dijo Lucinda—. Hemos follado. Ya no es preciso que intentes ser noble. Márchate —insistió a pesar de verme consternado—. Está bien, lo digo en serio.

Caminé por la oscuridad de Amsterdam Avenue, siguiendo la fila de los cubos de basura. Los puertorriqueños se apoyaban en las farolas, los gatos corrían entre los coches como guerrilleros en busca de refugio y las patrullas de la policía fastidiaban a la gente con su intencionada presencia. Puse la superdirecta y me hundí en la paranoia. Entré de lleno en mi miedo y me invadió un sentimiento de alerta. De pronto, sentí el dulce brote de la alegría y el júbilo. Aquí, donde el espeso hedor de la brutalidad ensombrece el cemento, yo estaba vivo, me movía, saltaba de peligro en peligro a través del peligro, cruzando la materialidad de la noche neoyorquina, desde la situación peligrosa de Lucinda, con el gorjeo de su boca y los gritos de su *coño*, al nido donde

los monos del ácido celebraban el triunfo del caos.

Entrar en la casa fue como meterme en una sauna. Oleadas de vibraciones ácidas, brillo en la mirada de todos, frenesí a punto de estallar, pero ninguno capaz de hacer nada, salvo seguir un ritmo desequilibrado. Entré y salí en el mundo de cada uno deslizándome por el plano astral. Estaba sorprendido por el inmenso potencial de la humanidad. Esto era la fuerza de la vida, esto era la energía fantástica encerrada en la especie y esto era lo que los dictadores de todos los tiempos han prohibido. Era lo que la misma gente teme y por eso caen voluntariamente en la conformidad, en lo gris, hasta arrugarse.

Irrumpí en la habitación como un cometa y caí volando en el patio trasero. Muy arriba, las estrellas se burlaban perpetuamente de mis conclusiones. Me revolqué en la suciedad del jardín de Janet y roí la base de un arbolito.

—Le ha tocado vivir malos tiempos —dijo John, de pie a mi lado.

Luego apareció Lucinda.

—A pesar de todo, he decidido venir. Me da envidia la mierda.

Se sentó a horcajadas en mi espalda y anduve a cuatro patas, montándome como a un caballito de juguete.

—Muy Fellini —dijo alguien al pasar.

Me arrastré a través de las parejas, las parejas que follaban, las eternas parejas que buscan su realización en la liberación. El *I Ching* termina Antes de la Realización. La cara de una delgada muchacha negra flotó delante de mí; su boca engullía una polla gorda y blanca, los ojos velados por los pesados párpados, desmayada por el voluptuoso mundo de la experiencia interna y externa. Me abrí la bragueta, me saqué la polla y se la metí desde atrás. Lucinda me azotó las nalgas con un cinturón. Seguí sin que me importara. Hermanos-hermanas aulladores que surgen de las manchas y pliegues del tejido, astuto acertijo de nuestro caprichoso desvarío.

Llegó la hora de irse. Ella se había vestido con terciopelos y hebillas doradas. Buscamos el reposo mientras el anciano de la pantomima y su lasciva bufanda dejaban atrás el furgón

chirriante del pecado inocente. A medida que pasábamos, caían como fantasmas en la realidad concreta de la partida moteada por el tiempo. Y sólo quedaba el amor, hiriendo con su grito ampliamente pervertido la noche final de la angustiada conciencia del final de los finales, con una mueca inexplicable en el paroxismo del mal objetivo que cuelga de su frágil cuerda.

De vuelta en el apartamento, coloqué un espejo a los pies de la cama y volví a follarla, con Lucinda dándome la cabeza. Era ella un objeto puro reflejado en el cristal, una fuente anónima de sensaciones. Estaba agotando los últimos espasmos de afecto entre nosotros. No quería que ninguno de los dos sintiera pesar después de mi marcha. Si no, habría sido mejor morir ahora, en nuestra mutua presencia.

Aflojó la garganta y dejó de luchar contra mis profundos resbalones en su boca. Carraspeó, se atragantó más y finalmente vomitó el queso y el mosto que había tomado dos horas antes. Corrió por sus mejillas y luego manchó la cama. Y aún la seguí follando hasta que le inyecté el esperma en el gaznate.

Era la época en que los árabes hacían saltar aviones en mil añicos luminosos sobre el desierto y se ordenó que hombres armados volaran en todos los aviones.

Me salí de su boca y ambos permanecimos echados, respirando por nuestra cuenta. Resonó una voz desde una ventana al otro lado de la calle. Vibraron extrañas realidades. La guerra no terminará nunca. La mancha púrpura empapó las sábanas. El símbolo y el hecho corrieron igualados hacia su realización.

15

¿Qué es el sexo sin los juegos para los cuales sirve de vehículo?

A la tarde siguiente, me encontré en Central Park con Félix, un antiguo amante. Los dos hacíamos un recorrido sin interés, y el encuentro fue casual. No sentí ninguna vibración sexual al verlo, pero su presencia no me resultó desagradable, así que anduvimos juntos un trecho. Hablamos de los viejos tiempos y de los conocidos comunes, y a los pocos minutos supe que me iría con él a su casa. Vi que me ofrecía cierto tipo de comodidad. Unos años antes, él y su amante Donald, su compañero de dormitorio, habían vivido en un agujero que daba a la ventana trasera de mi apartamento. Flirteamos a través del patio y pronto empecé a visitarlos dos veces por semana para hacer triángulos, y ocasionalmente, cuando me sentía atraído por uno u otro, los llamaba por teléfono en el momento propicio, cuando veía solo en casa a quien quería follarme.

Nos tomamos unos vinos y pronto nos pusimos de acuerdo.

—Donald se va a California —dijo.

—Ah, por fin vuelve al hogar.

Lo imaginé, viviendo en la trastienda de la librería de su hermana, a la sombra de Disneylandia, cada vez más apagado, más soñador, hasta que se acostumbrara a su nueva situación.

Y, como si fuera una señal, me vi quitándome los zapatos mientras Félix corría las cortinas. Convirtió el sofá en cama y nos desnudamos sin prestamos mucha atención el uno al otro. Iniciábamos un acto que se parecía más a un concurso, a un combate de fuerzas y delicadezas.

Tenía una polla pequeña y un cuerpo nervudo. Follaba

casi siempre de manera frenética y llegaba a tal extremo de excitación que a menudo era incapaz de correrse. Como de costumbre, empecé por ponerlo boca arriba para relajarlo, y seguí con el lento viaje de mi boca, desde el ombligo hasta la polla. Lo lamí durante bastante rato, consciente de la comunión que alcanzábamos mediante el tacto. Pero cuando se acercó a los niveles más profundos del placer-dolor, sintiendo simultáneamente la palpitación yang del sexo y el punzante yin de la muerte, su pelvis empezó a agitarse nerviosamente y no tardó en meterme la polla en la boca, moviéndose espasmódicamente, como un perro jodiendo. Para mí resultaba muy excitante, hasta que llegó a un punto en que su energía empezó a decaer. Ambos sabíamos que no iba a correrse. Me puse de mal humor y él se levantó.

—Creo que tengo una cápsula —dijo.

Volvió con un inhalador y me lo ofreció con una mirada de dolorosa súplica. Obviamente necesitaba que le resolviera su dilema. Siendo una mujer experimentada, me di cuenta de que estaba desconectado, es decir, que se corría con el símbolo de lo que hacía y no con el acto real. Mi trabajo consistía en proporcionarle un entorno que lo llevara a lo más alto de su fantasía, mientras permanecía desligado del plano físico. Pero había una trampa. Lo que yo hiciera tenía que ser en *serio*. Para eso era la droga, para proporcionarme la carga de energía suficiente que me permitiera autentificar el acto.

Me tendí de espaldas y me lo puse arrodillado sobre mí, con una rodilla en cada oreja. Miré su virilidad manipulada. Rompí la cápsula, puse el contenido en el inhalador, aspiré y en pocos segundos comenzó la psicodelia palpitante hacia el olvido y la rendición. Enseguida se le puso dura y empezó a follarme por la boca.

«Estoy pagando una extraña deuda», pensé. Hago el papel que hizo Lucinda anoche, y Félix interpreta el mío.

Sólo hay cinco o seis buenos momentos en una carga de droga, así que le resultaba obligado correrse en ese tiempo. Encarné entonces el papel de mi personaje rumano.

—¿Por qué no te masturbas, querido, y empleas mi boca

temblorosa como receptáculo?

Por supuesto, eso captó su fantasía.

El resto fue bastante agradable. Permanecí echado en un estado de somnolienta sexualidad, apenas consciente de la energía que transmitía Félix en su desesperada necesidad de eyacular. De vez en cuando olisqueaba el nitrito amílico y me introduje en una tienda de campaña íntima y perfumada. Por último, escuché los gruñidos que acompañan al orgasmo masculino y enseguida cayeron sobre mi lengua unos goterones de leche.

Como después de aquello no teníamos casi nada que compartir, se fue a la cocina a preparar el té. Luego hablamos de la liberación gay y me prometió que haría algunas fotos de mi cuerpo desnudo.

—Me gustaría hacer una fiesta de presentación en sociedad —dije—. Aunque cada vez que me doy a conocer en un sitio, me doy cuenta de que es para esconderme en otro. Permanecer en el anonimato parece imposible.

Lo dejé y me fui a la iglesia.

En una de las publicaciones del gremio, la Iglesia Ortodoxa Americana, una congregación gay, anunciaba una misa vespertina cada semana. Pensé que aquello podría ser el colmo de la homosexualidad, con vitrales pintados con la imagen de un Cristo maricón.

Pero, cuando llegué, me encontré con que allí todo el mundo era la mar de estirado. Pertenecían a esa variedad de homosexuales, particularmente curiosa, que pretende que aquí no pasa nada. Sospeché que la congregación, compuesta principalmente de gente poco atractiva, sufría una amplia gama de dificultades, desde la soledad a la impotencia. Pero ¿quiénes de ellos iban a entender el sublime sarcasmo de esta apreciación?

El cura era como un animador de espectáculos, muy activo, con bigote y cabellos largos, de unos cuarenta y cinco años, con un halo de más de diez centímetros alrededor de la cabeza. Se engalanaba con todas las vestiduras clásicas y se cambiaba en el vestíbulo según fuera la oración. Le ayudaban cinco acólitos, que iban de los veinte a los cuarenta años,

dedicados a sus tareas habituales, como balancear los incensarios, llevar velas y cambiar de sitio los libros y demás objetos del altar. Uno de ellos tenía la cara decadente de un español de Velázquez. En los bancos del coro había cinco hombres vestidos con pantalones vaqueros y jerséis. Era divertido que uno no tuviera que preguntarse si los muchachos del coro tenían que ir vestidos de esa manera, porque las noventa o cien personas que había en el templo vestían de la misma manera.

Dejé pasar toda la procesión inaugural y los primeros momentos de la misa, esperando que saltara alguna chispa exagerada, algún espíritu de bobada celestial que aligerara el ambiente, pero no pasó nada. Los oficios seguían un antiguo rito francés adaptado al inglés. El escenario era cargante, los himnos se cantaron sin entender las palabras, el canon se leyó sin elevación de alma. Todo fue tan vacío como lo que ocurre en los templos católicos, protestantes o judíos cada festividad del año.

Qué extraño resultó ver de nuevo todos los cachivaches y movimientos de esta involuntaria parodia barroca, muchos de los cuales conservaba grabados en mi memoria de niño, cuando yo también hice de acólito. De niño, todo me lo tomaba en serio. Para mí, el cura era verdaderamente el representante de Dios, y cuando se inclinaba tras su llamada de celo matutina mascullada entre dientes, creía que el pan y el vino se transformaban literalmente en el cuerpo y sangre de Cristo. ¡Pero todas estas personas eran adultas! Sobre todo el cura. Merecía mi mayor admiración por el teatro que habían montado, pero los actores se lo tomaban tan en serio que la torpeza resultaba asfixiante. La historia levantaba sus faldas y sonreía afectadamente, mientras el ala neocristiana de la revolución gay intentaba insuflar vida a una forma muerta.

Hubo dos momentos muy efusivos que me emocionaron. Cuando la consagración de la Hostia, el monaguillo, de cara desfigurada, tañó la gran campana de la iglesia tirando de la gruesa cuerda anudada que colgaba en la sacristía. El eco en las paredes de aquel imperioso sonido broncíneo provocó mis

lágrimas.

Y el sermón estuvo a punto de hacerme saltar de entusiasmo. Como si preparara una charada con meticuloso detalle, el cura empezó hablando de asuntos eclesiales y anunció la formación de un nuevo grupo de teatro. «Estamos preparando dos comedias morales para la Navidad», dijo sin advertir la ironía de su condición. Luego se lanzó a una inspirada charla sobre el valor y la dignidad esenciales del ser humano y añadió una amorosa condena a las sedicentes iglesias cristianas que no dan cobijo a sus hermanos gays. «Debemos aceptar nuestra propia belleza», dijo. «Debemos damos cuenta de que ser como somos forma parte del plan de Dios para el mundo. De modo que cumplimos con Su mandato siendo nosotros mismos. ¡Debemos dejar de sentirnos avergonzados!».

Quise dar un salto y gritar: «¡muy bien dicho, hermano!», pero semejante expresión espontánea habría sonado como una incongruencia en aquel ambiente. Quizá fueran gays, pero Señor, ¡qué *correctos* eran! Se habían tomado en serio el rechazo de los monstruos de la civilización occidental, pero ahora acudían a la forma quintaesenciada de esa civilización para que se aceptase su derecho a existir plenamente.

Donde los grupos de militantes gays son estridentes, esta gente gimotea. De nuevo comprobé que la historia de la humanidad es la historia de la represión y que grandes grupos de personas pueden verse tan frustrados y amenazados desde su nacimiento que durante el resto de sus vidas llevan marcadas la inferioridad y el miedo. Sentí el aguijón de la ira, como si últimamente hubiera compartido esa frustración, y deseé tener una pistola a mano. Parece que tiene que haber una horrible matanza antes de que la especie acepte ciertos problemas básicos. Sentí un fuerte vínculo animal con todos aquellos miserables de la iglesia a quienes no se les había permitido crecer entre sus iguales. Pero, tan pronto como me puse a pensar en el problema en términos prácticos, me invadió el aburrimiento. ¿A quién hay que matar? ¿Y cómo? El enemigo está fuera, pero también está dentro. No puede perseguirse un virus con un hacha. Sonreí

pensando en los revolucionarios que replicarían a mi desespero con el grito de «¡Organízate!». ¿Con quién me organizo? Nosotros somos el enemigo. Y la inclinación natural de cualquier grupo, tarde o temprano, es formar un ejército. La guerra conduce a la guerra que conduce a la guerra. No hay esperanza.

Recibí la comunión y volví a mi banco con la cabeza inclinada y las manos juntas. El sabor de la hostia me elevó a un éxtasis proustiano.

Vino después una hora de reunión social, con café y pastas. Tuve que dominar mi cinismo, porque pocos minutos después de la misa todos los celebrantes iban como locos de un lado para otro buscando un ligue. De no ser tan triste, me hubiera reído de aquella agitación amorosa tan circunspecta y aburrida. ¿Qué hacían estos seres humanos, pretendiendo encontrar su camino en un culto fastuosamente organizado para luego seguir cargando con toda su autocompasión? Se necesita mucho estilo para no saber lo que se está haciendo y que todo parezca encantador al mismo tiempo.

Un puto negro, alto y ágil, se acercó a mí y empezó la charla habitual, nada original pero no despreciable, como la apertura Ruy López.

—Me llamo Ken. ¿Y tú? —empezó. Y luego: —soy músico. Y tú, ¿qué haces?

Y en el undécimo movimiento, lo sorprendí con mi jugada.

—¿Hay algún sitio en la casa donde podamos ir?

Bajé la mirada y vi cómo crecía el bulto del pantalón. Necesitaba una chupada rápida.

Abandoné el lugar y salí a la Octava Avenida. Al otro lado de la calle se encuentra un conocido edificio, la Clínica Municipal de Enfermedades Venéreas. Me pregunté si alguien de la congregación tenía el suficiente sentido de la ironía para apreciar la yuxtaposición de funciones.

Telefoneé a Lucinda pero no contestó y me fui andando hasta la casa de John y Janet. Allí encontré a Jessica. Me agarré a la follamenta como el alcohólico se agarra a la botella.

Cumplí con todos los requisitos. Apoyé mi mano en su cara y se la aplasté hasta deformarle la boca y la nariz. La golpeé en el coño con toda mi fuerza. La mordí en los labios hasta desgarrárselos. Me oí rezongando y gruñendo.

—Por favor, por favor, hazme daño —me decía.

Estaba harto y bastante consciente de la presencia de otras personas en la casa. No lograba concentrarme lo suficiente para hacerle verdadero daño. Le puse las piernas encima de mis brazos, con los muslos pegados a las tetas.

Pensé que si no se lo hacía yo, encontraría a cualquier otro, y la sombra de los celos me espoleó. Pero mientras la abofeteaba y oía sus gritos, y sentía el calor de mi polla en su coño flojo y húmedo, aumentó mi rabia. Casi siempre me pasa lo mismo con las mujeres. Empezamos juntos y luego ella se hunde en un desmayo embelesado, creyendo que la profundidad de su inconsciencia es lo máximo que puede hacer para complacerme. Estuve follándomela hasta las cuatro de la madrugada, cambiando las posturas, alternando entre la flojedad y la erección, hasta que ya no pude más.

«¡Dios mío!, qué aburrimiento», pensé.

De pronto me sentí cansado de usar mi polla y mis caricias como herramientas para ayudar a que otra gente llevara a cabo las perversiones sexuales de su fantasía. Despojado de toda su dinámica terapéutica, el sexo es una actividad extraña. Solté mi esperma dentro de ella y me desplomé en sus brazos. Jessica temblaba, parecía asustada. Pronunció quedamente mi nombre y se acercó más a mí. Repitió mi nombre y puso afectuosamente mi cara en su pecho. Inquieto por su fragilidad, la conforté con oleadas de ternura para, de una manera sencilla, *conocerla* en ese momento.

Pensé que empezaba a sentirme cansado.

Permanecimos echados un rato y pronto una corriente eléctrica nos sacudió a los dos. Empecé a amar su cuerpo con mis dedos y mi boca. Se dio la vuelta y se arqueó levantando el culo. Le golpeé el coño y cerré el puño para metérselo entre las nalgas y, una vez más, empezó con su gemido agudo. Primero le metí un dedo, luego dos y, por último, un

tercero. Empujé mi mano más allá de los nudillos y deslicé los dedos entrelazados, golpeando en las paredes interiores del coño.

Me agaché, hasta tener mi cara a la altura de sus ingles y, como un mecánico que intenta llegar a una parte casi inaccesible de un motor, así probé yo insistentemente hasta que pude encontrar los sitios que aceleraban la marcha de sus vibraciones óptimas. Experimentó una íntima convulsión y luego permaneció inmóvil.

Saqué cuidadosamente los dedos y empecé a trabajar con la boca, lamiendo el coño de arriba abajo y hundiéndome en el ojo del culo, rodeando su borde con suavidad e insolencia. Tenía mi cara totalmente hundida entre las nalgas y ella adelantó su coño, girando la pelvis, frotando los pegajosos labios contra mi frente, nariz, ojos y mentón. Fue un baño facial de vagina.

Sonó entonces el timbre de la puerta. Me quedé paralizado por el miedo. Volvió a sonar. Me puse paranoico, convencido de que era Lucinda. Oí que, en la habitación vecina, Janet despertaba a John. Pasó por delante de nuestra puerta, rezongando y tambaleándose, mientras permanecíamos en aquella pose artística de comedura de coño. Desapareció por el pasillo y al poco regresó de vuelta a su dormitorio. Me incorporé a medias, tratando de penetrar la oscuridad. Empecé a alucinar en las sombras y vi a Lucinda, con un cuchillo, esperando el momento propicio para asestar su golpe.

Jessica se dio la vuelta y se retorció contra mí. Tenía la polla insensible, pero ella quería más. Recordé que en una ocasión preguntaron a Masters y Johnson cuál era la naturaleza sexual de la mujer y respondieron: «Insaciable». Recogió las rodillas contra su pecho y permaneció así, con el coño semiabierto, a la espera de que le metiera la picha. Cogí con la mano aquel absurdo apéndice y lo meneé hasta que alcanzó su longitud y se puso duro. Lo llevé hasta el coño pero, al darse de bruces con aquel hambriento agujero, volvió a ponerse blando. Lo intenté tres o cuatro veces, una de ellas frotando el capullo contra los labios del coño. Acabé por

desistir.

Me desperté una vez. John y Janet estaban follando. Sonó una bofetada y luego otra. Después, ocho o diez, muy fuertes, en rápida sucesión. La imaginé con su cara abofeteada de un lado a otro, mientras él dejaba caer el peso y la velocidad de su brazo sobre las mejillas y la boca, Zas, zas, zas.

—Oh, Dios —oí que decía ella y, luego, más ruidos de azotes.

John hizo el tipo de gruñido que hace una persona que consigue sacarse una espina. Era un orgasmo de alivio.

A la mañana siguiente, Jessica y yo echamos otro polvo. Hacía una mañana gris cuando la acompañé hasta el metro. Hablamos de su anterior amante, por quien seguía sintiendo algo de apego. Y de Lucinda, de mi responsabilidad y de mi sustento.

—Estamos aquí, después de una noche de placer y juerga y nos gustamos porque no vivimos juntos —le dije—. No creo que esa clase de amor pueda durar mucho. Parecemos condenados a despojamos rápidamente de todas nuestras necesidades estructurales, a quemar las posturas defensivas, para que la energía fluya. Pero todo lo que conseguimos es frotamos groseramente, destruyendo lo que más admiramos del otro.

—Estás en plan macabro —me dijo.

—Sólo me atengo a los hechos —dije.

Contemplé el tráfico. Unos cuatro o cinco millones de personas empezaban otro tumo diario de baile económico, hinchando de ordenada actividad los edificios de oficinas, los metros y las aceras. Un ejército colosal de autómatas, tan condicionado como cualquier nido de hormigas obreras. En tales circunstancias, la libertad es una burla y el amor un cuento de hadas. Miré a la chica guapa que tenía delante de mí. No había manera de que entendiera lo que yo veía.

—La puerta se ha cerrado, con la llave echada para mucho tiempo, quizá para siempre —dije—. Estamos condenados a una carrera entre el asesinato y el orgasmo postrero. La relación entre hombre y mujer sólo es posible a distancia, incluso cuando unen sus cuerpos.

Nos sentimos incómodos. Habíamos acordado no hablar nunca del futuro. Quise escabullirme.

—¿Vas a la oficina cada día? —le pregunté.

—Todos los días, de una a seis.

Un mensaje sin palabras revoloteó entre nosotros. Y recorrí las siete manzanas que me separaban de la casa de Lucinda.

16

El día comienza con luz convulsa y sueños dispersos. Varios momentos de claridad pasmosa me recorren todo el cuerpo y forman las primeras lágrimas de la mañana, mientras la conciencia vuelve a elevarse para sentarse en el tractor e iniciar otro ciclo de trabajo. Evocaciones de islas bañadas por el sol, de amplias llanuras desérticas, susurros de un estado de ánimo que trasciende la rigidez de la parte inferior de la espalda. Pero los planes afloran y los deberes del día se presentan. Entonces uno recuerda que quiere dejar a la mujer que duerme a su lado, o que la muerte es inevitable, o que el periódico de la mañana traerá otro hito insuperable de la monstruosa estupidez humana. La fantasía cristaliza y desde su corazón vacío irradia una nube de acusaciones ambientales para inundar toda la realidad de un sentido de significación elevada. Luego, ella se despierta y se produce el primer ajuste con el otro, un cambio que ocurrirá tantas veces en la ciudad atestada, que al cabo de una hora uno deja de hacer caso a los demás humanos de la calle; no tienen más importancia que los rótulos tan abundantes. Sigue el desayuno y las necesidades actúan. El alimento se ingiere, se digiere, se evacúa. La respiración continúa. La radio, la primera mirada por la ventana al aire envenenado, el sonido de los cláxones, las vibraciones del comercio innecesario. Y a lo largo de todo el Gran Guiñol de la vida, el *leitmotiv* del sexo: ¿A quién me he follado, a quién estoy follándome, a quién me follaré? ¿Qué coño? ¿Qué polla? ¿Cuál será el nuevo giro en el carrusel de los sentidos?

El día desciende como un telón de fondo, un respiro gris y arenoso entre los polos de la inconsciencia salvadora. Y una tras otra, aparece la persona, cada una ejecutando su danza de mortalidad.

Lucinda: su vientre comenzó a mostrar el arrebol del embarazo. Dentro de tres días iría al hospital. Ambos lo entendíamos como algo no sucedido, oblicuamente, desviando la mirada.

—¿Quieres que te lleve al hospital? —pregunté.

—No te preocupes.

—No me preocupo —dije en un arranque de ira—. Me he limitado a hacerte una pregunta.

Librábamos el combate entre hombre y mujer que casi nos había faltado en los primeros meses de convivencia: la mujer se expresa según sus sentimientos; el hombre pone reparos a las palabras que ella emplea; cada uno se duele de la insensibilidad del otro; se trazan los límites de la mutua terquedad; ambos se atrincheran en un silencio teñido de malicia.

La guerra no tiene fin.

—Cuando pase esto, todo irá mejor —dijo Lucinda, dando el primer paso para limar el roce—. Sólo eres culpable antes de cometer el crimen. Una vez consumado, quedas libre.

—Eso es muy judío —dije.

—Menos para el niño —dijo—. ¿Has pensado alguna vez en él, aquí dentro? ¿Cómo será? ¿Cómo sonreirá? ¡Es un ser humano y no lo entiendes!

De golpe, la furia apareció en sus ojos y se le pusieron los pelos de punta. Había pasado de la calma a la rabia sin ni siquiera rozar la histeria.

—Bravo —dije.

—¿Por qué eres tan odioso? —dijo.

Habíamos vuelto a la misma situación. Era necesario, pues, follarla por el culo. La tensión entre nosotros había alcanzado extremos críticos y había que descargarla. La alternativa era seguir como estábamos, hiriéndonos con las palabras, o emprender el camino del sexo. Me fui hasta ella y la cogí bruscamente de los hombros. Le di la vuelta, empujé y la puse de rodillas.

—No te muevas —le dije.

Le levanté la bata poniendo al descubierto su culo desnudo y le lubriqué el agujero. Me emocionó la frialdad de

mi gesto y su sumisión me excitó terriblemente. Por supuesto, ella también estaba excitada, porque se mantuvo quieta en un arrobamiento catatónico, a la espera de ser poseída.

La follé como si fuera un cadáver todavía caliente. Ninguna vida en ella, muerta, irrevocablemente. Inexistente. Finita. Follé su cuerpo ignominiosamente, exprimiendo hasta el último roce placentero que le quedaba.

El tiempo que restaba hasta la ejecución del niño podía contarse en horas.

Jessica: fui a verla al sitio donde trabajaba de animadora, en el centro de Esalen más nuevo de la ciudad. Subimos a la terraza y contemplamos desde la altura de los diez pisos el tráfico y la gente que trabajaba en la calle. Se sentó en el parapeto.

—Me da miedo la altura —dije.

—A mí también —dijo. Se puso a horcajadas y balanceó una pierna en el vacío.

Se me revolvió el estómago. Jessica se inclinó para mirar directamente abajo y luego se volvió hacia mí.

—Te quiero porque te dejo que seas tal como eres. No tengo en mi cabeza ningún programa para ti, por eso me sorprendes continuamente.

Tenía un aspecto pulcro y sano, con unos ojos empapados de vivacidad. Evoqué la noche anterior y recordé cómo era el roce del revés de mi mano sobre toda su entrepierna, empezando en las nalgas, subiendo por la pelambre del coño y terminando en el hueso púbico.

—No entiendo que tengas miedo de la muerte —dijo—. La muerte es el final, absolutamente. ¿Cómo puedes temerla?

—¿Cuándo haces vacaciones? —pregunté.

—Excepto en América —siguió diciendo sin responderme —. Aquí, la muerte es la sonrisa de un encargado de pompas fúnebres.

—Podemos probar en Canadá —dije—, o en Marruecos —fruncí el entrecejo—. Sabes, el problema es que hemos olvidado incluso lo que es decir la verdad. Y tarde o temprano, volvemos a la total ignorancia. En ese momento, la vida se convierte en puro reflejo, en una simple reacción a los

estímulos externos. ¿Qué pasaría si te empujo ahora?

—¿Te imaginas la caída? —dijo con los ojos brillantes—. Esa maravillosa arremetida, *conocerla*. Y el breve instante antes de estrellarme. Completamente viva, completamente alerta, nunca más consciente, dándome cuenta de la inminencia del final. Y, después, ¿nada?

Inexplicablemente me sentí aterrorizado.

—Tengo que irme —dije.

Cuando bajábamos me sentí bañado por un mar de creciente ternura. Estaba cerca de experimentar algo parecido a una emoción. Vi que me decía a mí mismo repetidamente: «ve con cuidado», mientras me las arreglaba para bajar por los peldaños de hierro de la escalera de incendios.

—¿No has visto todavía *Performance*?, —le pregunté.

—No.

—Es una de las mejores películas que se han hecho —dije —. Eclipsa la verdad por entero. Y en la oscuridad que la rodea, se ilumina lo desconocido.

—¿De qué trata? —preguntó Jessica.

—Es una historia de amor.

Francis y Bertha: los visité en su casa. Apestaban a intimidad. En cuanto puse un pie en la casa, las vibraciones se hicieron afiladas, puntiagudas, triangulares. Su nueva obsesión era un viaje a la Costa Oeste dentro de unos meses.

—Podemos ir los cuatro juntos —dijo Francis, dejando caer la onda de su opacidad emocional.

—No le gusto a ella —dije, señalando a Bertha—. ¿Cuándo mierda vas a entenderlo?, —guardó silencio—. Además, no quiero que nadie me presione con respecto al alcance o la variedad de mi vida sexual. Si los dos queréis un uno-para-uno entre las sábanas, es asunto vuestro, pero no os lo recomiendo.

Bertha se levantó y se puso a la altura de los dos.

—Será mejor —dijo dirigiéndose a Francis— que pongas en claro si quieres ir con él o no. Porque si él va, yo no voy.

Francis nos miró, parpadeando asombrado.

—No puedo creer que habléis en serio —dijo.

—Pues así es —dije—. Así es como somos y de nada sirve

que razonemos sobre el tema.

—Pero esto es insensato —dijo.

—Bueno, no es como decían las monjas, seguro —dijo Bertha.

La referencia a nuestro castigo común en el pasado rompió la tensión y todos sonreímos.

—Así son las cosas —continué—. Es lo mismo con tres que con dos, sólo que más complejo, con mayor energía. No somos más que cargas eléctricas. Nos repelemos o nos atraemos. Zumbamos, resplandecemos, chisporroteamos, crujimos. Y luego nuestras ridículas mentes pretenden encontrarle algún significado a nuestra conducta aleatoria. Y no hay ninguno. Hacemos lo que tenemos que hacer en virtud de nuestra estructura y, en el proceso, nos formamos una opinión. Así que vete con la chavala a California. A lo mejor te veo allí.

Hubo un largo momento de silencio durante el cual Francis luchó con su corazón dividido.

Donald y Félix: algunos de los momentos de mayor éxtasis consciente me han venido mientras he estado incrustado entre sus necesidades gemelas, hundiéndome en un pasadizo negro-violeta, o precipitándome hacia la dorada puerta que da acceso al ojo intemporal que ha visto toda la luz.

Tras nuestro encuentro en Central Park, Félix sugirió una fiesta para despedir a Donald y nos citamos para iniciar la velada. Era la primera vez que los veía en la calle, y ambos iban vestidos formalmente con trajes, mientras yo iba entre ellos con unos vaqueros ajustados y una camiseta deportiva.

—Me siento como un puto —dije, y nos reímos los tres.

De pronto, cambió el ambiente. Desapareció toda la extrañeza que siempre había existido entre nosotros. Miré a uno, después al otro, con admiración y afecto. Eran los hombres con quienes había compartido las experiencias físicas más íntimas, aun cuando nunca me entregué sin reservas. Y ahora estábamos como viejos amigos, chistosos y bromistas. Sentí un gran alivio al comprobar que el mundo gay me era accesible, que podía apoyarme en él y ser entendido. La parte de mi personalidad que mantenía

normalmente oculta salió a la superficie y me volví locuaz y bullicioso, hasta la exageración casi.

«Esta noche soy gay», pensé. Me invitan a un restaurante caro y participo en una divertida charla homosexual mientras paseo por la Calle 71. Estoy en el mundo gay sin pertenecer a una organización ni haber hecho un compromiso con mi integridad. Soy ahora tan yo como lo soy en otras circunstancias, en cualquier momento del día. Hacer una escena homosexual no significa ser homosexual. Sentí una gran euforia y sonreí para mis adentros.

—Bueno, parece que alguien se siente feliz —dijo Félix en tono pícaro.

Durante unos instantes gozamos en silencio de nuestras vibraciones, y luego entramos en el restaurante. La comida fue soberbia, nuestra charla, la adecuada, los vinos, excelentes, el café y el Drambuie de sobremesa, intachables.

—No he conseguido droga —dijo Félix.

Cogimos un taxi y fuimos a una farmacia que nos la vendía sin receta, pero el hombre que estaba a cargo de la tienda era nuevo y tuvo miedo de vendérnosla. Donald telefoneó a un amigo del East Side que estaba dispuesto a damos seis cápsulas. Cogimos otro taxi. Vivían en un lugar ostentoso, con un portero en la puerta y un conserje en el vestíbulo.

—Forman una extraña pareja —cuchicheó Donald mientras subíamos en el ascensor forrado de terciopelo—. Charles, el viejo, es seguidor de Wallace. Es increíble.

—Bueno, que seas homosexual no te hace automáticamente de izquierdas —dijo Félix.

—La muy zorra —susurró Donald.

—No hay razón para que no haya maricones fascistas —dije.

—Pero está en contra de la homosexualidad —dijo Donald—. Se lo he oído decir. Es de locura. Como mínimo mantiene a dos jovencitos guapos de forma continua.

—América es un país de locos —dije.

Recogimos el nitrito amílico y nos fuimos a casa de Félix. Había entre nosotros un ambiente expectante. En el taxi me

puse un poco nervioso y me froté un muslo contra el otro. Qué feos somos cuando nos ponemos insistentes con nuestro propio placer. Estaría muy bien que pudiéramos librarnos de esto. Había tenido mejores escenas con otras parejas, pero nunca tan completas como con estos dos amigos. Me sentía extrañamente cruel.

Una vez en el apartamento, no perdimos el tiempo. En cinco minutos habíamos desplegado la cama y corrido las cortinas, nos desnudamos y fumamos un porro. Nos relajamos con el humo de la marihuana y el calor de nuestros cuerpos, y nos cogió una somnolencia lenta y agradable. Me dejé caer a lo largo del cuerpo de Donald y, con un solo movimiento, me metí su polla medio erecta en la boca. Félix hurgaba en mi torso con los dientes. Íbamos un poco deprisa y quise reducir el ritmo, pero Félix estaba lanzado. Me agarró con fuerza y tiró de mí, aplastando su boca contra la mía. Donald se arrodilló entre mis piernas y se preparó para follarme. Rompí la ampolla de nitrato amílico y me hundí en el agitado mundo de sensaciones atormentadas.

Gemí cuando me entró toda la polla y Félix me castigó con su energía. Me mordió la boca cuando Donald empezó a estremecerse dentro de mi coño glúteo. ¡Corriéndose tan pronto! En esa extraña conciencia que produce a menudo esta droga, sentí que los dientes que me destrozaban estaban incrustados en un cráneo y vi que mi cara se convertía en la cara de la muerte. Mientras me dejaba consumir, me di cuenta una vez más de que, para mí, la última experiencia del acto sexual es siempre un abrazo a la tumba.

Fue una fuerte revelación para el poco tiempo que llevábamos de orgía.

Follamos juntos unas cuatro horas. En ese tiempo paramos para tomar té y, una vez, Félix hizo fotos de Donald y de mí en una serie de delicadas posturas. En una de ellas estoy echado boca arriba en una actitud que me pareció de abandono, mientras Donald está de pie a mi lado, con sus más de dos metros de altura. Me asombré de la manera fría y ligera con que nos tratábamos a pesar de la gran intensidad física.

—Haz lo del otro día —le dije a Félix una vez vueltos a la cama.

Y empezó a menearse la polla, poniendo el capullo sobre mis dientes y la punta de mi lengua. Aspiré más afrodisiaco y me hundí en un olvido intermitente. Pero Félix, por más que lo intentaba, no lo conseguía y terminó por desistir.

Se sentó y los tres nos miramos sombríamente. Yo estaba cachondo.

—Veamos —dije— Donald se ha corrido, Félix no puede y sólo quedo yo.

Los dos me miraron sorprendidos y a continuación sonrieron.

—Así que yo haré de director —continué—. Donald, tú te pones aquí debajo y me chupas la polla. Tú, Félix, sigue intentando correrte en mi boca y, de vez en cuando, inhalas un poco de droga. Seguiremos así hasta que yo me corra y, si tú, Félix, te corres también, será una propina, pero, esencialmente, se trata de mi orgasmo. ¿De acuerdo?

Me costó estar al tanto de los dos a causa de mi estado físico y la condición de mis fantasías. También por las vibraciones que había en la habitación, que me tenían pendiente de uno u otro aspecto de la escena. Lo más molesto del acto era que me daba cuenta de que no estaba gozando de todo el proceso. Era como si estuviéramos ejecutando una tarea sutil y compleja y, en alguna parte, alguien estuviera observándome, como en un examen.

Intenté meterme en la conciencia de los otros actores. Se me ocurrió que cada uno actuaba según alguna idea o expectativa de placer; no era una escena orgánicamente espontánea, sino la búsqueda de sensaciones por parte de tres cansados sensualistas.

Era el final definitivo de Narciso: se encuentra a sí mismo para hacer el amor y luego comprueba que el acto amoroso no le satisface.

Y entonces me corrí en la boca de Donald.

Nos echamos un rato para apaciguar las vibraciones.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No lo sé —dijo Donald—, pero me he sentido como si

alguien hubiera estado pisoteándome durante dos horas. Tengo dolor de cabeza.

—No sé de qué estáis hablando —dijo Félix, que era el único que aún no se había corrido.

—¿Qué te parece —le dije a Donald— si ponemos a éste golpeándome las nalgas con ese cinturón tan bonito que tiene?

Félix se sobresaltó.

—¿Quieres de verdad que te haga daño?

Me tumbé boca abajo y aspiré otra vaharada de droga. Donald se sentó sobre mis muslos y jugueteó con su polla hasta ponerla otra vez dura y luego la hundió entre mis nalgas y la metió por el agujero. Era un alivio que me follaran otra vez. Me cogió de las caderas y se apretó contra mi culo. Me dejé penetrar para que él se achicharrara con todas las sensaciones producidas por nuestros roces. Volvió a correrse entre gemidos. Luego, Félix se arrastró sobre mí y me folló durante quince minutos. Tenía la polla tiesa pero no alcanzó el orgasmo. Sin ninguna razón, me enfadé con él y lo aparté, dejándolo con la minga colgando. Yo seguía de un cachondo subido. Me bajé y me metí la polla de Félix en la boca, justo cuando empezaba a poner mala cara. Se la chupé como nunca había hecho en mi vida. Mi boca era una conciencia viva sobre su carne. Se cogió la polla y la estrujó. Lo oí gritar sofocadamente y abrí desencajadamente la boca. De inmediato, la humedad del esperma bañó mi lengua y tragué con fuerza.

«Me gusta tragármelo», pensé, adoptando la postura del lascivo llevado allí para ser follado y utilizado por estos dos hombres.

Me di la vuelta y sentí la exuberancia de mi cuerpo al rozarme con los de ellos. Donald volvió a montarme, esta vez de frente, poniéndome las rodillas dobladas sobre mi pecho. Félix me mordió con fuerza un pezón. Me retorcí quejoso y puse su cabeza contra mi pecho. Me apreté profundamente contra la polla de Donald y gocé con cada minuto de toda la cosa. Félix me mordisqueó en la mejilla.

—Hazlo —le dije al oído—. Quiero el cinturón.

Donald me oyó y aumentó su excitación.

—Quiero que me azotes —insistí, y Donald dio un grito y se corrió dentro de mí por tercera vez en aquella noche.

Félix me dio la vuelta. Bajó de la cama y volvió con el cinturón de cuero. Me tomé un poco de droga y me dejé llevar por mis propias sensaciones.

Empezó a azotarme levemente, luego con más fuerza. Adopté la postura cinestética y cinemática de mi condición. A medida que sentía el ardor y el hormigueo de la creciente división entre ternura y brutalidad, vi la escena desde fuera, el hombre-mujer drogado, pequeño y moreno, atravesado sobre la cama, mientras un hombre vigoroso lo azotaba en las nalgas repetidamente y un tercero los contempla fascinado.

El cinturón siguió golpeando, cada vez más fuerte y a un ritmo más rápido. Donald se puso debajo de mí y me acarició con sus dedos entre mis nalgas. Su tacto era muy agradable y me removí para sentirlo mejor. Pero cada vez que levantaba el culo el azote era más doloroso. Fue exquisito. Tenía que ofrecer mi culo para recibir un castigo mayor a cambio de una delicada caricia.

La mano fue tomándose mayores libertades con la demostración de mi deseo y, finalmente, un dedo se insinuó en el agujero. Abrí la boca para tomar aliento. Félix empezó a azotarme con un ritmo sostenido. Grité de dolor para liberarme de aquel momento. Busqué algún demonio freudiano y me reí de mi hallazgo. ¿Qué interés podía tener cualquier razonamiento ante la abrumadora realidad del látigo, su sonido alternativamente silbante y sordo, la serena crueldad de la determinación de Félix, y el chapoteo y entretenimiento de la mano depravada de Donald?

Por fin, por fin el látigo. Y me pregunté si algún día me atrevería a dar el último paso, tumbado en alguna parte, esposado y amordazado, mientras un artista de la tortura elevaba mi cuerpo a su más alta sintonía.

Cuando me corrí, cesó toda la actividad. Me sentí entumecido y saciado. Los otros dos dormitaban, uno a cada lado. Me levanté.

—Tengo que irme —dije.

—Ven a verme si vas a la costa —dijo Donald.

—Telefonéame —dijo Félix.

Me vestí y me acompañaron hasta la puerta.

Fuera, en la calle, hombres hinchados estaban sentados en los portales bebiendo latas de cerveza. Los locos caminaban por las aceras hablando solos. Las luces de los coches de la policía emitían destellos en las esquinas.

John y Janet: dos parásitos intentando chuparse la mutua sequedad.

—Si me amaras, te vendrías conmigo —dijo él.

—Sólo quiero un día para mí —dijo ella.

—Bueno, ya fijamos esta cita hace tres semanas —dijo él.

—Oh, muy bien, ya iré —dijo ella.

—No te molestes, si no tienes ganas —dijo él.

—Pero sabes que te amo —dijo ella.

Y entonces tuve que irme.

17

Aquel aspecto de la persona, aquel «yo», el más reprimido, llega a parecemos, mediante una irónica metamorfosis, el yo «más profundo» o el «más auténtico», aquel al que aspiramos, aunque sea de manera inconsciente. Y cuando creemos que hemos conseguido exactamente aquello por lo que habíamos luchado, descubrimos que no tenemos más que mierda y cenizas en nuestras manos.

La mañana siguiente empezó en una especie de pozo de miasmas. Permanecí echado, con los ojos cerrados, despierto, casi una hora después de recuperar la conciencia. No tenía sueño, pero no encontraba ninguna razón para moverme. Mi mente era como una de esas tuberías, de cincuenta metros de largo, que desaguan inmundicias en el East River. Y yo me revolcaba en la incomodidad del cieno. Luego, Lucinda se levantó y fue al cuarto de baño. Cuando volvió, abrí los ojos y sentí el rescoldo del profundo disgusto que había entre nosotros.

—Me pregunto si es un chico o una chica —dijo—. Después del aborto, ¿crees que debo decirles que miren y me lo digan?

—Yo no quiero saberlo —dije.

—Pues yo sí. Y no te lo diré.

Se vistió, sin preparar el desayuno.

—Me tomaré algo en la calle —dijo—. ¿Vienes conmigo?

Nos metimos en una de esas cafeterías de Broadway que parecen atraer a camioneros y policías. Los huevos sabían como si las gallinas que los habían puesto se hubieran alimentado toda la vida de polvo radiactivo. Leí el *Times*, un tebeo asqueroso, repasé las fotos, rezongué con cada titular, luego los artículos, miré por encima las críticas de libros y sentí náuseas con el insípido comentario del editorial.

—¿Qué hiciste anoche? —me preguntó Lucinda.

—Estuve en una pequeña orgía con una pareja de maricas, unos amigos que conozco del Village.

Sonrió comprensiva y con verdadero buen humor. Era su manera de expresarse, y le había ayudado a encariñarse conmigo. Nos habíamos enredado tanto en las complicaciones de nuestro drama íntimo que ya no sabíamos apreciarnos como personas. El momento fue efímero, pero sirvió para demostrar hasta qué punto la humanidad ha perdido su capacidad de existir simplemente. La Tierra traza un círculo completo alrededor del Sol y, para nosotros, parece que lo importante consiste en dar nombre al ciclo, llamarlo año, mientras ignoramos lo extraordinario que es que eso ocurra. En ese año emprendemos guerras, calculamos ganancias y pérdidas, persistimos en nuestras aventuras vergonzosas y perdemos de vista el pavoroso alcance del ser.

«¿Por qué no ha sabido permanecer independiente?», me pregunté mientras le veía mover los labios al hablar. Se puso en el papel de esposa y yo consentí por mi ignorancia y mi desvalimiento. No supe ser soltero en los brazos de la mujer necesaria. Y sólo en los momentos en que volvía a ver algo claro de ella, de nuestra escena, podía empezar a apreciarla, a gozar de ella, a verla como un ser por derecho propio. Para sentirme seguro había iniciado una aventura con otra mujer, me había corrido una maratón sexual con dos hombres y, posiblemente, había perdido mi amistad con Francis.

Parecía que, de algún modo, debía haber una nobleza más elevada, una vida de mayor alcance que ésta de hacerse una paja asomado a mis deseos gastados y decadentes.

De vuelta al apartamento, fumamos hierba y pusimos la televisión. Nixon pronunciaba un discurso en la Universidad Estatal de Kansas, dentro del ciclo de conferencias Alf Landon. La gente gritaba y aplaudía mientras el presidente pateaba por el estrado abriendo los brazos, con una ancha sonrisa colgada de su máscara cruel.

«Gracias, gracias». Se adivinaban las palabras en sus labios, pero el tumulto de la gente ahogaba su voz. Hizo un gesto, bajando las manos, pidiendo que cesaran los aplausos,

como así sucedió a los pocos segundos. Se acercó feliz al micrófono. Hubo un momento en que actuó como Johnny Carson.

—Se parece a Johnny Carson —dijo Lucinda.

—Johnny Carson no puede destruir el mundo —dije—. *Él* sí puede.

Seguimos con los ojos puestos en la pantalla, para ver con aburrido interés a ese hombre extraño que había llegado a ser casi dictador de la nación más poderosa del mundo. Una ola de terror pasó por encima de nosotros. Hizo unas cuantas bromas y un comentario sobre la corbata que llevaba. Todo el mundo se echó a reír. Y otra vez los aplausos.

—¿Pueden ser tan infantiles como aparentan? ¿Son todos realmente unos retrasados mentales?

Nixon hizo un elogio de Landon y dedicó unas pocas palabras a su manera de percibir la vida («he ganado, he perdido y puedo deciros una cosa: me siento mucho mejor cuando gano», vítores). Se refirió oscuramente a ciertos aspectos personales e inició su charla sobre la democracia.

«En una sociedad libre, nadie puede ganar siempre, nadie puede salirse siempre con la suya ni nadie puede tener razón siempre». Y más adelante: «No podemos respetar el imperio de la ley en el extranjero a menos que respetemos el imperio de la ley en casa, en Estados Unidos».

Una ovación de tres minutos.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Lucinda.

—Quiere decir que la guerra continuará en Asia y los radicales de aquí serán barridos por completo.

Un ronco grito de dolor surgió de la chusma respetable. Era un disidente. Sus palabras eran inaudibles. Sólo el tono de la voz, el miedo, la ira. Todo inútil. La guerra no terminará nunca.

¿Es que hay quien entienda lo que pasa? Quiero decir, ¿que lo *vea*? ¿La falta de sentido de nuestra condición? ¿La estupidez de las masas y de sus líderes? ¿Hay alguien que se dé cuenta del estado abyecto en que hemos caído?

«Sólo debemos sentir desprecio por estos radicales y por quienes simpatizan con ellos», decía el presidente.

—Jesús —dijo Lucinda—, vámonos de este país.

—¿Para ir adonde, Lucinda? ¿Crees que será mejor en otro sitio? La libertad está muerta en todas partes. El mundo está moribundo. Te empeñas en olvidarlo.

—¡No! —gritó—. No quiero saber nada de eso. Sólo quiero tener mi niño y vivir en paz. No es pedir demasiado, de verdad, no es pedir demasiado. Sólo un sitio donde pueda encontrar la paz.

Y empezó a sollozar.

18

Estaba tumbado de espaldas, esnifando droga, masturbándome. No me quedaba ninguna energía sexual. Mi polla estaba seca y dolorida. Pero tenía que cogerla, sacudírmela, arrancar el semen de mi cuerpo. Era un acto de puro autoabuso, y recordé que esa palabra, autoabuso, es el eufemismo que se suele emplear para la masturbación.

Pasé de una fantasía a otra, más cerca de la eyaculación mientras más me degradaba. Me vi como una desaliñada chica rubia, adicta a los negros. Era la esclava personal de un hombre bruto y resentido que empleaba mi coño como receptáculo de su veneno. Un amigo suyo lo visitaba en su casa y mi dueño, al salir, le decía al otro: «¿Quieres usarla?». Se volvía para mirarme, con los ojos chispeantes. Se me hacían agua las rodillas. Iban a follarme.

Lucinda dormía en la habitación vecina. No sabía si oía el sonido de mis movimientos, pero no le di más importancia. «Estoy convirtiéndome en un degenerado», pensé. Luego me pregunté con qué criterios estaba juzgándome. ¿Por qué tenía que preocuparme esta forma particular de conducta? ¿Qué alternativas tenía? Quizá podría lanzar bombas incendiarias desde un avión. O leer. O enfrascarme en una afición. ¿Por qué no tumbarme otra vez y hacerme una paja? Como actividad, figura entre las menos dañinas y, tal como dicen nuestros hermanos budistas, el no hacer daño es la mejor virtud. Un fino chorro de esperma apareció entre mis dedos y resbaló por mi mano. Lo miré. Igual que el que se alojó una noche en el coño de Lucinda y ahora era un ser que se había enconado en su seno. Y pronto la solución salina entraría en su corriente sanguínea, provocando una serie de convulsiones en su útero que desalojarían al molesto feto, el cual, según lo previsible, saldría arrastrado entre un torrente de sangre y

tejidos.

Habría muerto llevando sus símbolos encima.

Estaba a disgusto conmigo mismo por pensar cosas tan despreciables sobre la muerte del niño, por ver todo el asunto con agudeza burlona. Pero ¿cómo podía sentir o actuar de manera distinta? De nuevo me pareció que un sistema de valores se había insinuado en mi carácter y era con esto con lo que me medía.

Me levanté y fui a la cocina a secarme las manos. Me comí un trozo de melón. La fría y exquisita fruta acarició mi cuerpo a medida que bajaba. Me sentí desconectado de las realidades básicas de la vida, el sol, el aire, el agua, la tierra. Era una célula en el cuerpo de la humanidad y la humanidad estaba moribunda.

Me di cuenta de que no tenía absolutamente ninguna idea de cómo tenía que ser o cómo debía comportarme.

No había ninguna cosa más que hacer, así que me fui a dormir. Lucinda se removió en la cama y se despertó cuando me acosté. Apretó su cálido cuerpo contra el mío. Y protesté y maldije para mis adentros cuando la abracé.

19

Querida Anita:

La pasada noche quedará en mi recuerdo como la noche más perfecta de su clase que nunca he pasado. Muchos de mis gambitos sexuales están en declive en estos días y, a medida que pasan, puedo contarlos con los dedos de una mano: el último encuentro homosexual, la última masturbación, el último flirteo literario. Quizás, uno de estos días, escriba con sudor *el último polvo* entre los pechos de la última mujer. Nuestra relación me recuerda que el preludio amoroso no es, en modo alguno, inferior al coito con penetración. Y la tensión entre dos narcisistas es siempre estimulante.

Eres un triste ser humano. La rutina mecánica de tu vida, el pacto de emoción desvalida entre tú y tu perro y la severidad que aumenta con los años, son inevitablemente devastadores. Pero, en tanto te convenzas a ti misma de que el conocimiento es salvífico, podrás defenderte de todo eso y morir con optimismo. En todo esto te veo como un espejo de mi propia condición, sobre todo en la manera que tu incapacidad para mantener una relación íntima imita la mía y sirve de modelo a un número creciente de individuos de nuestra especie.

Me sorprendió que no folláramos y esta mañana me he despertado sonriente. El contraste de esto con mi habitual lobreguez savonaroliana indica sin duda que anoche pasé un buen rato. Pero ahora pienso que no volverá a repetirse la ocasión porque, después de reflexionar sobre el tema, me doy cuenta de que follarte habría sido insoportablemente tedioso.

Imagínatelo. Tus impulsos capricornianos compitiendo con mi escorpiónica energía. La mujer que llevo dentro agitándose con el hombre que llevas dentro, el estofado animándose porque la mujer que llevo dentro es lesbiana y tu

hombre interior es marica. Nuestras mentes jugando una partida de ajedrez rápido, atropellándose al capturar y mover las piezas. Y, por supuesto, retozando entre las dualidades, entre la ternura y la firmeza, lo desconocido y lo familiar, la sensualidad y la distancia, la fantasía y la realidad, el éxtasis y el terror, dentro del ojo del orgasmo.

¿Puedo bostezar?

No *hay* nada nuevo bajo el sol.

¿Cómo habría sido al principio? Un largo rato sólo para besarse, descubriendo qué placenteras danzas pueden ejecutar nuestras bocas. Mis labios llenos y turgentes inclinándose carnosamente sobre los tuyos, amplios, curvilíneamente perfilados. Y, luego, suspirar y abrazarse, vaciarse y explotar, subir y bajar. Hasta que el calor de esa energía empieza a quemar en nuestros pechos y aplastamos pecho contra pecho y quedamos suspendidos en ese raro espacio donde, por un momento, podría creerse que el amor ocurre.

Después, el resto. Dedos, uñas, pezones, ojos del culo, polla, coño, dedos de los pies, axilas, vientres, nalgas, rodillas y codos. Dando vueltas y maniobrando para cambiar de postura. Sintiendo el sutil *crescendo* de las voluntades entrelazadas. Luego, meterla dentro, meterla dentro, está dentro, toda dentro, tus piernas se disparan hacia arriba y yo me hundo ardorosamente hasta tu fondo.

Cambio de marcha.

Gimes y susurras. Te muerdo los hombros. Me arañas la piel de la espalda. Durante unos breves momentos saboreamos la fusión de las defensas que nos guardan. Se funden nuestras auras. Sexo a sexo, boca a boca, con los miembros flexiblemente entrelazados, cerramos nuestro abrazo y nos mecemos suavemente. La sensación de los pequeños remolinos de las sábanas nos estremece.

«Sí», dices tú.

«Sí», digo yo.

En el momento en que los dos recordamos que por la mañana será completamente distinto y que nuestra conspiración absolutista es otra triquiñuela para huir del

horror. Con gran disgusto por mi parte, me retiro; tú caes de espaldas y yo me arrodillo, perpendicular a tu torso, te doy la vuelta, te pongo de lado, con apasionada técnica, buscando refugio en mi cuidado para borrar aquel momento angustioso que siempre ve cuán solitarios y transitorios son los éxtasis del cuerpo.

Y, luego, desechos del alma, lo hacemos otra vez y otra vez, para reafirmar la visión devastadora. Y, sofisticados como somos, sacamos después la parafernalia, los accesorios que nos ayudan a sobrellevar nuestro dolor. Y luego otros, como provisiones parat seguir alimentándonos. Hasta que el aburrimiento nos alcanza con tan contundente frecuencia que nos separamos violentamente.

Y yo diría: «¿Anita? Ah, sí, tuvimos un *affaire*, pero ya se terminó».

Quizá la clave esté en que dejemos de confundir la autodestrucción con el placer.

Pocas semanas antes de verte, reposaba en los brazos de Bosley, Capricornio como tú, pero hombre. Alto y negro. Me acarició con la más melancólica de sus inflexiones irónicas mientras yo trataba de simular que era gay. Me fue fácil entregarme a él, porque éramos sinceros con respecto a nuestra desesperación. ¿Te hablo de este polvo? ¿Puedes comprender lo que yo comprendo? He visto mujeres en mitad del orgasmo y no hay nada que puedas experimentar sobre esto que yo no sepa. Lo agridulce de la penetración, la relajación y la aceptación, el movimiento, la unión, la excitación que nunca puedo sentir cuando a horcajadas mi polla inicia las venturas de una mujer hasta extasiaría. Y cuando acabo, siento como si me hubieran hecho un buen masaje, un sobo sabio y placentero de mi carne.

Y ya está. El chiste de la evolución. La creación de los sexos. Dar con deseo lo que la muerte se lleva.

Después de dejarte, volví al apartamento que comparto con Lucinda y me la follé sin más. Por primera vez en cinco meses ella no quería. Pero ambos sabíamos que era la última vez, por eso consintió, por mor de los buenos tiempos. Y, una vez más, pusimos en marcha el motor y hundimos nuestra

desesperación en la noche.

El sexo es un final absoluto.

Puse la carta en el buzón y me sentí más ligero. Ahora sólo me quedaba ocuparme de la desesperación universal que impregnaba cada poro de mi piel. Cuando volvía de echar la carta, vi a un anciano sentado en un banco de Central Park. Estaba doblado por la cintura, abrazado a su estómago. Parecía como si llevara sufriendo mucho tiempo y ya no le importara nada. La llovizna gris le había empapado sus ropas ajadas y el ala de su sucio sombrero goteaba agua. Calzaba unas zapatillas de felpa, una incongruencia, seguramente recogidas de uno de los cubos de basura del edificio de enfrente. El aire estaba podrido por los coches, taxis, camiones y autobuses que expelían por sus tubos de escape los gases de millones de litros de carburante. El cielo estaba oscuro como la pólvora.

Miré las caras de la gente que pasaba por la calle. Vi máscaras que contaban historias de un millón de tragedias íntimas. La dureza de las bocas apretadas, el brillo instantáneo de los ojos, las frentes arrugadas, las expresiones sin vida. Enfermedad por todas partes. Lisiados dondequiera que mirara.

Pasé junto a un banco con sus cajeros automáticos alineados tras las jaulas de vidrio. En el escaparate vi la fotografía de algún lugar de Nuevo México, con nubes sobre un cielo azul y colinas multicolores. El texto decía que el banco sería muy feliz haciendo posible que todo el mundo pasara sus vacaciones en aquel sitio. Pensé en los cientos de miles de personas sometidas a la esclavitud infrahumana de la rutina gris y torpe en los innumerables bancos de la nación. El gigantesco ritual del culto al dinero para beneficiar a los amos del país.

Vislumbré todo el horror de la condición del mundo causado por la codicia implacable de los hombres que poseen estos bancos, que dirigen la maquinaria de la guerra, que engendran los imperios comerciales. La realidad brutal de la estupidez humana me asustaba. Y la situación seguía empeorando.

Me di cuenta de que el único acto decente con respecto a aquel banco era arrasarlo con una carga masiva de dinamita.

«Ten cuidado», me dije.

Las leyes contra el pensamiento no tardarán en ser promulgadas. E incluso si empezaba a pensar en destruir cosas, podían venir y detenerme. Me llevarían aparte. Me matarían.

Seguí caminando. Vi el globo terráqueo en su conjunto, con nubes grises cubriendo toda la Tierra, cayendo desde ellas el cataclismo de una lluvia incesante de puro odio.

Levanté el rostro y proferí un grito de alegría profana.

Sólo dos o tres viandantes se molestaron en mirarme. El resto siguió ocupado, cada uno a su manera y según su opinión, con el fin del mundo. No tenían por qué molestarse con la aflicción de nadie.

20

—Y bien, ¿vas a darme el dinero?

Lucinda estaba sentada en unos almohadones al pie de la cama. Pedía los trescientos cincuenta dólares, la mitad del precio del aborto. Me invadió una llamarada de ira y estallé.

—Tienes por delante diez años de pensión alimenticia, veinte mil en el banco y unos padres millonarios. ¿Y tú me pides dinero? Si te diera ese dinero me quedaría prácticamente sin nada.

—Por lo menos deberías hacerte responsable de tu mitad del embarazo. No me cargues a mí con todo.

«Dios», pensé, «¿cuándo acabará esto?». Y dije en voz alta, gritando:

—Asumo toda la responsabilidad que puedo. El dinero es otro asunto. ¿Es que no lo ves?

—No creo que estemos de acuerdo —dijo.

—Mierda, mierda, mierda. No quiero oír nada de dinero. No quiero oír nada de problemas. No quiero oír nada de nada.

Cogí la chaqueta.

—¿Adónde vas? —dijo asomándose desde la cama.

Parecía preocupada. Me dirigí a la puerta, dispuesto a largarme.

—Espera —dijo. Me detuve—. Hoy no quisiera estar sola.

Sentí como una punzada. Volví al dormitorio y me senté en el borde de la cama.

—¿No podríamos pasar el día juntos, sólo eso? —suplicó.

Me incliné hacia ella y se echó en mis brazos. La situación era clásica. La sensiblería siempre triunfa.

—Esta tarde tengo que ir al médico —dije—. Pero puedo quedarme hasta entonces y, luego, pasar la noche juntos.

El día transcurrió con lentitud. Comimos, leímos y

observamos el techo. De vez en cuando miraba por la ventana y calculaba el paso de las horas por la creciente oscuridad del día. No hacía sol, sólo la sábana blanca y negra de la polución colgada un kilómetro más arriba. Me sentí más calmado, como si la decisión de permanecer juntos en el espacio del apartamento obviara la futura despedida. Entramos en un continuo casi narcótico, en el cual algunos de nuestros gustos por el otro empezaron a tomar nueva forma. Fue posible que del «ella» y del «yo» surgiera el «nosotros». Y, junto a eso, estalló de nuevo el deseo de que naciera el niño, y la esperanza brillaba en los ojos de Lucinda cada vez que se distraía. En varias ocasiones, las palabras estuvieron a punto de salir de mi boca. «Dejémoslo todo. Busquemos un rincón en la Tierra donde no haya llegado el veneno. Intentemos cuidar el uno del otro y hagamos sitio para que el niño crezca».

Pero cada aparición de ese pensamiento iba acompañada de una llamada a la destrucción, del impulso de buscar una pistola, salir a la calle y empezar a matar, a hacer agujeros en las cabezas de esta horrorosa especie animal infectada de violencia y aflicción. Y me asía a la última postura de la impotencia: hablar.

—Muerte a la especie —grité con fuerza.

—Oh, querido —dijo Lucinda sonriendo. Estaba habituada y gozaba con mis parrafadas. Podíamos compartir algo.

—Adelante con el asesinato y la destrucción. Sin reparar en las apariencias. Sonreirán y parecerán civilizados, pero todos son demonios obedientes, se multiplican, traen al mundo más gente de su clase, prolongan las guerras, hacen más opresivos los sistemas, más estúpidas las religiones.

—Sigue así y podrás presentarte a las elecciones.

—La crueldad es la única manera de sobrevivir en este planeta dejado de la mano de Dios. Estamos abandonados a nuestra propia suerte y no disponemos de la energía necesaria para permanecer despiertos. Por eso matamos, y cada vez que hundimos el cuchillo en el otro, obtenemos comida y aliviamos nuestro dolor. ¿Te das cuenta? Nos han hecho imperfectos. Hemos de emplear la violencia para

sobrevivir.

—Déjalo ya. Estás asustándome.

Las vibraciones de la habitación se quebraron.

—Me alegra que matemos al niño —dije—. Es mejor que le evitemos la muerte.

Me senté al lado de Lucinda, la miré fijamente a los ojos y hablé dulcemente.

—Ya ves lo que hay fuera. La brutalidad institucionalizada, desde la cuna a la tumba. Hemos cambiado el terror de la jungla por el horror de la ciudad. Una nación de esclavos asalariados y derrelictos físicos tropezando cada día en los centros asfixiantes del poder para construir las pirámides del último día, para extender los imperios de los grandes señores. Están tan desmoralizados que han olvidado que un día existió eso que se llama libertad. Y me refiero a la libertad y no a esa mierda de la que hablan los políticos. Mendigan migajas y se sienten felices cuando una brizna del botín cae en sus manos.

»Se empieza con el bautizo, la circuncisión o la afiliación a cualquier liga. Prácticamente, desde el primer vagido, el niño queda marcado con algún tatuaje que lo asigna a las filas de algún grupo de imbéciles que proclaman su separación del resto de la humanidad y del resto de la existencia. En las escuelas, el grito es “en fila y en silencio”. En toda la vasta estructura de la sociedad, los mitos fósiles se baten en tales duelos que todos quedan cegados, salvo muy pocos. Y la guerra no terminará nunca.

»Mentiras y mentiras y mentiras y mentiras, tan tupidas y entretejidas en la misma textura del lenguaje que difícilmente sabemos cuándo dejamos de mentir. Las masas van a la deriva entre una niebla cegadora y un revoltijo de emociones confusas, mientras los intelectuales se convierten en alcahuetes semánticos que venden la lengua materna como puta al servicio del rico. Fracasan todos los paliativos, todas las políticas o reformas, así como las terapias, las ideologías y las drogas. Porque no hay *ninguna salida* del infierno que crece cada día y pronto nos engullirá a todos. ¿Lo entiendes? *No hay salida*.

»¿Crees que es sensato —concluí— que intentemos criar a un hijo en un mundo semejante?

Me levanté y me acerqué a la ventana.

—Mira la ciudad. Muere ante nuestros ojos, asfixiada en su propia porquería —luego grité a la calle—: hurra por el aire asqueroso y el agua envenenada. Hurra por los reactores atómicos y las montañas de basura.

Me giré y vi que Lucinda se mordía el labio.

—Dante G. es sólo un símbolo —le dije—. El aborto auténtico somos nosotros. El universo nos expulsa de su sistema.

21

—Limpio de arriba abajo —dijo.

El médico examinó todo el tracto inferior de mis intestinos con un tubo de goma de sesenta centímetros que me había insertado, lenta y cuidadosamente, en el ojo del culo.

—Iba a decir limpio como una patena —añadió—, pero habría sido una indelicadeza.

Como en muchas situaciones médicas, ambos hacíamos como si estuviera ocurriendo algo sumamente íntimo y sensual. Él era de una amabilidad exquisita, con un respeto lleno de ternura por el cuerpo, actitud que enriquecía su consumada experiencia. Actuaba como un mecánico aventajado delante de una maquinaria delicada. Cuando me sacó el consolador tuve que hacer un esfuerzo de voluntad para no gemir de placer.

—Creo que no me equivoco si digo que la disentería amebiana ha desaparecido por completo —dijo sentándose a su mesa de despacho, enfrente de mí. Ya nos habíamos vestido. Yo me puse mis ropas y él se bajó las mangas de la camisa hasta los puños.

—Haremos otro examen de heces dentro de tres meses y con eso habremos terminado.

Se levantó y estrechó mi mano. Sonrió. Me quedé dudando. Haría unos cuatro meses, el anuncio de la enfermedad por este mismo hombre había provocado mi lucha por la fidelidad e impulsado el viaje que había terminado en una resignada desesperación y una lobreguez cinestética. El final es igual que el principio. La serpiente se muerde la cola.

Atravesé Central Park para volver al apartamento, saboreando el aire relativamente limpio entre los grupos de

árboles. El resto de la isla de Manhattan había sido aplastado y cubierto de cemento. Se me ocurrió que los indios vivieron casi veinte mil años en el continente norteamericano sin dejar una simple marca que desfigurara la belleza de la naturaleza. Y desde que llegaron los europeos, con su insensibilidad, sus vicios y sus monumentos, en sólo trescientos años convirtieron el lugar en una chatarrería, y los ríos y lagos, en sentinas.

Lucinda estaba en el dormitorio, haciendo la maleta para irse al hospital. Había un hombre agachado detrás del televisor.

—Es de Cable TV —explicó Lucinda.

—Y yo soy el vendedor de cepillos —dije.

—Están haciendo una demostración en el vestíbulo. Sólo cuesta seis dólares al mes.

—Creí que la televisión era gratis —dije.

—No tiene por qué contratar el servicio —dijo el hombre detrás de los cables enredados—. Sólo si quiere tener una buena recepción.

—La lógica de la locura —le dije a Lucinda—. El capitalismo atacando a ciegas.

—Por lo menos, ha legalizado el aborto —dijo Lucinda.

—Ahora tiene que funcionar —dijo el hombre apareciendo en el dormitorio. Conectó el televisor. La imagen era perfecta. Recogió sus herramientas y se marchó, dejando que Lucinda y yo viéramos el final de una antigua película de Bogart, con una pandilla de nazis que querían minar el puerto de Nueva York. Peter Lorre hacía el papel de un extraño fascista.

Nos preparamos para pasar la noche. Nos tumbamos en el suelo, apoyados en el colchón, y miramos la tele. De vez en cuando se tocaban nuestras manos y compartíamos un apretón fugaz, el fantasma de un afecto que había sido mutilado por la megamaquinaria y ahora se quejaba tras las paredes de una indiferencia artificiosa. Mi pecho estaba inflamado por todo el dolor que me había negado a sentir.

Recalentó un plato de arroz y berenjenas que había quedado de dos días antes y, mientras atacábamos el plato

humeante, entendimos que probablemente sería la última comida que hacíamos juntos. Seguíamos como si fuera una noche como cualquier otra y, en efecto, así era. Las emociones tiraban en mi interior como cuerdas de marioneta, pasando en pocos segundos del mayor abatimiento a la más exaltada euforia.

Teníamos dos helados Häagen-Dazs y los saboreamos sin ninguna vergüenza, seducidos por el lujo de su aroma frío y húmedo, evocando fugazmente otros talantes, otros propósitos. Y luego vimos un reparto de estrellas internacionales reunidas por John Huston en *Casino Royale*.

Después de toda la pasión y de tantos razonamientos, la aventura terminaba así, con dos personas mirando como estúpidos la televisión, con los rostros vueltos a la pantalla como flores al sol, con los ojos empañados de culpa; ocultando al otro su dolor y su miedo; incapaces de reconfortarse mutuamente delante de la enorme tragedia: la muerte del hijo.

Durante el resto de la noche, recitamos nuestros papeles de modo inexpresivo, como si fuera un ensayo, por partes, sin vivir la escena realmente. Y luego nos fuimos a dormir.

Tuve un leve atisbo de la verdad de nuestra situación y luego me cubrió una vasta oscuridad, como si estuviera aprisionado en una gran bóveda de cemento, cuyo espesor fuera el aliento de todo el universo físico. Estaba finalmente atrapado por el cansancio de la existencia y mi mente, presa del pánico, sobrepasó los límites de cuanto yo conocía. Mi conciencia repasó toda la historia acumulada y caí en la cuenta de que mi conciencia no era más que esa historia, un montón de polvo de estructura arbitraria. Mientras me introducía en el reino de los sueños, oí las carcajadas procedentes de los espacios exteriores, ajenos a mi prisión.

La noche fue como un estanque de sueños terribles a través de los cuales podía mirar como si fueran agua. Lucinda nadaba dentro y fuera del recinto y nunca estaba seguro de si era la mujer que dormía a mi lado o la cristalización de un sueño. Hubo un momento en que nos abrazamos con toda la espontaneidad y franqueza de dos personas que no tienen

nada que ocultarse, como una vez había sido. Y de nuevo me incorporé, bañado en sudor, y grité pidiendo que corriera el tiempo.

Los acontecimientos se me escapaban. Siempre es así, pero esta vez ni siquiera me engañaba creyendo que los controlaba.

Cambió el contenido de los sueños y no quise concentrarme en ellos. Pero lo que predominaba era la sensación de ser golpeado con una barra de hierro, con golpes lentos y metódicos, un castigo que no cesaba nunca, tanto si estaba dormido como despierto, fuera de día o de noche. Dentro de mí, siempre, la barra continuaba machacando mis huesos, lacerando mi carne.

Me levanté a las seis y anduve por el apartamento. Miré por la ventana y, en alguna parte, detrás de la claridad pálida tamizada por el aire sulfúreo, el sol brillaba. Me volví a mirar a Lucinda. Tenía el rostro crispado de dolor. Me acosté y caí dormido.

Y luego, Lucinda me sacudió para despertarme.

—Hoy no podrás visitarme —dijo.

—¿Qué?

—Estaré en una sala de aislamiento.

Sacudí la cabeza.

—¿Sabes cómo van a hacerlo? —dijo con los ojos muy abiertos, imaginando—. Me llevarán a una sala con otras tres mujeres, me clavarán una aguja en el brazo y me harán un goteo de agua salada en las venas durante diez o doce horas, hasta que el bebé se asfixie y muera y yo empiece a abortar. Y luego lo tirarán a un cubo de metal.

La histeria cortó su voz como una motosierra. Quedé paralizado. Vi cómo me miraba. Esperando. Luego se dio la vuelta y salió del dormitorio. Tardó una eternidad. Todo gritaba dentro de mi cabeza. Pero no pude decir palabra. Y caí inconsciente.

Me desperté a las diez. Había una nota sobre la mesa de la cocina:

«Te había escrito una carta larga y asquerosa —celosa y amarga—, pero ¿para qué terminar de esa manera? Me da

lástima lo del niño —una lástima y una tristeza profunda, que durarán siempre—, lo había sentido moverse, y lo amaba porque era nuestro. Te echaré de menos —cinco meses es mucho tiempo— y algunos momentos fueron muy buenos. Me quedaré unos días en el apartamento de mi madre. Llámame si quieres. Gracias por haberte quedado ayer conmigo. Fue una ayuda».

La leí cinco veces, miré su letra, el color de la tinta, la textura del papel. Quise sentir algo. Me parecía que tenía que sentir algo.

Busqué algo para desayunar en la nevera y la marea alta de la separación inundó mi alma. Durante breves instantes, otro ser humano habría saltado y roto la textura de mi alienación y la habría sentido a ella con la misma realidad que a mí mismo. Ahora me encontraba solo otra vez. Tenía miedo de ver pasar los segundos.

Empezamos como nómadas, terminamos como mónadas.

Compartimos con las hormigas, las cucarachas y las abejas modelos irreflexivos de cultura. ¿O vamos a destruirlo todo? ¿Y a quién le importa?

La caza ha terminado. La presa somos nosotros mismos. Como fotografías tomadas sin saberlo con un *flash*.

Lavé cuidadosamente todos los platos y, lentamente, metí en una maleta las pocas cosas que tenía. Me vestí y entré en el cuarto de baño. Me sorprendí al ver mi cara en el espejo, tan normal.

Excepto los ojos. Miraban hacia atrás sin preocupación, sin preguntar, sin quebrarse.

Meé en el retrete mientras pensaba en lo que iba a hacer luego. Era imposible que me quedara y no tenía sitio adonde ir. Tiré de la cadena con un deliberado giro de la muñeca y miré cómo el agua amarillenta se arremolinaba y bajaba por el fondo de la taza, camino de las tuberías, por las entrañas del edificio, bajo las calles de la ciudad, por el río y más allá del herido y vengativo océano.

Notas

[1] William Hogarth
(1697-1764)
, ilustrador y pintor inglés. (*N. del T.*). < <

[2] Cherry Grove (*Bosquecillo de cerezos*) es en la novela el nombre del lugar donde se reúnen los homosexuales. Cherryless Grove sería, pues, sin cerezos o, si se quiere, dada la intencionalidad de la frase, un páramo. (*N. del T.*). < <

[3] Alusión a la Quinta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, que prohíbe tener que declarar contra sí mismo así como que alguien pueda ser juzgado dos veces por el mismo delito. (*N. del T.*). <<

[4] Fenciclidina, tranquilizante para animales que se fuma como narcótico. (*N. del T.*). < <

[5] Pueblo indio de Norteamérica. En este caso se refiere a una técnica de terapia psíquica para aumentar la autoconciencia del paciente. (*N. del T.*). <<